



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
LICENCIATURA EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**PRESENTES QUE RECUERDAN Y PERONISMOS DEL PASADO
QUE SE EVOCAN. UN ANÁLISIS DE LOS USOS POLÍTICOS DEL
PASADO EN LAS ELECCIONES DEL 2003 EN ARGENTINA, DESDE EL
JUSTICIALISMO.**

T E S I S

PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

P R E S E N T A

CESAR IVAN VILCHIS ORTEGA

ASESOR: DOCTORA EUGENIA ALLIER MONTAÑO





Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1 EL PERONISMO	15
1.1. El surgimiento del peronismo	17
1.2. La dicotomía partido y movimiento	19
1.3. El peronismo con Perón	23
1.3.1. El peronismo nacional-popular	23
1.3.2. Eva Perón	29
1.3.3. La proscripción y resistencia peronista	30
1.3.4. El peronismo revolucionario	33
1.3.5. El regreso al poder	36
1.4 El peronismo después de Perón	38
1.4.1. La presidencia de María Estela Martínez: la crisis del peronismo	38
1.4.2. La renovación peronista	40
1.4.3. La década menemista:	
el cuestionamiento a los que se quedaron en el 45	44
<i>Recapitulando</i>	46
CAPÍTULO 2 LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DEL 2003	48
2.1. La crisis del 2001	49
2.2. Las elecciones internas justicialistas	51
2.2.1. Un experimento de peronización	54
2.2.2. El recuerdo de Evita: inicio de la contienda	55
2.2.3. La Lealtad peronista	60

2.3. La lucha por los símbolos	66
2.4. Las campañas de las elecciones presidenciales	70
2.4.1. Adolfo Rodríguez Saa.	
El peronismo “folklórico” y actualizado	70
2.4.2. Carlos Menem.	
El giro discursivo a “los que se quedaron en el 45”	72
2.4.3. Néstor Kirchner. El peronismo de izquierda	76
2.5. El ballotage	79
<i>Recapitulando</i>	82
BALANCE Y DISCUSIÓN FINAL	85
BIBLIOGRAFÍA	91

INTRODUCCIÓN

Son diversos los autores que, como Andreas Huyssen,¹ han coincidido en señalar que la memoria es una de las preocupaciones culturales y políticas centrales de finales del siglo XX y principios del XXI. Esta *cultura de la memoria*,² por decirlo en palabras de Huyssen, se manifiesta en múltiples fenómenos como la musealización, la patrimonialización, la restauración de antiguos centros urbanos, el auge de la literatura testimonial o el resurgimiento de la novela histórica, por mencionar sólo algunos ejemplos. En una primera aproximación a este emergente fenómeno, la pregunta inmediata es por aquello que se recuerda. Pero una vez que se sabe el qué, quizá resulte más interesante aún indagar acerca del porqué se recuerda y de los usos subsiguientes que se le darán a lo recordado, ya que el simple hecho de recordar no nos dice nada al respecto.

Los usos del pasado no son un fenómeno nuevo. A lo largo de la historia podemos observar distintos momentos en los que en cada presente se ha recurrido al pasado en un intento por dar sentido a la identidad de un grupo, explicar los orígenes, legitimar un poder o tratar de abolirlo. En este sentido, Enrique Florescano recuerda que “en todo tiempo y lugar la recuperación del pasado, antes que científica, ha sido primordialmente política”.³ De esta forma, la pretensión del positivismo científico de evitar las controversias contemporáneas en nombre de la “objetividad científica” en la disciplina histórica, no sería más que un sueño imposible. Así, el presente trabajo responde a este interés general por reflexionar acerca de la necesidad social de recordar y de los usos políticos a que puede estar sujeto lo recordado.

Actualmente, en la Universidad Nacional Autónoma de México existen ocho formas de titulación para el nivel de licenciatura.⁴ La elección de una de ellas está en función de los

¹ Andreas Huyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México, 2002, p.13.

² *Ibid.*, pp. 13-40.

³ Enrique Florescano, “De la memoria del poder a la historia como explicación” en Carlos Pereyra *et al.*, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI Editores, México, 2002, pp. 93-127, p. 93.

⁴ Esta modalidad de varias opciones de titulación se puso en vigencia en *La Gaceta Oficial* de la UNAM el día 24 de octubre del 2004. De esta manera, las modalidades de titulación son: tesis, tesina, informe académico por actividad profesional, informe académico por artículo académico, informe académico de servicio social, informe académico de investigación, informe académico por elaboración comentada de material didáctico para apoyar la docencia e informe académico por campo de trabajo.

intereses, expectativas y/o necesidades de cada estudiante. En lo particular, la tesis era la opción de titulación que mejor se adaptaba a mi interés por el área de la investigación. Y es que la elaboración de la tesis de licenciatura representa un primer acercamiento a este campo. Pero una vez elegida la forma, seguía el paso de elegir el contenido, es decir, el tema de la investigación.

Todo trabajo de investigación está motivado por razones subjetivas de quien lo realiza. En este sentido, es pertinente mencionar que el presente texto responde a una inclinación personal por los procesos históricos, políticos y sociales contemporáneos. Así, en la medida de lo posible, en mis cursos de licenciatura opté por aquellos que abordaran estas temáticas. Dentro de ellos, llamó especialmente mi atención el importante papel que ha desempeñado en la historia de Argentina el fenómeno político y social que, hacia la década de los años 1940, iniciara el general Juan Domingo Perón: me refiero al peronismo. Y es que sin duda, este fenómeno marcó rotundamente la vida política, social y cultural de la Argentina de la segunda mitad del siglo XX y aún la de principios del XXI. No hay más que observar cualquier libro de historia contemporánea o periódico de aquel país para confirmar lo anterior. Es más, precisamente en estos momentos se encuentra en la presidencia de Argentina una representante (Cristina Fernández de Kirchner) del partido que en su nombre lleva la herencia del peronismo: el Partido Justicialista.

Pero vale la pena recalcar que mi interés por el peronismo no se centraba tanto en profundizar en los orígenes o en las vicisitudes de los gobiernos de Perón (tema ampliamente trabajado y debatido), sino más bien, en reflexionar acerca de su trascendencia; es decir, preguntarme sobre la vigencia, o no, de las ideas y acciones políticas de Perón al interior de su movimiento, una vez fallecido su histórico líder.

Posteriormente, en otro de los cursos de la licenciatura, tuve la oportunidad de tener un acercamiento al tema de la *memoria colectiva*, herramienta teórica a través de la cual encontraría un camino para responder a las inquietudes planteadas. De esta forma, fue como decidí que el tema de investigación de tesis se enfocaría precisamente en analizar la presencia del pasado peronista al interior de su movimiento, en específico, en el Partido Justicialista. Y es que el hecho de que este partido lleve en su nombre esta importante carga histórica no nos dice nada acerca de qué se recuerda y qué usos le han dado al pasado peronista sus actuales dirigentes.

Algunas consideraciones teóricas

Ahora bien, con el objetivo de ubicar al lector en el marco historiográfico y teórico en el que se basa esta investigación, a continuación expondremos algunos puntos centrales al respecto. En primer lugar, debemos señalar que se trata de un trabajo de carácter histórico y que partimos de la idea de que la Historia, como disciplina, no se encarga únicamente del estudio del pasado, sino también del presente. Expliquemos esto.

Historia del tiempo presente

Para François Hartog, en el año de 1989 “el orden del tiempo se ha puesto en tela de juicio”.⁵ Según considera este historiador, con la caída del muro de Berlín y la consecuente decadencia de la idea del porvenir de la Revolución parece surgir de manera ya clara un cambio rotundo en cuanto a nuestra relación con el tiempo y en la articulación entre pasado, presente y futuro. Así, la perspectiva imperante durante gran parte del siglo XIX y principios del XX en la que el tiempo era visto como progreso y enfocado hacia el futuro estaría cediendo lugar ante la experiencia de “un cambio de época, en el cual el presente se vuelve la categoría dominante, en la que el presente se autotorga inteligibilidad”.⁶ Y uno de los síntomas de este “presentismo”, como nuevo orden del tiempo, podemos ubicarlo hacia la década de los años 1980, en Francia, en el auge de un tipo de historia denominada “historia del tiempo presente”.

Historia del tiempo presente, historia próxima, historia del mundo actual, historia muy contemporánea, historia de lo inmediato, son algunos nombres con los que se ha designado a esta emergente corriente historiográfica. Si bien se pueden discutir diferencias entre cada una de estas denominaciones, lo cierto es que, como bien señala Josefina Cuesta Bustillo, todas ellas son indicativo de una nueva realidad.

⁵ François Hartog, “Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad”, en *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, núm. 21, 2003, pp. 73-101, p. 77.

⁶ Nora Rabotnikof, “¿Una memoria presentista? (Acerca de una tesis de François Hartog)” en Maya Aguiluz Iburgüen y Gilda Waldman (coords.), *Memorias (in) cognitivas: contiendas en la historia*, UNAM/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2007, pp. 61-83, p. 66.

“Un nuevo horizonte epistemológico se nos ofrece en el interés por el presente: la ‘presencialización’ sustituye como horizonte temporal y meta de conocimiento a otros horizontes temporales. En este caso el presente es el objeto de atención, punto de partida –confesado- y punto de llegada”⁷.

En efecto, esta nueva forma de entender la historia rompe algunos esquemas tradicionales y obliga a repensar nada menos que el objeto de estudio de la propia disciplina histórica. Así, la concepción de que la historia se encarga del “estudio del pasado” va cediendo lugar ante aquella que sugiere que “el objeto de la historia es el estudio de las sociedades en el tiempo, no exclusivamente el pasado”,⁸ noción en la que el presente se vuelve el punto de referencia a partir del cual se reflexiona, indaga y critica otras dimensiones del tiempo.

Pero ¿qué significa hablar de una historia del tiempo presente? ¿Obedece a algún tipo de delimitación cronológica? ¿En qué fuentes se basa? Para empezar, siguiendo a Cuesta Bustillo entendemos por historia del tiempo presente:

“la posibilidad de análisis histórico de la realidad social vigente, que comporta una relación de coetaneidad entre historia vivida y la escritura de esa misma historia, entre los actores y testigos de la historia y los propios historiadores”.⁹

De esta definición podemos destacar algunas cuestiones importantes. En primer lugar, lo *coetáneo* plasma de cierto dinamismo y movilidad a este tipo de historia. Abordar el presente implica que su delimitación temporal no es estática ni fija, que su mirada no se enfoca a una época determinada, sino que el historiador del tiempo presente se enfrenta a “procesos abiertos, aún vigentes, inacabados, hechos que le supone una mayor dificultad y renovadas exigencias metodológicas”,¹⁰ características que dotan de provisionalidad e inconclusión a los resultados de sus investigaciones.

⁷ Josefina Cuesta Bustillo, *La historia del presente*, EUDEMA, Madrid, 1993, p. 26.

⁸ *Idem.*

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Ibid.*, p. 12.

De este hecho cobra gran importancia el problema de la *objetividad*. El anhelo positivista de lograr la *objetividad* mediante el distanciamiento entre sujeto y objeto, es decir, dedicarse únicamente al estudio de los acontecimientos que están alejados de la realidad en que vive el historiador, es un esquema que la historia del tiempo presente pone en duda. Es cierto que la *objetividad* es un problema que se le presenta a todo historiador. No obstante, este punto se vuelve más sensible aún para el historiador del tiempo presente, puesto que su objeto de estudio lo toca de cerca. Eugenia Allier nos comenta que “si bien el historiador debe mantener una distancia crítica frente a su objeto de estudio, jamás será neutro frente a él”.¹¹ De esta forma, el que el historiador del tiempo presente aborde problemas y acontecimiento *coetáneos* a él y no pueda alcanzar la objetividad “total” deseada por algunos (cuestión que quizá no sea alcanzada por ninguna ciencia social), no significa que esta parcela historiográfica sea trastocada por una distorsión de los hechos que narra: no se puede ser totalmente objetivo, pero tampoco esto quiere decir que se tenga a la subjetividad como horizonte.

Por otro lado, dada la cercanía de su objeto de estudio, el historiador del tiempo presente se topa con algunas dificultades en el proceso de investigación. Ejemplo de ello es el hecho de que en no pocas ocasiones las fuentes y documentos escritos que requiere son limitados, ya que la mayoría de las veces los archivos no existen o (por diversas razones, principalmente políticas) se encuentran cerrados. En efecto, el historiador se ve ante la necesidad de recurrir a otro tipo de fuentes que no provienen de los archivos oficiales, entre las que se encuentran periódicos, películas, estadísticas, discos de música, archivos privados, fotografías, videos e internet. Cabe señalar que cuando se trata de fenómenos de clandestinidad o de resistencia interna, las fuentes orales juegan un papel protagónico.¹² Así, la supervivencia de actores y de testigos se vuelve fundamental para el historiador.

Después de muchos años de ser menospreciado, el testimonio es retomado como fuente para la historia a raíz de los estragos del Holocausto. Posteriormente, en el caso latinoamericano, fueron los crímenes cometidos por las dictaduras de los años de 1970 los que llevaron a los historiadores a recurrir a las fuentes orales pues, ante la falta de

¹¹ Eugenia Allier, “Sara y Simón o la reconstrucción del pasado: el problema de la verdad en la escritura de la historia del tiempo presente”, en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, Vol. 11, N° 30, enero-abril 2004, pp. 9-45, p.34.

¹² Cfr. Philippe Joutard, *Esas voces que llegan del pasado*, FCE, México, 1999, p. 210.

documentos y archivos oficiales, representaban la única forma de acercarse y de conocer ese pasado inmediato. De esta forma, se daría lo que Beatriz Sarlo llama un *giro subjetivo*; es decir, la confianza en el sujeto y en la experiencia.

“Se ha restaurado la *razón del sujeto*, que fue, hace décadas, mera ‘ideología’ o ‘falsa conciencia’, es decir, discurso que encubría ese depósito oscuro de impulsos o mandatos que el sujeto necesariamente ignoraba. En consecuencia, la historia oral y el testimonio han devuelto la confianza a esa primera persona que narra su vida (privada, pública, afectiva, política), para conservar el recuerdo o para reparar una identidad lastimada”.¹³

Cabe señalar que a pesar de esta nueva confianza en la *subjetividad* del testimonio, al igual que con las fuentes escritas, las orales deben pasar por un riguroso trabajo de crítica y comparación con la finalidad de concluir si están hablando de *hechos veraces*¹⁴.

Hasta aquí hemos visto cómo ante un tipo de Historia que, dada la cercanía temporal de su objeto de estudio, no siempre puede contar con los archivos necesarios para su escritura, la fuente oral adquiere un valor fundamental.¹⁵ Sin embargo, en esta reivindicación del testimonio como complemento o sustitución de la fuente escrita aún se conserva una función estrictamente documental; es decir, que solamente nos proporciona datos e información acerca del pasado o del presente inmediato. Pero como señala Nathan Wachtel, es con el creciente interés en la recopilación de historias de vida que surge un nuevo objeto de estudio: “precisamente en relación con la memoria –colectiva o individual– como una realidad distinta”.¹⁶ Y es que, tal como comenta Sarlo, “no hay testimonio sin experiencia, pero tampoco hay experiencia sin narración [y ésta] inscribe la experiencia en una temporalidad que no es la de su acontecer [...], sino la de su recuerdo”.¹⁷ Y precisamente la memoria es el acto de recordar.

¹³ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. SXXI Editores, Buenos Aires, 2005, p. 22.

¹⁴ Con respecto al problema de la verdad en la escritura de la Historia del tiempo presente véase Eugenia Allier, “Sara y Simón...”, *op cit.* Por su parte, Philippe Joutard ofrece una elaborada metodología para trabajar con este tipo de fuentes: Philippe Joutard, *Esas voces...*, *op cit.*, pp. 272-305.

¹⁵ Si bien nuestro trabajo no se inscribe en la historia oral, es importante resaltar la creciente importancia concedida al testimonio en tanto hecho decisivo para la memoria individual y colectiva.

¹⁶ Nathan Wachtel, “Memoria e historia”, en *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 35, enero-diciembre, 1999, pp. 70-90, p. 71.

¹⁷ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado...*, *op. cit.*, p. 29.

Memoria y usos políticos del pasado

La emergencia de la memoria, como fenómeno político y cultural, está inmersa en el proceso de cambio de nuestra relación con el tiempo en el cual *presente, pasado y futuro* adoptan una nueva articulación. En este sentido Gilda Waldman nos explica que:

“en contraposición con una modernidad que privilegiaba el desprendimiento del pasado como signo de renovación indispensable para el progreso, o de la cultura de vanguardia del periodo de entreguerras que celebraba la ruptura con el pasado y encomiaba la novedad, e incluso en contraposición con los planteamientos más recientes sobre el ‘fin de la historia’ o ‘la muerte del sujeto’, quizá nunca como ahora el presente había estado tan marcado por la voluntad social de recordar”.¹⁸

De tal manera, pareciera ser que en este clima cultural marcado por la experiencia de un “presente omnipresente”, en el que se pierde proyección hacia el futuro y profundidad histórica, probablemente es el fuerte desdibujamiento del pasado lo que nos lleva a una rememoración en busca de sus huellas.¹⁹

Así, si bien en las ciencias humanas la cuestión de la memoria se formuló como polémica a raíz de la publicación de obras como *Materia y memoria* (1896) de Henri Bergson y *Los cuadros sociales de la memoria* (1925) de Maurice Halbwachs,²⁰ fue hacia la década de los años 1980 cuando el aumento de los debates y las conmemoraciones del Holocausto intensificó los discursos sobre este objeto de estudio. Posteriormente, este proceso se profundizaría con la aparición de fenómenos políticos, económicos y sociales, como la globalización, las migraciones masivas, los procesos de diferenciación social, la redefinición del papel del Estado o la inserción en programas macroeconómicos, ya que éstos hechos llevaron “a reflexionar sobre orígenes, tradiciones y trayectorias socio-culturales del pasado a fin de comprender las mutaciones que ocurren en los estratos de los

¹⁸ Gilda Waldman, “La cultura de la memoria: problemas y reflexiones”, en *Política y cultura*, UAM-Xochimilco, N° 26, otoño 2006, pp. 11-34, p. 12.

¹⁹ Norbert Lechner y Pedro Güell, “Construcción social de las memorias en la transición chilena” en Elizabeth Jelin (comp.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 2001, pp. 17-46, p. 21.

²⁰ Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e historia. Un estado de la cuestión” en Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e historia*, Revista Ayer, N° 32, 1998, pp. 203-245, p. 203.

diversos ámbitos de la identidad (grupal, étnica, cultural, nacional, etc.)”.²¹ Y es que, tal como señala Elizabeth Jelin, existen periodos de crisis en los que el sentimiento de identidad colectiva se ve amenazado y, dado que lo sostiene la identidad de un individuo o un grupo es el hecho de poder recordar y rememorar algo del propio pasado, en dichos periodos “puede haber una vuelta reflexiva sobre el pasado, reinterpretaciones y revisionismos, que siempre implican también cuestionar y redefinir la propia identidad grupal.”²² De tal forma, es a través de la selección de ciertos recuerdos, acontecimientos, personajes o lugares, como un grupo (o individuo) busca fijar los parámetros para mantener un sentido de identidad. Así, estos diversos intentos por identificarse a la luz del pasado, la proliferación de los actos conmemorativos, el obsesivo culto por el patrimonio y los museos, e incluso el surgimiento de un *boom* de lo retro, todo ello constituye una realidad a partir de la cual se puede hablar del surgimiento de una *cultura de la memoria*.

Ahora, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de memoria? En primer lugar, siguiendo el estudio de Halbwachs de *Los marcos sociales de la memoria*,²³ es importante tener en cuenta que si bien la memoria, en tanto acto de recordar, es singular, es decir, cada persona tiene sus propios recuerdos, el individuo -quien tiene la memoria- no es un ser aislado, sino que se encuentra ubicado en un contexto grupal y social específico. Así, precisamente la categoría de *marco o cuadro social* desarrollada por Halbwachs nos habla de que las memorias individuales siempre están enmarcadas socialmente y, puesto que los marcos son portadores tanto de las necesidades, valores y visiones del mundo de una sociedad, éstos son los que dan sentido a las rememoraciones individuales. Asimismo, no debemos pasar por alto el hecho de que dichos marcos son históricos y cambiantes, lo que significa que la memoria no sólo se compone de recuerdos sino también de reconstrucciones sociales del pasado. En efecto, estaríamos hablando de que la memoria posee un carácter retrospectivo y que es algo en constante evolución y en flujo permanente.

Vale señalar que el recuerdo siempre está vinculado con la circunstancia en que se produce. Es así que si bien existen posturas que afirman que el pasado es algo inalterable que determina el presente, para los objetivos de este trabajo defendemos la idea de que “la memoria no es un acto que arranca del pasado sino que se dispara desde el presente,

²¹ Gilda Waldman, “La cultura de la memoria...”, *op. cit.*, p. 15.

²² Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, SXXI Editores, Madrid, 2002, p 26.

²³ Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Ed. Anthropos, Barcelona, 2004.

lanzándose hacia el pasado”.²⁴ De esta forma, “cada vez que se evoca un recuerdo, éste ha de pasar a través de los filtros del presente; por ello, en cada nueva evocación se introducen leves modificaciones, matices nuevos derivados del momento actual”.²⁵ Cabe aclarar que no se tratan de modificaciones del hecho mismo que se está recordando (la memoria no produce datos intactos del pasado); más bien “lo que cambia entonces son los énfasis, nociones y juicios de valor que vienen con la evocación de memorias, que son acomodadas dentro de una lógica retrospectiva”.²⁶ A su vez, no debemos pasar por alto que el hecho de que los recuerdos pasen por los filtros del presente nos habla del carácter selectivo de la memoria: es humanamente imposible recordar todo.

Pero hay otra cuestión acerca de la memoria en la que igualmente debemos insistir: esto es su multiplicidad. Considerando que somos socialmente heterogéneos, las experiencias y recuerdos del pasado necesariamente son múltiples, dando así “lugar a muchos relatos distintos, contradictorios ambivalentes que el ejercicio de la memoria no trata de estructurar, ordenar ni desbrozar para hacerlos homogéneos o congruentes”. De ahí que resulte más adecuado hablar de memorias, en plural, que de una memoria única. En efecto, si consideramos que esta multiplicidad de memorias trae consigo una gran diversidad de relatos del pasado, los cuales sufren transformaciones en función de un presente que se pretende comprender o legitimar, entonces resulta difícil hablar de memorias neutrales, pues “la pregunta por el pasado suele venir acompañada de una búsqueda determinada”,²⁷ razón por la que Paul Ricoeur comenta que “acordarse es no sólo acoger, recibir una imagen del pasado, es también buscarla, hacer algo”,²⁸ y es a partir de este *hacer algo* de donde surge la pregunta por los usos políticos de la memoria.

²⁴ Pilar Calveiro, “Los usos políticos de la memoria” en Gerardo Caetano (comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, pp. 359-382, p. 378. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/caeta/caeta.html> (consultado en junio de 2008).

²⁵ Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Ed. Alianza, Madrid, 1996, p. 39. Cabe señalar que Paloma Aguilar comenta que si bien la reconstrucción del pasado tiene una función legitimadora del presente, bajo algunas circunstancias este pasado muestra resistencia frente a los esfuerzos por ocultarlo o modificarlo, por lo que ella adopta una postura que llama *relativista* “y que consistiría en afirmar que la preeminencia del pasado sobre el presente o viceversa depende, en muchas ocasiones, del contexto histórico específico y que, en cualquier caso ambos, pasado y presente, se influyen mutuamente.”, pp. 55-56.

²⁶ Nathan Wachtel, “Memoria e historia...”, *op. cit.*, p. 74.

²⁷ Sofía Rojo Arias, “Los usos de la historia: memoria y olvido en los comunicados del EZLN”, en *Perfiles Latinoamericanos*, Vol. 5, N° 009, diciembre 1996, pp. 153-172, p. 155.

²⁸ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, Buenos Aires, 2004, p. 81.

Por último, queremos hacer una breve mención acerca de la relación entre la historia y la memoria, ya que si bien tradicionalmente desde la disciplina histórica se ha criticado a la memoria por sus atributos selectivos, manipulables y subjetivos, lo que le resta carácter “científico”, es a partir del momento en que la historia como historiografía comienza a valorar estas características de la memoria como una vía para poder explicar otras realidades (principalmente acontecimientos traumáticos) cuando la relación historia y memoria cobra un nuevo sentido. Así, no obstante que esta relación está delimitada por una frontera muy frágil es posible realizar algunas precisiones. Para empezar historia y memoria no son conceptos sinónimos. La memoria es subjetiva, es algo en constante evolución que sufre deformaciones sucesivas; el recuerdo del pasado es siempre cambiante. La historia por su parte, mediante un elaborado método, pretende ser lo más objetiva posible y trata de acercarse a los que realmente ocurrió. La historia pretende conocer, comprender, explicar; la memoria, al estar más del lado de la pasión, recordar y narrar. La historia se avoca a los procesos generales; la memoria a lo singular, a las discontinuidades. Pero a pesar de estas discrepancias también hay puntos de encuentro: la memoria es la matriz de la historia, pues ésta trabaja con las huellas de aquella; a la vez la historia ayuda a cuestionar y criticar los contenidos de las memorias. En definitiva, “no se trata de descubrir y denunciar memorias falsas o de analizar las construcciones simbólicas en sí mismas, sino de indagar en las fracturas e hiatos entre ambas, y entre las diversas narrativas que se van tejiendo alrededor de un acontecimiento”.²⁹

De esta manera, cuando el historiador se acerca a la memoria como un objeto de estudio ya “está menos interesado en el contenido de los recuerdos –los datos fácticos-, que en el proceso de desarrollo, menos en su confiabilidad que en el trabajo de la memoria”.³⁰ Es este proceso de construcción de las memorias como objeto de estudio de la historia lo que Jacques LeGoff llama *historizar la memoria*;³¹ es decir, un estudio histórico de las memorias que se centra en las vinculaciones entre las historias pasadas y las memorias presentes, en el qué, cuándo, cómo, por qué y quién recuerda.

²⁹ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de...*, op. cit., p. 77

³⁰ *Ibid.*, p. 76

³¹ Jacques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Ed. Paidós, Barcelona, 1991.

Metodología y fuentes de la investigación

Ahora bien, es importante recalcar que la mayoría de los estudios acerca de la memoria en Argentina se centran en el análisis del periodo de la dictadura militar de la década de los años 1970. La razón de esto es que, ante la demanda de justicia por los crímenes cometidos durante este periodo, la única forma de tener una aproximación a lo sucedido, dada la falta de documentación oficial al respecto, era a través de los testimonios de aquellos que vivieron ese trágico suceso. Pero el estudio de la memoria no sólo se circunscribe a periodos traumáticos, también nos permite acercarnos a otras realidades para saber los qué, cómo, cuándo y qué usos se le dan al pasado en el presente. Así, a través de la presente investigación se pretende realizar un aporte al creciente estudio de la memoria y al mismo tiempo pretendemos contribuir con una nueva línea de análisis para abordar el peronismo.

Inicialmente, nuestro trabajo tenía como objetivo analizar los usos políticos del pasado peronista durante la campaña electoral que llevó al candidato del Partido Justicialista, Carlos Menem, a la presidencia en 1989. El desarrollo de este objeto de estudio lo sustentábamos en el hecho de que el gobierno de Menem significaba la primera presidencia peronista elegida por voto popular tras la muerte Perón y de ahí que resultara interesante preguntarse qué, cómo, cuándo y con qué objetivo fue recordado el pasado peronista durante los actos y discursos de campaña del candidato justicialista. Sin embargo, esta investigación no fue posible debido a una razón fundamental: el problema de acceso a las fuentes necesarias.

Todo aquél que se dedique al estudio de América Latina sabe las dificultades que implica esta compleja tarea. Una de ellas es precisamente el difícil acceso a determinado tipo de fuentes que no se pueden encontrar sino únicamente en el lugar a analizar. No está demás recalcar que la falta de presupuesto para realizar un viaje complica aún más el asunto, principalmente cuando se es estudiante de licenciatura. Por razones que explicamos anteriormente, para el tipo de investigación que nos proponíamos realizar, las fuentes primarias, en específico los periódicos, resultan fundamentales. Con tal objetivo, recurrimos a bibliotecas y hemerotecas especializadas en América Latina y a la misma Embajada de la República Argentina, pero en ninguno de estos lugares pudimos obtener las

fuentes de la época a analizar. Asimismo, cabe señalar que, no obstante las facilidades que actualmente ofrece el internet, desde donde es posible consultar periódicos de muchas partes del mundo, las fechas que requeríamos aún no se encuentran disponibles en este formato. Por esta razón, nos vimos en la necesidad de cambiar nuestro objeto de estudio inicial.

Así, sin perder de vista el interés principal de preguntarnos acerca de qué se recuerda y cuáles han sido los usos políticos del pasado peronista en el presente, sumado a la convicción por realizar un trabajo original basado, no sólo en fuentes secundarias, sino principalmente en primarias, seguimos buscando al interior del peronismo, recurriendo esta vez a los diarios disponibles en internet. En este camino nos encontramos con una situación muy peculiar en las elecciones presidenciales del 2003, donde se presentaron tres candidatos provenientes del Partido Justicialista (PJ). En efecto, nos pareció que sería interesante estudiar, en este escenario particular, de qué manera fue evocado el peronismo en los discursos y campañas de los candidatos justicialistas, lo que consideramos que sin duda resultaría en un buen ejercicio para analizar los usos del pasado en la política. Vale la pena aclarar desde este momento que si bien hacemos referencia a las elecciones presidenciales del 2003, nuestro análisis comienza con las elecciones internas del PJ que tuvieron lugar a partir de julio de 2002.

Con base en lo anterior, la investigación busca responder las siguientes preguntas generales: ¿Cuáles fueron los fragmentos del pasado peronista que estuvieron en juego a lo largo del proceso de las elecciones del 2003? ¿Qué uso político persiguieron estas recuperaciones del pasado? ¿A qué razones obedeció el hecho de que precisamente los tres candidatos del justicialismo fueran de los principales contendientes a vencer en los comicios?

Los estudios realizados acerca de las elecciones presidenciales del 2003 en Argentina son pocos y la mayoría de ellos abordan el tema desde la perspectiva de la comunicación política y el marketing político. Es así que, si bien es cierto que estos trabajos nos fueron de gran ayuda para tener un amplio panorama de las elecciones, para alcanzar los objetivos propuestos de la presente investigación, nuestro principal punto de apoyo fueron las fuentes primarias. Fue así que nos basamos en los tres periódicos de mayor circulación a nivel nacional de la Argentina (*La Nación*, *Clarín* y *Página/12*), los

cuales podríamos afirmar que responden al arco político ideológico que va desde la derecha, el centro y la izquierda, respectivamente. De estas fuente analizamos noticias, entrevistas, notas de análisis y de opinión de columnistas tomando como punto de partida el día 3 de julio de 2002 (fecha en que se publicó que el presidente en turno, Eduardo Duhalde, adelantaría los comicios presidenciales) al 26 de mayo de 2003 (un día después de que Néstor Kirchner asumió el poder). Es necesario aclarar que al momento de recurrir a las notas de la prensa escrita sólo podemos obtener fragmentos de los discursos, lo que significa que el conjunto textual es necesariamente incompleto: es un hecho que al no tener acceso a los discursos completos mucho de lo dicho que podría interesarnos para nuestro tema no pudo ser integrado a nuestro corpus documental. Sin embargo, esto no quiere decir que los datos con lo que sí contábamos no hayan sido sometidos a un riguroso análisis para obtener la mayor precisión posible.

Estructura de la tesis

El trabajo está dividido en dos capítulos. En el primero de ellos comenzamos haciendo énfasis en la complejidad que implica hablar del peronismo. Posteriormente, mencionamos brevemente los sucesos que acompañaron su surgimiento para después explicar la dicotomía partido-movimiento, la cual nos permitirá explicar la lógica de las múltiples transformaciones que el peronismo ha tenido a lo largo de su historia, ofreciendo así una amplia gama de imágenes de su pasado.

El segundo capítulo es donde analizamos los usos políticos de las distintas imágenes del pasado peronista en el particular escenario de las elecciones presidenciales del 2003. Así, comenzamos hablando brevemente de los acontecimientos que antecedieron al llamado a dichas elecciones y la posterior situación que enfrentó en las elecciones internas el Partido Justicialista. Una vez definido el escenario electoral, de donde tres de los candidatos a la presidencia provenían del PJ, analizamos qué y cuál fue el uso que le dieron al pasado peronista cada uno de ellos en sus actos y discursos de campaña.

Antes de terminar quiero dedicar este espacio para agradecer a todos aquellos que hicieron posible la realización de este trabajo. En primer lugar agradezco los apoyos económicos recibidos por parte de los proyectos “Memoria y política: los discursos sobre la memoria en los espacios públicos” (PAPIIT, IN401805-3) y “Memoria y política: de la discusión teórica a una aproximación al estudio de la memoria política en México” (CONACYT, CB-2005-01-49295). Asimismo agradezco a los integrantes del seminario Memoria y Política, destacando a Julio Aibar, quienes siempre me recibieron con los brazos abiertos y me brindaron valiosas críticas cuando les presenté un primer borrador de esta investigación. Quiero extender un especial agradecimiento a Nora Rabotnikof de quien siempre recibí un absoluto apoyo y quien, en más de una ocasión, enriqueció este trabajo con sus puntuales y lúcidos comentarios. Igualmente quiero agradecer de manera especial a Eugenia Allier su incondicional confianza, su respaldo que me ayudó a superar las situaciones adversas que se presentaron a lo largo de la elaboración de este trabajo y quien pacientemente y con gran disposición estuvo presente en todo momento para resolver las dudas y llenar los vacíos intelectuales con sus invaluable consejos y sugerencias. Agradezco a mis padres y a mi hermano quienes siempre me han apoyado y a quienes les debo y les deberé todo por el resto de mi vida. A mi nueva familia por confiar en mí y por brindarme su apoyo incondicional en todo momento. Por último, y sin duda, mi principal agradecimiento a Claudia y a Emiliano de quienes siempre recibí comprensión y mucho cariño, lo cual siempre fue, y seguirá siendo un invaluable aliciente para continuar en momentos de dicha y de adversidad.

CAPÍTULO 1

EL PERONISMO

Desde su surgimiento, el peronismo ha despertado el interés y las más diversas interrogantes en las ciencias sociales. Y es que es digno de llamar la atención que ni el derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955, ni su muerte en 1974, fueron hechos suficientes para dar fin a este fenómeno que echó profundas raíces en la realidad argentina y que consolidó una base social lo suficientemente fuerte como para prevalecer hasta nuestros días. De esta manera, desde la década de los años 1940, el peronismo ha sido de tal importancia para la vida política, económica, social y cultural de la Argentina que incluso se ha llegado a sugerir que “explicar el peronismo se transformó en sinónimo de explicar la Argentina”.³²

Pero la primera dificultad a la que nos enfrentamos al intentar hablar del peronismo es precisar a qué nos estamos refiriendo con este término que engloba una amplia gama de sentidos, pues igual podemos estar aludiendo a un movimiento político-social, a un periodo de la historia nacional argentina, a un partido político, a una forma de discurso, a una identidad política, a un tipo de gobierno o a una doctrina política. Esto se complica aún más cuando nos encontramos con que, a lo largo de su trayectoria, el peronismo, por decirlo de alguna manera, ha adoptado diversas manifestaciones temporales, razón por la cual María Teresa Branchetta se ha referido a él como “el fenómeno de metamorfosis siempre inacabada”,³³ o por lo que Ricardo Sidicaro y Alejandro Horowicz no hablan de peronismo, en singular sino de peronismos.³⁴ En efecto, resulta complicado, o hasta aventurado, pretender dar una definición concreta del peronismo, por lo que en ocasiones se ha optado

³² Federico Neiburg, “Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo”, en *Desarrollo Económico-Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 34, N° 136, (enero-marzo 1995), pp. 533-555, p. 534.

³³ María Teresa Branchetta, “La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los 80”. Trabajo presentado como ponencia en las XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA realizada de 19-22 de septiembre de 2007 en la ciudad de Tucumán, pp.1-20, p. 1. Disponible en: <http://historiapolitica.com> (Consultado en marzo de 2008)

³⁴ Alejandro Horowicz, *Los cuatro peronismos*, Ed. Edhasa, Buenos Aires, 2005; Ricardo Sidicaro, *Los tres peronismos*, SXXI, Buenos Aires, 2002.

por dar explicaciones, no menos imprecisas, como decir que se trata simplemente de una “realidad muy propia de los argentinos”.³⁵

Es por ello que es importante señalar que en el presente capítulo no pretendemos emprender la difícil tarea de definir al peronismo. Más bien, nuestro interés se limita únicamente a resaltar el hecho de que el pasado peronista encierra una amplia variedad de imágenes, muchas de las cuales estuvieron en juego en las elecciones presidenciales del 2003, esto último objeto central de nuestra investigación, por lo que las distintas imágenes del pasado peronista que nos proponemos exponer en esta parte del trabajo responden precisamente a dicho objeto de estudio.

Persiguiendo tal objetivo, en primer lugar mencionaremos brevemente algunos de los acontecimientos que acompañaron al surgimiento del peronismo. Posteriormente abordaremos las dos categorías que, desde nuestra perspectiva, constituyen un importante eje explicativo del mismo: la dicotomía entre el partido y el movimiento. Tomando como referencia este último punto, consideramos que la muerte de Juan Domingo Perón fue un hecho que definitivamente repercutió en la dinámica interna del peronismo, razón por la que los distintos momentos del pasado que trataremos estarán divididos en dos grupos: primero, aquellos en los cuales Perón estuvo con vida; y segundo, los que acontecieron después de su muerte. Es así que comenzaremos destacando las principales características de los años en que Perón estuvo en la presidencia. Asimismo, dado el importante papel que Eva Perón desempeñó al interior del peronismo, consideramos que es indispensable revisar algunos de sus rasgos más sobresalientes. Después, veremos la situación del peronismo en los años posteriores al golpe militar que derrocara al gobierno de Perón en 1955, pasando por el momento de la aparición de los sectores de izquierda peronista. Por último, revisaremos las principales vicisitudes del regreso del peronismo al poder hacia 1973, así como la lucha interna que hubo entre los sectores de la izquierda y de la derecha para concluir con la muerte de Perón.

En cuanto al segundo grupo, abordaremos primero el breve mandato de María Estela Martínez (mejor conocida como Isabelita Perón) cuyo gobierno terminaría a causa del golpe militar de 1976. A su vez, explicaremos el proceso de reorganización interna del

³⁵ Antonio Cafiero, “Historia del peronismo: etapas, máscaras y asignaturas pendientes”, en *Revista Peronistas*, N° 4, 2004, pp. 55-64, p. 58. Disponible en: http://www.cepag.com.ar/pdf/peronistas_5/cafiero.pdf (Consultado en marzo de 2008)

peronismo que tuvo lugar en el contexto del retorno a la democracia. Finalmente haremos referencia al gobierno de Carlos Menem, periodo de gran importancia no sólo para la historia del peronismo, sino también para la historia reciente de la Argentina.

1.1. El surgimiento del peronismo

El 4 de junio de 1943 un golpe militar encabezado por el General Arturo Rawson y el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) derrocó al presidente Ramón Castillo, con lo que iniciaría una dictadura militar que, a decir de Marcos Kaplan, “desembocará en un experimento político no previsto por los líderes iniciales del movimiento”.³⁶

Fue precisamente dentro del GOU donde se encontraba el coronel Juan Domingo Perón, cuya carrera política inició al ser nombrado secretario de Trabajo y Previsión, lugar desde el que fue estrechando sus relaciones con los crecientes sectores de trabajadores. Posteriormente, una vez que el General Edelmiro J. Farrell asumió el poder, Perón fue designado Vicepresidente y ministro de Guerra. Así, “la combinación de estos tres cargos fue fundamental; le permitieron granjearse un doble apoyo: del ejército y de las fuerzas del trabajo”.³⁷

Al respecto, resulta fundamental el hecho de que Perón y el grupo de militares que estaban a su lado, a diferencia de la generalizada incomprensión de la realidad social argentina por parte de otros agentes políticos, “estaban, pues, convencidos de la necesidad de una alianza con las masa obreras”, de las que obtuvieron su confianza “al proponer un programa de nacionalizaciones, planificación económica y justicia social”.³⁸ Así las cosas, fue precisamente la inédita fórmula de bienestar social la que se tradujo en el apoyo a Perón.

Sin embargo, pronto surgieron grupos que veían con mala cara estas iniciativas, así como el tinte pronazi y autoritario del gobierno militar: radicales, socialistas, comunistas conservadores, además de las universidades, los grandes diarios y ciertos sectores de

³⁶ Marcos Kaplan, “50 años de historia argentina (1925-1975). El laberinto de la frustración”, en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: Historia de medio siglo*. Tomo 1 América del sur, Ed. Siglo XXI, duodécima edición, México, 2001, pp. 1-73, p. 20.

³⁷ Werner Altmann, *El proyecto nacional peronista*, Ed. Extemporáneos, México, 1979, p. 29.

³⁸ *Ibid*, p. 21.

empresarios, quienes en conjunto conformaban una gran oposición. Finalmente, estas presiones desembocarían en el despojo de Perón de sus cargos en el gobierno y posteriormente sería arrestado en la isla Martín García. No obstante, el día 17 de octubre de 1945 una movilización popular se concentró en la Plaza de Mayo reclamando la liberación y presencia de Juan Domingo Perón. Si bien existe un consenso que señala este día como la fecha fundacional del peronismo, las interpretaciones y versiones de lo que ocurrió aquel día son múltiples y no pocas veces opuestas entre sí. Lo cierto, según nos comenta Federico Neiburg, “es que la noche del 17 de octubre Perón pronunció un discurso desde los balcones de la casa de gobierno a un público que lo reconocía como su líder”,³⁹ cuyo resultado más concreto fue la postulación de Perón como candidato a presidente en las elecciones que se celebrarían en febrero del año siguiente.

Así, la Junta Renovadora de la Unión Cívica Radical y el Partido Laborista, formarían la fuerza política que impulsó la candidatura de Perón en oposición a la coalición electoral Unión Democrática, la cual agrupaba a los partidos Radical, Demócrata Progresista, Socialista y Comunista. En las elecciones del 24 de febrero de 1946 triunfaría la fórmula Perón-Quijano y el 4 de junio el general Juan Domingo Perón asumió la presidencia.

Este gobierno de Perón sería la primera presidencia del peronismo. Posteriormente, en 1951, sería reelegido y se mantendría en el poder hasta 1955 cuando fuera derrocado por un golpe militar. Sería hacia 1973 cuando, después de varios años de proscripción (aunque manteniéndose como un movimiento en resistencia) el peronismo llegaría nuevamente a la presidencia de la Argentina, esta vez con Héctor J. Cámpora. No obstante, las circunstancias políticas del momento orillaron a Cámpora a declinar del puesto al poco tiempo para que Perón asumiera una vez más el poder, aunque la delicada salud de este último lo llevaría a la muerte al año siguiente. Fue así que su tercera esposa, María Estela Martínez, tomaría el rumbo de la nación en un breve mandato que fue interrumpido por otro golpe militar en 1976. Finalmente, establecido el orden democrático, Carlos Menem llegaría a la presidencia en 1989 en representación del peronismo.

Pero la complejidad y trascendencia del peronismo no se reducen únicamente a los momentos en que ha tenido representaciones en el gobierno, pues éstas últimas tan sólo han

³⁹ Federico Neiburg, “Ciencias sociales y mitologías...”, *op. cit.*, p. 545.

sido una parte de las múltiples expresiones que encierra este fenómeno. Cabe aclarar que cada una de estas expresiones ofrece los elementos suficientes como para ser trabajadas por separado, por lo que nuestra intención no es realizar un análisis a profundidad de cada una de ellas, y ni siquiera insinuar que las expresiones que ha tenido el peronismo se reducen únicamente a éstas: sólo intentaremos resaltar aquellas que de cierta manera estuvieron en juego al ser recuperadas por los actores del presente en el 2003. Consideramos que estos distintos momentos del pasado están enmarcados por un aspecto fundamental del fenómeno peronista, el cual nos servirá como una especie de eje conductor a lo largo del capítulo: la dicotomía entre partido y movimiento peronista, la cual explicaremos a continuación.

1.2. La dicotomía partido y movimiento

Marcos Aguinis comenta que “el peronismo no fue solamente un partido político. [Aunque] tampoco lo explica de modo completo la palabra movimiento”.⁴⁰ Tomamos como punto de partida estas palabras pues creemos que ellas expresan precisamente la dicotomía que nos permite comprender una parte importante de la lógica explicativa del peronismo. Y es que al hacer una rápida revisión histórica de este fenómeno nos encontramos con que ha habido momentos en los que el peronismo se ha presentado como un partido político y otros en los que se ha manifestado como un movimiento.

Manuel Urriza comenta que “el peronismo surge en Argentina como una reacción popular contra el sistema económico, social y político oligárquico que oprime a una sociedad en proceso de transformación, debido al desarrollo industrial y cuya modernización social es tercamente reprimida por las élites tradicionales”.⁴¹ Es a partir de este hecho que Urriza considera que el peronismo queda adscrito a una característica movimientista peculiar: dar cauce a las masas populares (no por dentro sino al margen de los sistemas de partidos) en un proceso de transformación social frente a un “sistema social, económico y político que no sólo no procesa las demandas del pueblo, sino que, precisamente está

⁴⁰ Marcos Aguinis, *El atroz encanto de ser argentinos*, Ed. Planeta, Argentina, 2001, p. 102. Disponible en: <http://www.clarin.com/diario/especiales/libros/aguinis/aguinisebook.pdf> (Consultado en marzo de 2008)

⁴¹ Manuel Urriza, “¿Movimiento o partido? El peronismo” en *Nueva Sociedad*, N° 74, septiembre-octubre 1984, pp. 69-75, p. 73. Disponible en: www.nuso.org (consultado en marzo de 2008)

montado para cerrarles el paso”.⁴² Cabe señalar que este proceso de transformación generalmente está bajo la conducción de líderes carismáticos, quienes “tienen la facultad de detectar la insatisfacción de las masas, se convencen de la necesidad de su reivindicación, perciben la viabilidad histórica del cambio y tienen la capacidad de congregarnos, en una actitud histórica exactamente inversa a las élites oligárquicas”.⁴³ Y en el caso del peronismo, sería Juan Domingo Perón quien desempeñaría esta función.

Tampoco debemos pasar por alto el hecho de que, como movimiento, el peronismo no se podría haber desarrollado sin una ideología que orientara su acción; es decir, el conjunto de valores, normas y aspiraciones a seguir en el proceso de transformación que pretendía llevar a cabo. Al respecto, cabe señalar que si bien, según nos explica Ricardo del Barco, “al momento de acceder al poder por la vía electoral, el movimiento triunfante carecía de una estructura ideológica consolidada”,⁴⁴ conforme se fueron definiendo las acciones de su gobierno, se haría lo mismo con su concepción ideológica. De esta forma, se consolidaría lo que conocemos como Justicialismo, doctrina que se convertiría en la ideología oficial del movimiento.

Kaplan comenta que el Justicialismo constituyó un conglomerado donde “se entrecruzan y colisionan elementos de filosofía tomista medioeval, falangismo español, principios de Welfare State, seudomarxismo reinterpretado por apóstoles provenientes de la izquierda tradicional y convertidos a un nuevo evangelio nacional-populista”.⁴⁵ Pero de este conglomerado, resaltan tres elementos fundamentales que le dan cuerpo: en primer lugar, la Justicia Social, entendida como “la virtud social que inspira una acción redistributiva del Estado, cuya figura arbitral conduce los conflictos sectoriales”;⁴⁶ en segundo lugar, la Independencia Económica, con lo que se buscaba implantar un Estado que no dependiera de ninguna fuerza externa; y por último la Soberanía Política, que junto con la anterior, se trataba de una reivindicación nacionalista frente al imperialismo. La insistencia en la independencia económica y la soberanía política cobra mayor relevancia si contextualizamos el nacimiento del Justicialismo en el mundo bipolar producto de la Segunda Guerra Mundial. Perón insistía “en el hecho de que los Países del Tercer Mundo

⁴² *Ibid.*, p. 71.

⁴³ *Ibid.*, p.72.

⁴⁴ Ricardo del Barco, *El régimen peronista, 1946-1955*, Ed. Belgrano, Buenos Aires, 1983, p. 62.

⁴⁵ Marcos Kaplan, “50 años de historia...”, *op. cit.*, p. 25.

⁴⁶ Ricardo del Barco, *El régimen peronista...*, *op. cit.*, p. 62.

deberían encontrar una tercera posición entre el liberalismo burgués de Occidente y la Rusia comunista”.⁴⁷ Así, a través del Justicialismo, Perón proponía una visión geopolítica diferenciada del capitalismo y del comunismo, del individualismo y del colectivismo, lo que se conocería como la Tercera Posición.

Ahora bien, anteriormente señalamos que el 17 de octubre de 1945 puede ser considerado como la fecha fundacional del peronismo; y esto quizá responde a que aquel día fue cuando aconteció la primera acción de este movimiento que reconocía a Juan Domingo Perón como el líder que daría rumbo a la transformación social por la que estaban congregados en la Plaza de Mayo. No obstante, llama la atención que si bien el peronismo puede ser considerado como un movimiento político, lo cual sugiere la no institucionalización de una idea, de un grupo, o de una actividad,⁴⁸ entonces podríamos preguntarnos por qué su arribo al poder fue precisamente bajo la forma de un partido y a través del sistema político que criticaba.

Al parecer este hecho responde a lo que sería el inicio de una constante que en cierta medida marcaría la historia del peronismo: que “cada vez que [...] ejerce el poder o combate por el poder es movimiento popular y sólo cuando debe cumplir los procedimientos legales de los actos electorales es partido”.⁴⁹ De esta manera, es como germina en el peronismo la concepción del partido como una “herramienta electoral”, con la que se pretendía cumplir las exigencias legales para acceder al poder, pero sólo como una vía (o manera instrumental) para poder llevar a cabo los objetivos que se proponía como movimiento. Al respecto, Juan Domingo Perón dejaría en claro en la Carta Orgánica de 1954 el carácter movimientista del peronismo y el lugar que ocupaba dentro de éste el partido político que lo representaba: “El Partido Peronista es una de las partes que forman el Movimiento Peronista. Las otras partes son: el Partido Peronista Femenino y la Confederación General del Trabajo”.⁵⁰ Así quedarían definidas las tres “ramas” que constituían al peronismo: la sindical, la política y la femenina.

⁴⁷ Eugeniusz Górski, *Dependencia y originalidad de la filosofía en Latinoamérica y en Europa del Este*, Colección Nuestra América, UNAM, México, 1994, p. 157.

⁴⁸ Cfr. Gianfranco Pasquino, “Movimiento político”, en Norberto Bobbio, *Diccionario de política*, Ed. Siglo XXI, México, 2000, pp. 1014-1015, p. 1014.

⁴⁹ Manuel Urriza, “¿Movimiento o partido...”, *op. cit.*, p. 74.

⁵⁰ Citado en Ana María Mustapic, “Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”, en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (comps.), *El asedio a la política. Los partidos Latinoamericanos en la era neoliberal*, Ed. Homo Sapiens, Argentina, 2002, pp. 137-161, p. 143.

Por su parte, es a través de esta lógica (en la que el partido funciona como una herramienta que se activa únicamente en tiempos electorales, y el movimiento es un medio para luchar o ejercer el poder) como podemos comprender que a pesar de que en 1955 fuera derrocado el gobierno de Perón y proscrito el partido político, el peronismo continuó vivo, pero como movimiento. Igualmente, no está demás recalcar que las respuestas del sistema político contra el peronismo también estuvieron en función de la forma que adoptara el peronismo en cada momento, pues bastaba ilegalizarlo en cuanto partido (como en las elecciones de 1958 y de 1963), y combatirlo mediante actos represivos cuando se manifestaba como movimiento. En efecto, “cada vez que el peronismo llega al poder por la vía electoral a través del partido se debe a que las condiciones permisivas del sistema han sido creadas, entre otras, por la acción asediante del movimiento”.⁵¹

En 1974 acontece un hecho que inevitablemente tendría que repercutir en la dinámica del movimiento y del partido peronista: la muerte de Perón. Como veremos en su momento, en los años 1970 el peronismo afrontaba en su interior un proceso de polarización entre sectores de izquierda y de derecha. En medio de esta lucha, y tras varios años de proscripción, el peronismo se presentaría a las elecciones presidenciales de 1973 echando a andar esa herramienta electoral que mencionamos anteriormente, bajo el nombre del Frente Justicialista de Liberación y con Héctor Cámpora como candidato. A los pocos meses Cámpora desistiría del puesto para ceder su lugar a Juan Domingo Perón. Un año después, Perón moriría dejando sin tutela al movimiento que había creado. No obstante, las implicaciones de este hecho no serían debidamente debatidas y reflexionadas de inmediato, en parte porque, en un primer momento, al interior del peronismo se desarrollaría una intensa y violenta disputa por el poder, y posteriormente debido a la represión que acosó a la política nacional durante el periodo de la dictadura militar instaurada en 1976.

No sería sino hasta el año 1983, a raíz de la derrota electoral que sufrió el peronismo, cuando las secuelas que implicaban la muerte del líder se hicieron presentes a través de un proceso de transformación y reorganización, donde un grupo autodenominado la “renovación peronista” jugó un papel protagónico. La importancia de este proceso sería que traería significativas repercusiones en la dinámica partido-movimiento, pues a partir de este momento el peronismo adoptaría características más institucionales y partidistas, en tanto

⁵¹ Manuel Urriza, “¿Movimiento o partido...”, *op. cit.*, p. 74.

que su carácter movimientista pasaría a segundo término. En efecto, consideramos que este sería el momento en el que, al interior del propio peronismo, comenzaría a surgir un periodo de deslegitimaciones en contra de algunas imágenes que estaban alrededor del pasado peronista anterior a la muerte del líder. Posteriormente, el periodo presidencial de Carlos Menem (1989-1999) continuaría esta misma línea, lo que queda demostrado de mejor manera en su intento por desacreditar a quienes “se habían quedado en el 45”.

1.3. El peronismo con Perón

1.3.1. El peronismo nacional-popular

Este primer momento del peronismo, en el que el propio Perón estuvo al frente del gobierno, puede caracterizarse, de manera general, como nacional a causa del corte nacionalista de sus medidas políticas y económicas, y como popular por la gran capacidad de convocatoria y movilización que logró tener entre amplios sectores de la sociedad. Ahora, para comprender la importancia de las medidas políticas y económicas de corte nacionalista aplicadas durante este primer momento del peronismo es necesario tener en cuenta que cuando Perón asumió el poder se encontró con un país en el que la industria iba tomando cada vez un papel más predominante sobre la producción agrícola ganadera. Sin embargo, el monopolio extranjero y el atraso de ciertos sectores de la infraestructura económica (como el sistema de transporte y la energía) dificultaban el pleno desarrollo de la industrialización. De hecho, ésta se limitaba a la industria liviana dirigida al consumo, por lo que se carecía de una sólida industria de base, lo que significaba la dependencia de bienes de producción provenientes del extranjero, principalmente de Estados Unidos y Gran Bretaña. Es así que, mediante un proyecto de desarrollo nacional autónomo el régimen peronista se presentaría como la opción que atacaría estos factores que limitaban el impulso de la economía argentina.

No está demás resaltar que este proyecto encontró un escenario favorable para llevar a cabo sus propósitos gracias a que a principios de la década de los años 1940 ya había comenzado a darse cierto impulso a la industrialización por sustitución de importaciones

(propuesto por el entonces Ministro de Hacienda, Federico Pinedo) como una respuesta ante el peligro de que las exportaciones argentinas se vieran gravemente afectadas por las consecuencias del conflicto bélico por el que entonces atravesaban los países europeos. Así, sería esta la base sobre la cual Perón intentaría afirmar la transformación de la condición agroexportadora de la Argentina, bajo el supuesto de que considerando que la industria nacional de bienes de consumo no se vería afectada, al menos en el corto plazo, por la competencia extranjera a causa de los grandes daños sufridos en la guerra. En este sentido, Félix Luna comenta que “parecía reabrirse la antigua edad de oro y Perón reflejaba exactamente ese generalizado estado de espíritu”.⁵²

Por otra parte, el gobierno de Perón profundizaría un proceso iniciado durante la década de los años 1930, en el cual el Estado había comenzado a desempeñar un papel más importante en la economía. Así, el Estado peronista “en vez de limitarse a disciplinar y hacer respetar las normas de actividad económica, actúa directamente como agente económico”.⁵³ Las principales propuestas gubernamentales en materia económica fueron expresadas en un Plan de Gobierno Quinquenal. Mediante este programa económico que contemplaba la redistribución de ingresos, el crecimiento industrial, el desarrollo de una economía mixta agroindustrial autosuficiente y la reducción de la propiedad extranjera de los servicios públicos se pretendía aumentar el consumo interno. Es así, que en tanto nacionalista, el peronismo:

“[...] no puede dejar las empresas de servicios y las industrias estratégicas en manos del imperialismo [...] ya entonces, estatización es sinónimo de nacionalización, así como privatización lo es de extranjerización”.⁵⁴

En efecto, en este periodo se realizaron una serie de nacionalizaciones, entre las que podemos mencionar: la adquisición de la Unión Telefónica, de propiedad norteamericana, y de los ferrocarriles, de capital francés y británico; la repatriación de la deuda externa; la nacionalización del Banco Central y la subsiguiente creación del Instituto Argentino de

⁵² Félix Luna, *La Argentina de Perón a Lanusse 1943/1973*, Planeta, Buenos Aires, 1995, p. 38.

⁵³ Werner Altmann, *El proyecto nacional...*, *op. cit.*, p. 47.

⁵⁴ Norberto Galasso, *De Perón a Menem. El peronismo en la encrucijada*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1990, p. 14.

Promoción del Intercambio (IAPI),⁵⁵ organismo que quedaba con el control del sistema crediticio, los tipos de cambio y el comercio exterior y la creación de diversas empresas estatales. Este conjunto de nacionalizaciones parecía ser la realización del designio de independencia económica que Perón había proclamado en su campaña electoral.

Pero debemos señalar que el papel del Estado en el gobierno de Perón no sólo se limitó a ser el agente económico más importante, sino también funcionaría como árbitro entre el capital y el trabajo siendo “el centro de poder de un sistema de fuerzas heterogéneas y hasta virtualmente antagónicas”.⁵⁶ Al respecto, Werner Altmann y Marcos Kaplan coinciden en señalar que el Estado peronista tuvo un carácter contradictorio y ambivalente en cuanto a su estructura y formas de proceder, ya que si bien promovía políticas que favorecían a las clases bajas de la sociedad argentina, a la vez no perjudicaba del todo, quizá indirectamente, los intereses de las élites nacionales. Creemos percibir que este carácter contradictorio y ambivalente era consecuencia de un intento por dar respuesta a la heterogénea composición político-social de las bases de apoyo que llevaron al peronismo al poder.

El apoyo a Perón provenía principalmente de sectores que no pertenecían a ninguna corriente política, y dado que el escenario político de la Argentina de la década de los años 1940 parecía no ofrecer expresión alguna de sus demandas, estos sectores encontraron en el liderazgo de Perón una opción novedosa y el canal propicio para satisfacer sus reclamos sociales. De esta manera, el peronismo, desde su nacimiento, fue la expresión política de una confluencia de sectores nacionales que resultaban dominados por el viejo régimen agroexportador (la oligarquía) que a su vez estaba relacionado con intereses extranjeros, principalmente británicos: trabajadores de la creciente industria, sectores de clase media de modestos recursos, trabajadores estacionales, servidores públicos, sectores del ejército, de la iglesia y de una reciente burguesía.

Ahora, cabe hacer especial mención del apoyo de la clase obrera, pues ésta encarnaría la principal base social que sostendría al régimen. Brevemente, debemos señalar que a principios de los años de 1940, la disminución de las exportaciones y el proceso de

⁵⁵ Propiamente la nacionalización del Banco Central y la creación del IAPI fueron iniciativas del aún presidente Farrell. Sin embargo, fue durante el gobierno de Perón cuando este Instituto jugó un papel fundamental en la política económica del régimen, razón por la que la mencionamos aquí.

⁵⁶ Werner Altmann, *El proyecto nacional...*, op. cit., p. 48.

industrialización habían originado que miles de campesinos emigraran del campo a las grandes ciudades en busca de oportunidades de trabajo. La industria absorbería esta enorme demanda laboral y así los antiguos campesinos se convertirían en obreros industriales. Por otra parte, el hecho de que los partidos obreros y líderes sindicales tradicionales hubieran claudicado en relación a sus bases fue bien entendido y aprovechado por Perón. Su estancia en la secretaria de Trabajo y Previsión le permitió tener un primer acercamiento con los trabajadores. En suma, Perón tenía enfrente a una masa de obreros recién llegados a la capital y sin representación política que los apoyara. Sería precisamente en el peronismo donde esta masa de migrantes encontraría un punto de identificación social.

“En la pequeña comunidad rural todos se conocen y todos se controlan, es decir, el lazo social local es también un fuerte lazo de control social. Como contraparte, en el gran aglomerado urbano nadie es conocido ni conoce a nadie. Y la existencia de un movimiento que los represente posibilita su integración a nuevos controles de tipo político e ideológico. Y fue esto justamente lo que Perón percibió tan agudamente, y fue este el papel que el peronismo ejerció en el momento de su consolidación”.⁵⁷

Por su parte, Ricardo Sidicaro explica que con el golpe militar del 43 el Estado Intervencionista extiende su campo de acción asumiendo ahora funciones sociales. Esta ampliación de sus funciones sería una prefiguración del programa social del peronismo: evolución salarial, el desarrollo de una amplia legislación salarial, el incremento de afiliados a los sindicatos y el aumento de estas organizaciones. No obstante, si bien estas reformas introducidas por el gobierno militar otorgaban beneficios a la clase obrera, “no significaron cambios de una relevancia tal que permitan suponer que por efecto directo de los mismos los sectores obreros volcaron su adhesión política al peronismo”.⁵⁸ En efecto, una de las causas centrales de la adhesión de la clase obrera al nuevo movimiento político se encuentra en los conflictos sociales que se desarrollan en torno a las consecuencias de la aplicación de las reformas. En síntesis, el movimiento obrero fue la “columna vertebral” del

⁵⁷ Werner Altmann, *El proyecto nacional...*, op. cit., p. 109.

⁵⁸ Ricardo Sidicaro, “Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina, 1943-1955” en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, *Populismo y neopopulismo en América Latina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998, pp.153-171, p. 156.

peronismo y la trascendencia de esta relación reside precisamente en la efectividad de su organización, lo que, como veremos más adelante, quedó demostrado en el hecho de “que, con la caída del líder, el obrerismo peronista no desaparece, sino por el contrario, conserva una fuerza considerable, pero actuando a partir de entonces en la oposición”.⁵⁹

Pero los trabajadores no fueron los únicos que recibieron algún beneficio del peronismo; también los militares, la iglesia católica (aunque sólo en un principio), sectores de industriales, los deportistas, ancianos, niños y mujeres. De esta forma, amplios sectores de la sociedad “se sentían partícipes reales del proceso histórico a través de la grandeza de Perón y Eva Perón [...] pero no solamente les agradecían los bienes materiales a que habían accedido en pocos años. Era una nueva dignidad la que sentían...”.⁶⁰

Ahora bien, conforme consolidaba su poder, el peronismo también iba desarrollando un aparato de propaganda y coacción que, por un lado, se dedicaba a exaltar las acciones del régimen y a difundir la “doctrina nacional justicialista”, y por otro lado, poco a poco iba limitando o suprimiendo aquellos medios por los que la oposición podía divulgar críticas al oficialismo: adquirió radiotransmisoras privadas, sometió a los diarios a restricciones de papel. En efecto, “la vida de las agrupaciones opositoras no trascendía de sus escasos locales partidarios y la asfixia amenazaba matar definitivamente sus expresiones”.⁶¹ No pasaría mucho tiempo para que esta situación desembocara en la fatiga y la rebeldía de los grupos opositores, quienes llegaron a pensar que, dado que no había salidas legales a sus reclamos, la única forma de derrocar a Perón era mediante la violencia.

La agudización del conflicto de Perón con los grupos opositores tendría lugar durante su segundo periodo presidencial. Y el panorama de fondo de dicho conflicto tampoco parecía ser favorable, pues la situación económica de entonces en verdad era crítica: déficits comerciales, reserva de dólares y de divisas agotadas, deuda económica con los norteamericanos, desastre de los mercados financieros. Todo ello ponía en evidencia que las aspiraciones del plan quinquenal no habían sido del todo exitosas, y más aún, a decir de Félix Luna, esta línea económica “reforzaba el vasallaje de nuestra estructura, al aumentar las exigencias de materias primas y combustibles”.⁶² Además, los

⁵⁹ Werner Altmann, *El proyecto nacional...*, *op cit.*, p. 51.

⁶⁰ Félix Luna, *La Argentina de Perón...*, *op cit.*, p. 60.

⁶¹ *Ibid.*, p. 47.

⁶² *Ibid.*, p. 43.

negocios y enriquecimiento clandestinos sólo eran la manifestación de la corrupción burocrática en que había caído el régimen. Hacia el término del gobierno de Perón, y ante el hecho de que la oposición preparaba la caída del régimen, la burocracia se había convertido en una importante traba para el desarrollo del proyecto peronista, ya que, nos comenta Werner Altmann, “dejó intacto el fundamento económico de la oligarquía, renunció a la movilización revolucionaria de las masas a tiempo e impidió, en suma, el desarrollo del proyecto nacional”.⁶³

Así, la caída del régimen peronista encontraría como punto detonante un conflicto de la iglesia católica, lo cual “hizo estallar las tensiones acumuladas a lo largo de varios años y fue el aglutinante de la oposición ‘política’”.⁶⁴ A medida que la relación Iglesia-Estado se fue disolviendo, ésta extendiendo su influencia política y, gracias a que pudo conservar cierta autonomía frente a la verticalización del peronismo, se convirtió en un buen refugio de los oponentes. Sería el 11 de junio de 1955 al celebrarse la tradicional procesión de Corpus Christi, cuando se congregaron católicos y grandes sectores de la oposición, transformándose de esta forma en una manifestación de expresiones desafiantes. Bajo el pretexto de la quema de una bandera nacional, el gobierno agudiza la represión en contra de la iglesia. En medio de este tenso clima, en el seno de la Fuerzas Armadas también había distintas posturas frente a Perón. La principal línea antiperonista era la Marina, quien efectuó un intento de golpe trayendo como consecuencia un saldo rojo en la Plaza de Mayo. Por su parte, si bien el Ejército había sido leal al peronismo, ante el papel de represión que seguramente les tocaría jugar, comenzaban a tomar sus reservas y a poner condiciones. A su vez, las clases altas contribuían a potenciar la acción opositora. Ante este panorama Perón exhorta a la oposición a una actitud pacifista y al diálogo, lo cual fue visto por ésta como una excelente oportunidad de romper la estructura monolítica del Estado.

Así, el término del gobierno de Perón aconteció en medio de este agitado y, no pocas veces, violento clima, donde las clases altas, la Marina, la Iglesia y los tradicionales opositores fueron presionando al régimen. El 16 de septiembre, estalló en la provincia de Córdoba una sublevación militar encabezada por el general Eduardo Lonardi. La respuesta de Perón osciló entre la represión, la incertidumbre y el intento de reflejar una actitud

⁶³ Werner Altmann, *El proyecto nacional...*, op. cit., p. 55.

⁶⁴ Ricardo Del Barco, *El régimen peronista...*, op. cit., p. 59.

pacifista, no obstante que en un último discurso pronunciado desde el balcón de la Casa Rosada las palabras de Perón convocaban a responder a la violencia con más violencia. Sin embargo, estas palabras no fueron seguidas y, a decir de Félix Luna, “daba la impresión, por momentos, que el país, aun el peronismo, estaba harto de tensiones y sobresaltos y que Perón, progresivamente aislado, ya no expresaba como antes los sentimientos mayoritarios”.⁶⁵ Cuatro días después de la insurrección militar, Perón se refugió en la Embajada de Paraguay, en lo que sería el comienzo de un largo exilio.

1.3.2. Eva Perón

En la amplia bibliografía que hace referencia al peronismo, no puede faltar aunque sea un pequeño espacio dedicado a Eva Perón. Así, vale la pena anotar algunos aspectos ligados a ella. El lugar concedido a esta mujer no es fortuito, ya que no sólo figuró como la primera dama sino que jugó un papel trascendental en la política del peronismo. Dentro de sus principales actividades resaltan: por un lado, la creación de la Fundación Eva Perón, desde donde desempeñaba un papel de asistencia social sobre los sectores más desvalidos; y por otro lado, la relación con los sindicatos, lo que la convirtió en un sólido sostén del régimen. Igualmente, no podemos pasar por alto el papel protagónico que jugó en la campaña a favor de los derechos políticos de la mujer y por incrementar su influencia política, mediante la creación del Partido Peronista Femenino. Eva Perón era el agente, el enlace y no pocas veces una figura propagandística entre Perón y las masas obreras. De esta manera, Eva (o Evita como sus seguidores gustaban llamarla) “hacia 1950 era un poder tan grande como el mismo Perón, acaso con mayor vigencia popular”.⁶⁶ Si bien los años 1950 y 1951 fueron el momento de apogeo de su vida política, paradójicamente fueron a la vez los años en que la enfermedad la interrumpió. El cáncer uterino que padecía provocó que en varias ocasiones Evita desmayara, por lo que se vio obligada a renunciar a la petición de la CGT de que fuera compañera de fórmula de Perón en las elecciones de 1951. Finalmente, después de algunos días en estado de coma, Evita murió el 26 de julio de 1952.

⁶⁵ Félix Luna, *La Argentina de Perón...*, *op. cit.*, p. 80.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 50.

Sin embargo, la muerte de Evita no significó el fin de su presencia y de su gran importancia simbólica al interior y al exterior del peronismo, como fue evidente con el hecho de que, hacia la década de los años 1970, su imagen fue una de las banderas de lucha de algunos sectores de la izquierda peronista. Aunque, también es importante señalarlo, la evocación a su figura no siempre fue positiva, pues durante el gobierno militar que derrocó a Perón, los restos de Evita fueron secuestrados y presa de violación en un intento aberrante por dar a entender que el peronismo no tenía cabida en la Argentina.

1.3.3. La proscripción y resistencia peronista

A través del decreto 4161 la rebelión militar concertada en 1955, llamada la “Revolución Libertadora”, prohibió cualquier alusión simbólica y discursiva al peronismo. Sin embargo, como bien apunta Marcos Kaplan “la presencia de las masas peronistas y del movimiento que las expresa y lidera no se desvanece [...] de la sociedad y de la política como una fantasmagoría inquietante pero fugaz”.⁶⁷ Fue así que la Revolución Libertadora en todo caso consiguió proscribir al partido político, pero no a un movimiento que había echado profundas raíces entre amplios sectores de la sociedad y que a partir de este momento adoptaría la máscara de la resistencia.

Uno de los principales objetivos que pretendía alcanzar la Revolución Libertadora era la “modernización de la economía nacional”, para lo que se creía necesario restituir el control de la vida nacional a los grandes intereses industriales y financieros del país. Alcanzar tal objetivo implicaba modificar el estatus logrado por los trabajadores durante el gobierno de Perón y destruir el movimiento obrero organizado. Fue así, que además de prohibir cualquier alusión a Perón y disolver su partido, el gobierno del general Pedro Eugenio Aramburu intervino en los sindicatos y proscribió a los líderes identificados con el peronismo, todo ello con la finalidad de limitar el poder de los sindicatos y reducir las presiones que ejercían los obreros sobre los empresarios. A estas acciones de anulación igualmente se sumaron las de represión, tortura, encarcelamiento y fusilamiento de los militantes peronistas. No obstante, el gobierno de la libertadora se toparía con una clase

⁶⁷ Marcos Kaplan, “50 años de historia...”, *op. cit.*, p. 49.

obrero madura y fuertemente identificada con el peronismo que sucesivamente pondría freno a sus aspiraciones. En este sentido, Luis Alberto Romero comenta que “la exclusión del peronismo de la política fue para los vencedores de 1955 el requisito para poder operar esa transformación en las relaciones de la sociedad, y a la vez la fuente de las mayores dificultades”.⁶⁸

Al poco tiempo del golpe de estado, en diversos puntos del país (principalmente en las zonas urbanas) fueron surgiendo pequeños grupos, llamados “comandos clandestinos”, compuestos no sólo por trabajadores, sino por diversos actores sociales. Ernesto José Salas nos dice que los comandos “inicialmente eran una forma de reunión política, pero rápidamente los [...] más audaces pasaron a la acción: sabotajes a la producción, pintadas, atentados contra organismos del Estado”.⁶⁹ Vale la pena señalar que los comandos no fueron la única forma de expresión de la resistencia peronista, pues, como lo ha demostrado el mismo Salas, también hubo manifestaciones en ámbitos de la vida cotidiana con un gran valor simbólico, como el silbar la marcha peronista en los estadios de fútbol o tener en los hogares los retratos de Juan y Eva Perón. Así, “las casas de familia, los clubes de organización y los lugares habituales de reunión eran canales naturales de expresión y, por su cotidianidad, se convertían en lugares seguros contra la represión”.⁷⁰

Sin embargo, el proceso de la resistencia peronista no estuvo exento de contratiempos. Y es que pronto surgieron diferencias al interior del peronismo en cuanto a las formas de llevar a cabo la resistencia, pues hubo quienes apoyaban las tácticas de lucha ilegales y violentas y quienes abogaban por las legales y pacíficas, quienes optaban por el diálogo con el régimen y los que preferían mantener posturas intransigentes. De cualquier manera, la disputa más apremiante giraría en torno a resolver “cómo y quién administraría el capital político acumulado durante los años del peronismo”,⁷¹ cuestión que interesaba de manera especial a dirigentes de la rama política y sindical del peronismo, pero también al propio Perón, quien “nunca abandonó la pretensión de seguir ejerciendo su liderazgo y cuya

⁶⁸ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 2004, p. 135.

⁶⁹ Ernesto José Salas, “Cultura popular en la primera etapa de la resistencia peronista (1955-1958)”, en *Secuencia*, Nueva Época, N° 30, septiembre-diciembre 1994, pp. 141-158, p. 146.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 155.

⁷¹ Ana María Mustapic, “Del partido peronista...”, *op. cit.*, p. 145.

incidencia en la vida del peronismo en la política argentina, aún desde el destierro, fue permanente y decisiva”.⁷²

Aún en el exilio, Perón se daría a la tarea de organizar la resistencia peronista al gobierno de la Revolución Libertadora. Las acciones propuestas por Perón iban desde ordenar cómo y por quién se debía votar en determinado momento⁷³, pasando por las pequeñas maniobras individuales en los lugares de trabajo -como averiar la maquinaria, detener el trabajo y silbar la marcha peronista-, hasta las acciones terroristas -como detonar artefactos explosivos de elaboración casera. Si bien, según comenta Margarita Rodríguez Sánchez, “para Perón el golpe militar de septiembre sirvió para purificar el movimiento, [pues] algunos dirigentes peronistas defecionaron en la derrota, pero al mismo tiempo muchos millones de peronistas leales permanecieron firmes en la defensa del movimiento”,⁷⁴ esto no excluyó que Perón, al tratar de organizar la resistencia, se enfrentara a la gran dificultad de asegurarse la efectiva conducción del movimiento.

Ana María Mustapic nos comenta que con el exilio de Perón los liderazgos políticos provinciales veían una oportunidad para actuar de forma autónoma en su accionar político (sin que esto significara que cuestionaran su identidad peronista). Persiguiendo tal objetivo, muchos líderes políticos (aunque también sindicales) se agruparon en diversos partidos provinciales que utilizaban siglas que no aludían al peronismo, con la finalidad de evadir la proscripción. Si bien estas acciones pudieron representar cierta amenaza al pretendido liderazgo de Perón, éste pronto recurrió a diversas estrategias para impedir su consolidación, tales como fomentar la competencia y el enfrentamiento interno. Fue así que “estos desafíos a la autoridad de Perón, de alcance sólo local, no llegaron [...] a equipararse a los que llegaron a colocar las organizaciones sindicales”.⁷⁵ Al respecto, es importante tener en cuenta que las organizaciones sindicales peronistas, a diferencia de la rama política, “no dependían para su supervivencia de Perón sino que eran producto de las necesidades y problemas propios que plantea [...] el mundo del trabajo”.⁷⁶ Así, mientras que las necesidades organizacionales del mundo político eran discontinuas, activándose

⁷² *Idem.*

⁷³ A este punto responde el triunfo de Arturo Frondizi en las elecciones presidenciales de 1958.

⁷⁴ Margarita Rodríguez Sánchez, *Gravitación política del peronismo (1955-1973)*, Ed. Extemporáneos, México, 1979, p. 22.

⁷⁵ Ana María Mustapic, “Del partido peronista...”, *op. cit.*, p. 146.

⁷⁶ *Idem.*

principalmente en tiempos electorales y suprimidas en momentos de proscripción, las del mundo obrero eran independientes del gobierno en turno. Por tal motivo, las organizaciones sindicales contaban con mejores condiciones para hacer frente al gobierno de la Revolución Libertadora, lo que a su vez posibilitaba intentar capturar la dirección del movimiento. Y el caso más desafiante lo constituyó el sector dirigido por el líder metalúrgico Augusto Timoteo Vandor.

Los “vandaristas” abogaban por una lucha dentro del sistema, a través de métodos legales y dialogando con el gobierno -razón por la que quedan enmarcados en la denominada “línea blanda”, frente a la “línea dura” quienes eran más combativos y estaban a favor de la intransigencia. Fue hacia 1962 cuando Vandor comenzó a mostrar claramente sus intenciones de hegemonizar la conducción del movimiento llegando incluso a plantear un “peronismo sin Perón”. Ante esta situación, Perón ordenó la reorganización de la resistencia para lo cual decidió buscar el apoyo de la línea dura o combativa. Sería a partir de estos realineamientos cuando se puede observar el surgimiento de un elemento que dará el tono a la lucha al interior del peronismo en los años siguientes: la idea de la lucha armada. Al respecto, Marcelo Raimundo explica que:

“El marco coyuntural que se presenta en esta época al interior del peronismo, será propicio no sólo porque el guiño favorable de Perón reflota al sector intransigente dándole una ansiada legitimidad, sino también porque el llamado a una reorganización permita establecer relaciones entre grupos y al mismo tiempo da lugar para que se abran paso o se propongan novedosas concepciones, formas de acción y organización”.⁷⁷

1.3.4. El peronismo revolucionario

Con el arribo de Arturo Frondizi a la presidencia en 1958, el peronismo tenía la esperanza de poder ocupar nuevamente un lugar en la vida política nacional y este anhelo se haría realidad en las elecciones para gobernadores provinciales en 1962, en las cuales fue legalizado el Partido Peronista y logró ganar en cinco distritos. Esta situación causó

⁷⁷ Marcelo Raimundo, “En torno a los orígenes del peronismo revolucionario. El Movimiento Revolucionario Peronista. (1964-1966)”, pp. 1-16, p. 8. Disponible en: <http://historiapolitica.com> (Consultado en abril de 2008)

desagrado entre los militares y los sectores conservadores, por lo que muy pronto Frondizi sería depuesto del poder sucediéndolo el radical Arturo Illia.⁷⁸ Sin embargo, la orientación popular de las acciones del gobierno de Illia se contraponía a los intereses de quienes le brindaron su apoyo para llegar a la presidencia, razón por la que una fracción de las Fuerzas Armadas decidió intervenir una vez más en la vida política instaurando una dictadura militar denominada “Revolución Argentina”, quedando al mando el general Juan Carlos Onganía.

A pesar de que en un principio la implementación de este golpe militar fue acompañado por un amplio consenso, muy pronto “sus medidas duras crearon una oposición intensa a su gobierno, particularmente entre los trabajadores, la clase media (incluidos los pequeños empresarios) y los jóvenes”.⁷⁹ Así, el carácter autoritario de la “Revolución Argentina”, la intervención en las universidades y en lugares de trabajo, y la censura a las nuevas expresiones juveniles fueron algunas de las razones por las que al interior de los grupos mencionados se vigorizó la convicción de que la única alternativa era la acción armada. Bajo esta premisa, la violencia fue introduciéndose paulatinamente como un recurso para desestabilizar al régimen militar y al sistema que lo sustentaba, por lo que en el periodo de finales de los años 1960 y principios de los 70 no fueron pocos los casos de robos a bancos, secuestros de ejecutivos de empresas extranjeras, acciones de repartos y “expropiaciones” a favor de los pobres e incluso asesinatos políticos.

A la par de esta creciente inconformidad y protesta social, al interior del peronismo comenzaban a observarse algunas consecuencias del realineamiento en favor de la línea combativa y de la falta de alguien que legitimara una única ortodoxia, entre las que sobresalía el hecho de que parecía resultar “permeable a múltiples discursos, provenientes del catolicismo y el nacionalismo, del revisionismo histórico y también de la izquierda”.⁸⁰ Fue así que bajo la influencia de los movimientos de Liberación Nacional del Tercer Mundo, la Teología de la Liberación, el triunfo de la Revolución Cubana y la imagen y

⁷⁸ Formalmente, el presidente del senado, José María Guido, fue quien sucedió a Frondizi, y año y medio después, mediante elecciones, resultaría electo Arturo Illia como candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo.

⁷⁹ James Cockcroft, *América Latina y Estados Unidos. Historia y política país por país*, SXXI, México, 2001, p. 669.

⁸⁰ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea...*, *op. cit.*, p. 181.

pensamiento de Ernesto “Che” Guevara,⁸¹ estudiantes y jóvenes trabajadores⁸² se agruparon en organizaciones como la Juventud Peronista, las Fuerzas Armadas Peronistas y el Movimiento Peronista Montoneros, que en conjunto conformarían la llamada “Tendencia Revolucionaria”.

Vale la pena subrayar que si bien dentro estos grupos de izquierda del peronismo existían diferencias teóricas y políticas importantes, todas coincidían en las reivindicaciones a Perón y en reconocer la potencialidad revolucionaria como la forma de alcanzar el retorno del líder. Asimismo, además de combatir contra el gobierno militar, también realizaban fuertes críticas al interior del peronismo mismo, en específico a la burocracia sindical, a la que veían como uno de los grandes males del movimiento, ya que “han pretendido convertir [a éste] en un partido político liberal más, negando su esencia revolucionaria”.⁸³ Por su parte, los sectores más conservadores de esta burocracia sindical, en mayor o menor medida, fueron haciéndose partícipes del régimen militar para hacer frente a los grupos de izquierda, confrontación que a los pocos años desembocaría en una fuerte polarización entre los sectores de izquierda y de derecha del peronismo.

No está demás mencionar que las expresiones de descontento social no eran exclusivas de los grupos guerrilleros, tal como quedó demostrado en mayo de 1969 en la ciudad de Córdoba, donde estudiantes y trabajadores se apoderaron de la ciudad y atacaron diversas oficinas de empresas extranjeras seguido de un violento enfrentamiento con las fuerzas policíacas. El impacto de estos eventos y de las diversas acciones emprendidas por los distintos grupos guerrilleros -entre estas últimas quizá la más espectacular haya sido el asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, efectuado por Montoneros- causaron un nuevo cambio en la política del régimen que destituyó a Onganía.

De cualquier manera, el hecho era que el desgaste y los ataques políticos y sociales que enfrentaban las Fuerzas Armadas les había planteado la necesidad de abandonar las

⁸¹ Acerca de cómo operaron estas influencias en las luchas armadas de la década de los años 1960 véase: Pablo Ponza, “Intelectuales y lucha armada en Argentina. La década del sesenta”, en *e-I@tina. Revista electrónica de Estudios Latinoamericanos*, Volumen 4, N° 15, abril-junio 2006, Buenos Aires, pp. 3-14. Disponible en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm> (Consultado en abril de 2008)

⁸² Cabe señalar que los trabajadores enrolados en estas organizaciones eran mínimos y principalmente jóvenes, cuyos padres pertenecieron a la generación que vivió el primer gobierno de Perón. Por el contrario, la mayor parte de la militancia provenía esencialmente de jóvenes universitarios (muchos de ellos sin experiencia política previa), en quienes el peronismo proscripto y resistente ejerció una fuerte atracción.

⁸³ Roberto Baschetti, *Documentos de la resistencia peronista: 1955-1970*, Ed. De la Campana, Buenos Aires, 1997. Citado en Marcelo Raimundo, “En torno a los orígenes...”, *op. cit.*, pp.11-12.

responsabilidades gubernamentales, para así buscar una salida que les permitiera restaurar sus heridas y una imagen deteriorada socialmente. Asimismo, la oligarquía nacional y las corporaciones multinacionales abogaban por una salida institucional que restableciera las reglas democrático-liberales. Para lograrlo era fundamental canalizar el control de las masas obreras, populares y de la clase media, y un gobierno peronista parecía ser el único capaz de garantizar estas condiciones. De esta manera, comenta Kaplan:

“A partir de motivaciones y racionalizaciones muy diferentes, con alegría o resignación, la mayoría del país acepta la idea del gobierno peronista como única alternativa adecuada para superar una crisis que de otro modo parece no tener salida y amenaza con desenlaces temibles”.⁸⁴

Así, en marzo de 1972 se anunció el restablecimiento de la actividad política partidaria y la próxima convocatoria a elecciones generales. Con ello, la legalización del peronismo y su derecho a competir por el gobierno eran un hecho innegable.

1.3.5. El regreso al poder

Si bien en las elecciones presidenciales a efectuarse el 11 de marzo de 1973 era un hecho que el peronismo estaría presente después de varios años de proscripción, Juan Domingo Perón no podía ser candidato debido al llamado Gran Acuerdo Nacional (GAN) por medio del cual, en un principio, Lanusse proponía un acuerdo entre las principales fuerzas políticas para establecer las reglas del juego político electoral y del sistema político democrático. Sin embargo, lo que comenzó siendo una amplia negociación terminaría limitándose a la condición mínima de que a cambio de la autoproscripción de Lanusse, Perón no se presentara a las elecciones. En su lugar, Perón envió a un hombre de su entera confianza, Héctor José Cámpora, quien junto con Vicente Solano Lima, conformaron la fórmula del Frente Justicialista de Liberación (FREJULI). De esta manera, se echó a andar aquella “herramienta electoral” que había sido proscripta dieciocho años atrás, la cual

⁸⁴ Marcos Kaplan, “50 años de historia...”, *op. cit.*, p. 64.

triunfó en estos comicios con casi el 50% de los votos y el 25 de mayo siguiente Cámpora asumió la presidencia.

Un mes más tarde, el 20 de junio, se daría el anhelado regreso de Juan Domingo Perón a su país natal, después de estar 18 años exiliado. Miles de personas esperaban al gran líder de los años 1950 en el aeropuerto de Ezeiza. Pero este lugar fue el escenario donde la polarización que se venía manifestando en los últimos años entre los sectores de izquierda y de derecha del peronismo encontró un punto crítico. Ahí, ambos bandos sostuvieron un enfrentamiento a tiros en el que resultaron muertos un alto número de asistentes. A decir de Horowicz, este suceso fue “la primera victoria de la reacción [y a la vez] el principio del fin del camporismo”.⁸⁵ En efecto, Cámpora y Solano Lima renunciaron a sus respectivos cargos el 13 de julio, y se fijó para septiembre la fecha de las próximas elecciones, pero esta vez, Juan Domingo Perón figuraría como candidato. Perón y María Estela Martínez, su tercera esposa, conformarían la fórmula Perón-Perón que ganaría en las elecciones con el 62% de los sufragios. De esta forma, Perón llegaba por tercera vez a la presidencia despertando lo más diversos anhelos insatisfechos y englobando una figura simbólica que, en muchas ocasiones, había llegado a reemplazar a la figura real.

Es factible argumentar que esta multiplicidad de imágenes que envolvía a Perón respondía a que, estando en el exilio, su estrategia para mantener el control del movimiento consistió en asegurarse el apoyo de todo grupo que invocara su nombre ya fueran jóvenes revolucionarios, sindicalistas, políticos provinciales o grupos de extrema derecha. Pero, tal como advierte Luis Alberto Romero, “el triunfo de 1973 acabó con los equívocos dentro del peronismo y abrió la lucha por la conducción real y simbólica del movimiento y del pueblo”.⁸⁶

Sería en estos momentos cuando Perón definiría su postura con los sectores de la izquierda. Estos grupos que habían crecido identificándose plenamente con Perón y el peronismo, con el triunfo electoral del 73 se lanzaron a ocupar espacios de poder en el Estado -especialmente los Montoneros. Pero tras la masacre de Ezeiza y el fin del gobierno de Cámpora la relación entre estos sectores y el gobierno peronista se fue deteriorando. Poco a poco fueron cayendo ministros, funcionarios y gobernadores de provincias que se

⁸⁵ Alejandro Horowicz, *Los cuatro ...*, op. cit., p. 261.

⁸⁶ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea...*, op. cit., p. 201.

identificaban con la izquierda peronista. Asimismo, en lugar del esperado pronunciamiento de Perón en contra del trágico suceso, fueron viendo cómo el mítico líder recurrentemente defendía a los líderes sindicales y a la derecha peronista. Perón, al verse alejado de los militares, recurrió a fuerzas parapoliciacas para el control de la sociedad. Así, junto con la depuración institucional, se desplegó una campaña de represión física, secuestros, asesinatos y desapariciones, efectuados principalmente por la Alianza Anticomunista Argentina (conocida como la Triple A), un grupo clandestino de ultraderecha dirigido por un hombre íntimamente cercano a Perón: José López Rega. Estos embates provocaron que los sectores de la izquierda optaran por abandonar sus posiciones sin lucha, refugiarse en la clandestinidad o simplemente conformarse con la nueva autoridad vertical del gobierno. La ruptura de Perón con la izquierda llegó a un punto culminante el 1 de mayo de 1974 en la Plaza de Mayo, donde cientos de miembros de la Juventud Peronista y de los Montoneros lanzaron acusaciones contra la esposa de Perón y consignas como “si Evita viviera sería montonera”. En respuesta Perón abandonó su discurso de unidad nacional y los expulsó de la Plaza.

Finalmente, la peor batalla que tuvo que librar Perón fue contra la enfermedad de la cual no salió bien librado: el 1 de julio el líder histórico murió de un mal cardíaco. Tras su muerte, María Estela Martínez, quien estaba a cargo de la vicepresidencia, asumió el gobierno de la nación convirtiéndose en la primera mujer a cargo del poder ejecutivo en América Latina.

1.4. El peronismo después de Perón

1.4.1. La presidencia de María Estela Martínez: la crisis del peronismo

Probablemente el rasgo decisivo que puede caracterizar la presidencia de María Estela Martínez es la extrema violencia política interna. Y es que durante su mandato se agudizó el enfrentamiento entre los sectores de izquierda y de derecha teniendo como telón de fondo la violencia. Es en este contexto donde José López Rega, ministro de Bienestar Social, jugó un papel protagónico al ejercer una importante influencia sobre la presidenta y

al fomentar el fortalecimiento de los sectores de una derecha en la que “la diferencia entre peronistas y no peronistas se atenúa y va siendo reemplazada por un embrión de nueva coalición en el poder”.⁸⁷ De esta manera, desde el gobierno se desplegarían diversas acciones de hostigamiento (teniendo como actor principal a la Triple A) contra los grupos guerrilleros, quienes operando en la clandestinidad respondían con atentados, asesinatos y secuestros.

Pero ésta no era el único forcejeo que aquejaba en aquel entonces al peronismo pues también hubo conflictos, después de un breve periodo de acuerdos, entre López Rega y la burocracia sindical, así como entre los sectores “verticalistas”, seguidores incondicionales del gobierno de Isabel, y los “antiverticalistas”, quienes defendían la idea de la democracia interna para así retomar a las fuentes del justicialismo. De cualquier manera, según considera Alejandro Horowics, los programas de verticalistas y antiverticalistas parecían como dos gotas de agua, ya que coincidían en el único objetivo de pretender “administrar la crisis del tercer peronismo; eso era todo, y era demasiado poco”.⁸⁸

Así, todo parecía indicar que el impacto inmediato de la muerte de Juan Domingo Perón fue profundizar la lucha por el liderazgo del movimiento, la cual si bien había surgido desde los momentos posteriores al golpe del 55, la ausencia definitiva del líder la hacía inevitable. Aunque llama la atención que esta lucha no se caracterizó por venir acompañada de una profunda reflexión de lo que significaba la desaparición del líder. No sería sino hasta algunos años después (como veremos más adelante) cuando se intentaría abordar esta cuestión con mayor profundidad.

Por último, es importante tener en cuenta que María Estela Martínez se enfrentó a un complicado panorama de crisis económica que sería difícil de superar, ya que esto, aunado a los conflictos internos del peronismo y al clima de violencia, fueron las condiciones que llevarían al final de su gobierno. El 24 de marzo de 1976, un golpe efectuado por los militares depuso a la presidenta de Argentina, instaurando en su lugar una dictadura, que terminaría siendo uno de los periodos más trágicos de la historia argentina contemporánea.

⁸⁷ Marcos Kaplan, “50 años de historia...”, *op. cit.*, p. 68.

⁸⁸ Alejandro Horowics, *op. cit.*, p. 286. En esta obra, tal como indica su título, el autor plantea la existencia de cuatro peronismos: con el primero alude al gobierno de Juan Domingo Perón; con el segundo se refiere al peronismo posterior al golpe de la Revolución Libertadora; el tercero es del tercer gobierno de Perón, y el cuarto sería precisamente el peronismo posterior a la muerte del líder.

Vale la pena mencionar que si no nos detendremos a analizar el periodo de la dictadura militar es porque consideramos que durante estos años el peronismo no experimentó un movimiento significativo que desembocara en alguna transformación como las que hemos señalado anteriormente, lo cual nos hace pensar que, en parte, era consecuencia de la represión que acosó a la política nacional, pero que también era un reflejo del momento de crisis por el que pasaba el peronismo. Tal como veremos a continuación, sería hasta algunos años después cuando sucederían cambios importantes en el sentido que hemos referido.

1.4.2. La renovación peronista

Para comenzar es importante señalar que, siguiendo a María Teresa Brachetta, de cara a las elecciones del 83 el peronismo “parecía no haber procesado el significado político de la ruptura profunda que había producido la muerte de Perón y luego el proyecto refundacional del proceso militar”.⁸⁹ Y es que tras la muerte de Perón, el peronismo se concentró más en una intensa disputa interna por el poder que en la necesaria y urgente reflexión que conllevaba la desaparición del líder. Posteriormente, este debate (al igual que toda reflexión y expresión política) quedó clausurado como consecuencia de la represión impuesta por la dictadura militar de 1976. Asimismo, una vez restaurada la actividad política, y ante el acelerado proceso que requería la reactivación del aparato partidario, si bien continuó el faccionalismo interno del peronismo, las tensiones ideológicas seguían sin ser resueltas. En este momento previo a las elecciones, la rama sindical del peronismo logró obtener la conducción oficial del partido⁹⁰ y así Italo Luder y Diolindo Bittel conformarían la fórmula que representaría al peronismo.

El 30 de octubre de 1983 tuvieron lugar las elecciones presidenciales con las que se daba fin al periodo de la dictadura militar. Y el nuevo presidente sería el candidato de la Unión Cívica Radical, Raúl Alfonsín, quien obtuvo el 52 % del total de los votos sobre el

⁸⁹ María Teresa Branchetta, “La renovación peronista...”, *op. cit.*, p. 4.

⁹⁰ Al respecto, vale la pena señalar que el hecho de que la rama sindical haya obtenido la conducción del peronismo obedecía principalmente a que esta poseía los recursos financieros y organizaciones necesarios para encarar la campaña por la presidencia.

40% conseguido por el peronismo. Este resultado era la primera derrota electoral a nivel nacional que sufría el peronismo desde su surgimiento y lo que lo puso “por primera vez en su historia en la adversa situación de considerar que ya no era la ‘mayoría natural’ del pueblo argentino”.⁹¹ En efecto, sería “el punto de partida para un periodo de profundas transformaciones que habrían de darse dentro del partido”,⁹² entre las que sobresalía la lucha por su conducción. Es en este contexto donde tendría lugar el proceso de la “Renovación Peronista”.

Fue a raíz de la derrota electoral de la fórmula Luder-Bittel cuando el debate que había estado pendiente durante varios años comenzó a figurar en la agenda del peronismo. Así, un grupo conformado principalmente por figuras de la rama política, autodenominado “la renovación peronista”, surgió como una “respuesta a la falta de autocrítica de quienes eran señalados como responsables de la derrota electoral”.⁹³ los “ortodoxos” dirigentes sindicales.

No es nuestra intención profundizar en las vicisitudes del proceso de la renovación peronista. Lo que nos interesa resaltar es cómo dicho proceso expresaba las consecuencias de la muerte de Perón en la dinámica que se venía manejando entre el movimiento y el partido peronista. Si bien, como apuntamos en su momento, el partido había venido actuado como una especie de herramienta electoral que se activaba únicamente en tiempos electorales y siempre en función de los intereses del movimiento, parecía ser que el proceso de la renovación era un intento por invertir esta dinámica al intentar dar más peso a la figura partidista, para lo cual, en un primer objetivo de la renovación, la clase política debía tomar el control del partido, predominando así sobre los sindicatos. En este sentido Steven Levitsky nos explica que, a diferencia de otros partidos latinoamericanos de base obrera como Acción Democrática en Venezuela y el Partido Revolucionario Institucional en México, el Partido Justicialista alcanzó una veloz y significativa transformación de desindicalización, proceso mediante el que “los mecanismos tradicionales de participación

⁹¹ María Teresa Branchetta, “La renovación peronista...”, *op. cit.*, p. 2.

⁹² Juan Labaqui, “La renovación peronista (1983-1988)”, mimeo, pp. 1-22, p. 3. Disponible en: <http://www.polipub.org> (Consultado en mayo de 2008)

⁹³ *Ibid.*, p. 4.

de los sindicatos [...] fueron desmantelados y las redes clientelistas reemplazaron a aquéllos como vínculo primordial del partido clientelista fundado en el patronazgo”.⁹⁴

Según considera Ana María Mustapic, los cambios que produjo la renovación no “afectaron la raíz movimientista del peronismo en lo que respecta a su concepción de la representación”,⁹⁵ ya que continuó habiendo espacios para el movimiento obrero, para las mujeres, los jóvenes, técnicos y profesionales. Por el contrario, sí hubo un cambio profundo en cuanto a las reglas para la toma de decisiones, cuestión que se planteaba como un segundo objetivo de la renovación: introducir mecanismos democráticos al interior del partido. Cabe señalar que este intento de democratizar el partido también respondía en gran parte a un contexto en el que la discusión y exaltación de los valores democráticos ocupaba un lugar central en Argentina (y en general en América Latina) lo que exigía al peronismo un esfuerzo organizativo que transformara su imaginario movimientista y anti-partido.

Al respecto, Mustapic señala que mientras Perón estuvo con vida y al frente del peronismo, ya sea en el gobierno o en el exilio (y no sin las dificultades que mencionamos anteriormente) el poder de decisión estuvo en sus manos. Pero una vez desaparecido, la doble función que desempeñaba el líder como fuente de legitimidad e intérprete de la reglas quedó vacante. Fue así que este vacío fue ocupado por la masa de afiliados y por la regla de la mayoría, por lo que “la innovación de fondo operada en el justicialismo [a raíz de la renovación] fue su democratización”.⁹⁶

En efecto, si bien se puede argumentar que el peronismo no perdió su carácter movimientista en cuanto a su concepción de representación de varios sectores, los cambios realizados a las reglas internas de toma de decisión y el que fuera la clase política la que ahora estaba al frente del peronismo nos habla de dos cosas: por un lado, del proceso de institucionalización por el que atravesaba el peronismo, cuestión fundamental, ya que, como explicamos anteriormente, es precisamente la institucionalización, o no, de las ideas, grupos y actividades donde reside la principal diferencia entre un partido político y un movimiento. Por otra parte, dado que el partido político era quien jugaba el papel protagónico, entonces ahora el movimiento parecía pasar a segundo término. Es en este

⁹⁴ Steven Levitsky, “Del sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999”, en *Desarrollo Económico- Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 44, N° 173, abril-junio 2004, pp. 3-32, p. 10.

⁹⁵ Ana María Mustapic, “La renovación peronista...”, *op. cit.*, p. 152.

⁹⁶ Ana María Mustapic, “La renovación peronista...”, *op. cit.*, p. 153.

sentido en el que podemos decir que con el proceso de la renovación, el peronismo había encontrado un punto de inflexión en la dinámica entre el partido y el movimiento que hasta entonces lo había caracterizado. Así, consideramos que esta crítica que surgió en el propio seno del peronismo, en cuanto a su carácter movimientista y la falta de un perfil democrático en su toma de decisiones internas, representó el comienzo de lo que sería un periodo de sucesivas deslegitimaciones al peronismo anterior a la muerte de Perón (o tradicional por llamarlo de alguna forma). De hecho, si resulta válido hablar de un periodo de deslegitimaciones en contra de las algunas imágenes del peronismo anterior a la muerte de Perón, propiamente podría decirse que éste tuvo comienzo con la dictadura militar del 76, pues su instauración fue precisamente a costa del derrocamiento de un gobierno peronista y en contraposición de las políticas comúnmente asociadas a él. Sin embargo, la razón por la que no hacemos mayor énfasis en ello, y sin restar su debida importancia, es porque aquí sólo nos interesa resaltar las imágenes del pasado al interior del propio peronismo.

Finalmente, sería del grupo de los renovadores de donde saldría el candidato que representaría al Partido Justicialista en las elecciones de 1989: Carlos Menem. Su candidatura había estado antecedida por una escisión dentro del grupo renovador como consecuencia de dos concepciones diferentes respecto a la resolución que debía seguir dicho proceso: por un lado, los que creían que la renovación tenía que definirse sin concesiones a los sectores ortodoxos, encabezados por Antonio Cafiero; por el otro, quienes preferían acordar y encontrar caminos de encuentro para derrotarlos, entre los que se encontraba Menem. El rumbo a favor de este último sucedería en las elecciones internas de 1988 cuando la fórmula Carlos Menem-Eduardo Duhalde logró superar a la de Antonio Cafiero-José Manuel de la Sota. Así, con el respaldo de diversos grupos sindicales y con la adhesión de considerable número de los sectores bajos de la población, “Menem se convertiría en el primer candidato presidencial del PJ emanado de una elección interna”.⁹⁷

⁹⁷ Juan Labaqui, “La renovación peronista...”, *op. cit.*, p. 19.

1.4.3. La década menemista: el cuestionamiento a los que se quedaron en el 45

Después del revés electoral que sufriera en las últimas elecciones presidenciales, el peronismo conseguiría llegar nuevamente al poder en 1989, pero esta vez sin Perón, con un decisivo liderazgo en manos de la clase política, un carácter más institucional que movimientista (acorde a las exigencias del contexto democrático del momento), y bajo el nombre de Partido Justicialista del que Carlos Menem figuraba como representante. Posteriormente, a través del Pacto de Olivos, Menem lograría mantenerse en la presidencia al ser reelegido en 1995, completando así una década de suma importancia para la historia reciente de la Argentina dadas las consecuencias políticas, económicas y sociales que se desencadenaron a raíz de la implantación de la serie de políticas neoliberales que tuvieron lugar en esos años. Cabe señalar que precisamente a partir de la aplicación del neoliberalismo por parte del gobierno de Menem se despertó gran polémica entre diversos analistas tratando de explicar el giro político de lo que fue el periodo presidencial menemista con respecto a lo exhibido en su campaña electoral.⁹⁸

Para comenzar, es importante mencionar brevemente que el triunfo de Menem en las elecciones presidenciales de 1989 puede explicarse en gran medida como una reacción al malogrado intento del gobierno radical de Raúl Alfonsín de controlar la crítica situación de hiperinflación que sacudió al país en los últimos años de su presidencia. Así, la “revolución productiva” y el “salariazó” fueron las banderas de campaña con las que Menem buscaba apelar a todos aquellos sectores perjudicados por dicha situación, pero también eran promesas con las que “parecía retomar el viejo peronismo”. Sin embargo, una vez en el poder, Menem comenzó a implantar una serie de reformas estructurales⁹⁹ cuyas consecuencias se reflejaron en el aumento de la pobreza, la marginalidad, la precarización y en la caída del empleo, hechos que de una u otra manera contrastaban con los que podían considerarse los baluartes tradicionales del peronismo: extensión de los derechos sociales, distribución progresiva del ingreso, intervención estatal, por mencionar algunos de ellos.

⁹⁸ Al respecto véase VVAA, *Peronismo y Menemismo*, Ediciones el Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.

⁹⁹ Estas reformas estructurales consistieron básicamente en: la privatización de empresas públicas; la reducción de los subsidios estatales a la industria, a las economías regionales y a las exportaciones; y el establecimiento de la paridad entre la moneda nacional y el dólar.

De esta manera, afín a un discurso que condenaba todo tipo de política populista y corporativista (lo cual, insistimos, estaba comúnmente asociado con el peronismo tradicional) y argumentando la necesidad de una “cirugía mayor sin anestesia” al país, Menem “se declaró partidario de la ‘economía popular de mercado’, abjuró del ‘estatismo’, alabó la ‘apertura’, proclamó la necesidad y bondad de las privatizaciones y *se burló de quienes ‘se habían quedado en el 45’*”.¹⁰⁰ Estas últimas eran las palabras con las que Menem respondía a las críticas que algunos dirigentes peronistas levantaban en su contra en relación a su cambio de actitud mencionado anteriormente, y es que, según Menem, a diferencia de ellos (que se habían quedado en el 45), él decía ser un peronista moderno que se adaptaba a las exigencias de los nuevos tiempos.

Tomando en cuenta lo anterior, consideramos que es viable argumentar que la década menemista constituyó, por un lado, lo que se podría llamar “la máscara neoliberal” del peronismo, pero por otro lado, también sería la continuación del periodo de deslegitimaciones de las que fuera objeto el peronismo anterior a la muerte de Perón. Es importante aclarar que no se trataba de la deslegitimación de la figura de Juan Domingo Perón, pues el propio Menem constantemente hacía mención a él, además de que no negaba ser peronista, sino que decía ser un *peronista moderno*. Más bien lo que parecía estar en juego era la deslegitimación de las imágenes de un pasado que en el nuevo contexto no tenían cabida.

En su segundo mandato, Menem se enfrentaría a serios problemas financieros y de depresión económica a causa de la crisis asiática y del llamado “efecto tequila”. Asimismo, tendría que lidiar con diversas dificultades al interior del peronismo, en particular con Eduardo Duhalde, quien fuera su compañero de fórmula en 1989 y después de haber permanecido dos años en la vicepresidencia, renunció a ella para postularse candidato a gobernador de Buenos Aires. Fue desde esta gubernatura donde Duhalde se dedicó a construir “un poder interno en el PJ, diferenciándose lo más posible del presidente y sus políticas del gobierno”.¹⁰¹ En palabras de Luis Alberto Romero, esto sería la “resurrección

¹⁰⁰ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea...*, *op. cit.*, p. 271. (Las cursivas son nuestras)

¹⁰¹ Marcos Novaro, “Presidentes, equilibrios institucionales y coaliciones de gobierno en Argentina (1989-2000)”, en Jorge Lanzaro, *Tipos de Presidencialismo y Coaliciones Políticas en América Latina*, CLACSO, 2001, pp. 51-100, p. 74. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lanzaro/novaro.pdf> (Consultado en mayo de 2008)

del peronismo histórico”,¹⁰² pues, junto con diversos sectores políticos y sindicales disconformes con los ajustes y las reformas menemistas, Duhalde planteaba recuperar las banderas históricas del peronismo, todo ello con la mirada puesta en la próxima selección del candidato presidencial justicialista para 1999.

Duhalde logró su objetivo de ser el candidato justicialista desplazando a Menem de su tercer intento consecutivo por llegar a la presidencia. Sin embargo, esta fuerte disputa por la representación del Partido Justicialista sumado a los severos problemas económicos (y sus respectivas consecuencias sociales) en que había caído la segunda presidencia de Menem fueron factores muy importantes que jugarían a favor de la coalición política llamada La Alianza,¹⁰³ cuya fórmula De la Rúa-Álvarez triunfó sobre la de Duhalde-Ortega por casi diez puntos de diferencia. No obstante, una vez en el gobierno, La Alianza afrontaría graves dificultades para resolver los problemas que tenía por delante, así como “desarticulaciones internas [...] que desembocaron en la crisis de gobierno a menos de un año de asumir el poder”.¹⁰⁴ Pero este punto será tratado en el próximo capítulo.

Recapitulando

Sin duda alguna, hablar de peronismo es hacer referencia a un complejo fenómeno político y social que, desde la década de los años 1940 hasta nuestros días, ha marcado y polarizado profundamente la realidad de la Argentina contemporánea y así lo demuestra el hecho de que en toda elección y en todo cambio de gobierno (en mayor o menor medida) la huella del peronismo ha estado presente.

Iniciamos este capítulo señalando que la complejidad del peronismo reside en que es un concepto que puede remitirnos a una amplia gama de significados, pero también en el hecho de contar con un pasado que ofrece una gran diversidad de imágenes, producto de las múltiples transformaciones que ha experimentado a lo largo de su existencia, razón por la que algunos autores no hablan de peronismo, en singular, sino de peronismos.

¹⁰² Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea...*, *op. cit.*, p. 292.

¹⁰³ “La Alianza por el Trabajo la Justicia y la Educación” fue una coalición conformada en 1997 por la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (FREPASO).

¹⁰⁴ Marcos Novaro, “Presidentes, equilibrios institucionales...”, *op. cit.*, p. 90.

Fue así que en esta primera parte del trabajo nos dedicamos a presentar, de manera general, las imágenes que, desde nuestra perspectiva, han tenido mayor relevancia dentro de la historia del peronismo, entre las que podemos conceder un lugar especial a aquella que tuvo lugar tras la muerte de Juan Domingo Perón, ya que a partir de este momento cambiaría substancialmente la lógica partido-movimiento que rigiera al peronismo desde su surgimiento, pero además en el que comenzaría a surgir, al interior del propio peronismo, una serie de sucesivas deslegitimaciones en contra del fragmento anterior a la desaparición del líder.

Ahora bien, a manera de preámbulo del siguiente capítulo, queremos finalizar señalando que precisamente esta multiplicidad de imágenes que ofrece el pasado peronista se pondría en evidencia en el proceso de las elecciones presidenciales del 2003, donde veremos que serían recuperados distintos fragmentos del pasado como el peronismo del 45 y el peronismo revolucionario, o recordados personajes de gran importancia simbólica como Evita y el propio Perón, y donde también serían revalorados, retomados y reactualizados muchos de los valores, ideas y principios que, según hemos visto, han caracterizado al peronismo. Así, lo que quedaría pendiente sería la tarea de tratar de indagar las posibles razones que expliquen el porqué y el para qué surgiría esta serie de recuperaciones.

CAPÍTULO 2

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DEL 2003

El estudio de la memoria centra su interés no tanto en preguntarse por lo que *realmente ocurrió* sino en tratar de comprender el cómo, el cuándo y el porqué se recuerda determinado pasado, así como en indagar acerca de los posibles usos que los actores sociales del presente dan a lo recordado. En efecto, el objetivo del presente capítulo es precisamente analizar los usos políticos de las distintas imágenes del pasado peronista que los candidatos provenientes del Partido Justicialista pusieron en juego en el proceso de las elecciones presidenciales del 2003 en Argentina.

Isidoro Cheresky comenta que “los comicios presidenciales de 2003 ilustraron en su momento la profundidad de la crisis que se arrastraba desde finales de diciembre de 2001”.¹⁰⁵ Concordando con él, consideramos pertinente comenzar este capítulo remontándonos brevemente a ese contexto, con la finalidad de comprender las condiciones políticas, económicas y sociales que antecedieron a dichas elecciones. Posteriormente, analizamos los pormenores a los que se enfrentó el Partido Justicialista en su proceso de elecciones internas, en el que el principal problema fue el hecho de haber varios postulantes con amplias posibilidades de resultar electos. Pero el proceso de las internas no sería más que el inicio de esta pugna. Dada la imposibilidad de elegir un único representante, finalmente tres de los aspirantes fueron habilitados para presentarse a las elecciones. De este modo, seguiría ahora una lucha, ya no por la representación del partido, sino por el derecho al uso de los símbolos y el sello del justicialismo. Una vez definido el escenario electoral, analizamos cómo y cuál fue el uso que le dieron al pasado peronista cada uno de los tres candidatos justicialistas en sus actos y discursos de campaña. Por último, los cerrados resultados de los comicios obligarían a que la definición de quién sería el próximo presidente tuviera que resolverse en una segunda vuelta, en la que nuevamente serían dos de los candidatos provenientes del PJ quienes se disputarían la presidencia.

2.1. La crisis del 2001

¹⁰⁵ Isidoro Cheresky, “Argentina. Cambio de rumbo y recomposición política” en *Nueva Sociedad*, N° 193, 2004, pp. 4-16, p. 6. Disponible en: www.nuso.org (consultado en septiembre de 2007)

A raíz de las restricciones bancarias -conocidas como “el corralito”-¹⁰⁶ aplicadas por el gobierno de Fernando de la Rúa, los días 19 y 20 de diciembre de 2001, se desencadenó una fuerte movilización social en la Argentina como respuesta a la severa crisis financiera que se tradujo en desocupación y escasez de recursos. Como bien apunta Ana Cecilia Dinerstein, “aunque la implementación del ‘corralito’ no puede considerarse el principal motivo de la insurrección popular del 19 y 20, fue sin duda la gota que colmó el vaso”.¹⁰⁷ Esos días, las calles de Buenos Aires fueron el escenario de saqueos a comercios, de los famosos “cacerolazos” y del “que se vayan todos”, consigna mediante la que amplios sectores de la sociedad exigían la renuncia de toda la clase política. La respuesta del gobierno fue la imposición del Estado de Sitio; pero ante la agudización de la protesta social, la noche del 20 de diciembre el presidente de la Rúa decidió renunciar a la presidencia. Con base en la Constitución Nacional, el presidente del Senado, el justicialista Ramón Puerta, debía de asumir la Jefatura de la Nación. Éste no tardó en convocar a la Asamblea Legislativa para que eligiese un reemplazante que culminara el mandato interrumpido. Fue así que se designó al gobernador de San Luis, Adolfo Rodríguez Súa. Sin embargo, argumentando falta de apoyo de los gobernadores, Rodríguez Súa renunció a la presidencia el 30 de diciembre. Dado que Ramón Puerta negó reasumir el puesto, el presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, ocupó la conducción del país. Camaño convocó nuevamente a la Asamblea Legislativa donde se acordó que Eduardo Duhalde sería la persona que asumiría el cargo, cuyo mandato estaba contemplado hasta diciembre de 2003. No obstante, el hecho de que Duhalde no llegara a la presidencia por elección popular y sí en medio de fuertes presiones económicas, políticas, sociales y al interior de su partido, llevaron a que, como veremos, su mandato no llegara hasta la fecha prevista.

¹⁰⁶ El corralito consistió en la restricción en las extracciones de los cajeros automáticos a \$250 (lo equivalente en ese entonces a 250 dólares) por semana en un periodo de 90 días.

¹⁰⁷ Ana Cecilia Dinerstein, “Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 10, N° 1 (enero-abril), 2004, pp.241-269, p. 250. Para profundizar en las circunstancias que antecedieron y desembocaron en los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001 véase: José Seoane, “La debacle neoliberal. Protesta social y crisis política en Argentina”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, FLACSO-Sede Ecuador, marzo 2002, N° 013, pp. 21-30. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx> (Consultado en septiembre de 2007)

De cualquier manera, con la declaración de la cesación de la deuda pública y el fin de la convertibilidad,¹⁰⁸ la administración Duhalde reinició un proceso de estabilización política y económica. Sin embargo, tal como comenta Isidoro Cheresky, “lo que el gobierno interino no pudo sobrellevar fue la desconfianza ciudadana hacia el poder y hacia los líderes políticos en general”.¹⁰⁹ El punto detonante de la tensa estabilidad social sucedió el 26 de junio cuando una manifestación fue reprimida por la policía en Puente Pueyrredón, donde resultaron muertos dos militantes piqueteros. La movilización de protesta de amplios sectores populares no se hizo esperar. Bajo estas circunstancias, el panorama que el gobierno de Duhalde tenía enfrente era poco alentador. Así, el día 2 de julio, en un mensaje televisivo emitido en cadena nacional, el presidente anunciaba que las elecciones presidenciales previstas para septiembre de 2003 serían adelantadas.¹¹⁰ Eduardo van der Koy del diario *Clarín*, en la edición del día siguiente de este hecho, publicaría una nota titulada “Dos muertes detonaron la decisión final de Duhalde” donde sugería:

“El mandatario sintió que después de la tragedia en el Puente Pueyrredón el objetivo de la reparación de su autoridad social había quedado muy dañado. Y no desea que le ocurra lo mismo en el plano político: por eso se lanzó a la aventura de conducir este proceso electoral y no a esperar que otro pico de la crisis pueda colocarlo en fuga obligada del poder.”¹¹¹

En suma, a través de los acontecimientos de los días 19 y 20 de diciembre de 2001 amplios sectores de la sociedad argentina encontrarían una forma contundente para manifestar su repudio a la aplicación de una serie de medidas económicas que estaban lejos de beneficiar a la mayoría de la población. A raíz de estos sucesos, el país sufriría una fuerte tensión social, una severa crisis económica y una crítica deslegitimación de la clase política. Por tal motivo, el gobierno de Duhalde se encontraba sobre una delgada y delicada

¹⁰⁸ Con el fin de la convertibilidad se abandonaba la paridad cambiaria 1 a 1 con el dólar (medida impuesta a principios de la década de los años 1990 durante la presidencia de Carlos Menem) y así el peso argentino pasó a valer alrededor de 25 centavos de dólar.

¹⁰⁹ Isidoro Cheresky, “Argentina. Cambio de rumbo...”, *op. cit.*, p. 7.

¹¹⁰ Es importante aclarar que en este primer momento las elecciones habían sido programadas para marzo del 2003 (*Clarín*, miércoles 3 de julio de 2002). Posteriormente a mediados de noviembre de 2002 finalmente se decidió que las elecciones presidenciales se realizarían el 27 de abril de 2003.

¹¹¹ “Dos muertes detonaron la decisión final de Duhalde”. *Clarín*, miércoles 3 de julio de 2002.

base que podría romperse en cualquier momento y en un intento por contener esa amenazante bomba social, el gobierno decidió anticipar la fecha de las elecciones presidenciales. En este sentido, en una entrevista de la Revista *Argumentos* a Marcos Novaro, Dora Orlansky y Pablo Rieznik, este último comentaría que las elecciones del 2003 serían “un intento de reconstruir la política que condujo al desastre de 2001”.¹¹²

2.2. Las elecciones internas justicialistas

En el mensaje televisivo del presidente (donde dio a conocer que serían adelantadas las elecciones presidenciales), también se contemplaba, para el 24 de noviembre del 2002, la convocatoria a elecciones internas abiertas, iniciativa mediante la que todos los ciudadanos (no sólo los afiliados a un partido) estarían habilitados para participar en la elección de los candidatos de los distintos partidos. A decir de Yann Basset, esta iniciativa “fue presentada como una manera de abrir los partidos a los reclamos de la sociedad, y de ahí para alentar una mayor transparencia en el sistema partidario”.¹¹³

Aquí, es preciso recalcar que estamos hablando de un sistema partidario que en esos momentos sufría un fuerte desprestigio entre amplios sectores de la sociedad, y que la protesta de finales de 2001 (expresada contundentemente en la consigna “¡que se vayan todos!”) sólo fue el punto culminante de un descontento social que no sólo manifestaba la inconformidad con la situación del presente, pues, según considera Juan Suriano, “la grave y profunda crisis económica, social, institucional y de representatividad política entonces desatada, en realidad, fue el resultado de la acumulación de las políticas desarrolladas desde un cuarto de siglo antes”.¹¹⁴

Ahora, si bien es cierto que este desprestigio abarcaba al total de la clase política, también lo es que de esta situación el justicialismo parecía ser el mejor librado. Al respecto, Juan Carlos Torre argumenta que al hacer una comparación entre los resultados de las

¹¹² Marcos Novaro, Dora Orlansky y Pablo Rieznik, “Sistema político argentino frente a las elecciones”, en *Argumentos*, N° 1 (2), mayo, 2003, pp. 1-13, p. 3. Disponible en:

http://argumentos.fsoc.uba.ar/n02/articulos/sistema_politico.pdf. (Consultado en septiembre de 2007)

¹¹³ Yann Basset, “Las elecciones en la Argentina: entre dispersión política y voto bronca” en *ALCEU*, Vol. 3, N° 6, enero-junio 2003, pp. 266-286, p. 276. Disponible en: http://publique.rdc.puc-rio.br/revistaalceu/media/alceu_n6_Dossie%20Argentina.pdf. (Consultado en septiembre de 2007)

¹¹⁴ Juan Suriano, *Nueva Historia Argentina*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2005, p.12.

elecciones legislativas de 1999 y de 2001 se puede observar un fuerte revés electoral experimentado por las formaciones partidarias involucradas en la gestión del gobierno de De la Rúa, mientras que “la fidelidad del electorado peronista no fue significativamente afectada por el generalizado clima de protesta ciudadana, que arrasó prácticamente con la opción partidaria de centro-derecha y asestó un golpe letal sobre los apoyos electorales de la coalición gobernante”.¹¹⁵ Pero ¿por qué precisamente el justicialismo parecía ser el menos afectado por esta crisis? Consideramos que para responder a esta interrogante resulta necesario tener presente el periodo del pasado reciente del que nos habla Suriano, en el que estuvieron involucrados un gobierno militar, uno radical, el experimento llamado la Alianza y donde también se encontraban diez largos años de un gobierno justicialista; no obstante, el hecho de que ésta última fuerza política parecía ser la mejor librada de la debacle de finales de 2001 probablemente haya sido consecuencia de que, por un lado, el peronismo generalmente cuenta con el apoyo de amplios sectores de la sociedad argentina, y por el otro, por su capacidad de congregarse diversas posturas ideológicas en su interior y de soportar metamorfosis sorprendentes, factores ante los que, al parecer, el espectro político no-peronista y antiperonista no ha sabido, o podido, producir las ideas adecuadas para hacerles frente.

Con base en lo anterior, tal vez no sea aventurado decir que Duhalde, como peronista, tenía presente esta situación que dibujaba un tanto positiva para su partido, por lo que consideramos que al convocar a elecciones internas abiertas, además de intentar abrir los partidos a los reclamos de la sociedad, pretendía sacar el máximo provecho al descrédito con que contaban los otros partidos políticos¹¹⁶ en favor del justicialismo. En efecto, el PJ tendría la oportunidad de aprovechar esta situación favorable y así poder proclamarse como la mejor opción en las próximas elecciones presidenciales. Aquí podemos encontrar una posible razón por la que las elecciones internas del PJ fueran de gran importancia, no sólo al interior del partido, sino para la sociedad en general, ya que seguramente de estas internas resultaría el candidato que mayor posibilidad tendría en las

¹¹⁵ Juan Carlos Torre, “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”, en *Desarrollo Económico-Revista de Ciencias Sociales*, vol. 42, N° 168, (enero-marzo 2003), pp. 647-665, p. 654.

¹¹⁶ Estos partidos serían principalmente aquellos que estuvieron agrupados bajo el nombre de la Alianza: el Frepaso y UCR, este último dividido a causa de denuncias de fraude en sus elecciones internas.

presidenciales. Así, en la lucha por la representación del justicialismo no sólo se estaría disputando la interna del partido, sino tal vez la presidencia misma.

No obstante, quizá como consecuencia de estas circunstancias, el PJ tendría que librar una fuerte lucha en su interior al ser el único partido en el que había varios postulantes con amplias posibilidades de resultar electos. Estos eran: Carlos Menem, quien fuera dos veces presidente durante la década de los años 1990 (1989-1995 y 1995-1999); Carlos Reutemann, gobernador de Santa Fe; José Manuel de la Sota, gobernador de Córdoba; Adolfo Rodríguez Súa, quien como vimos anteriormente estuvo algunos días al frente de la presidencia a finales del 2001;¹¹⁷ Néstor Kirchner, gobernador de Santa Cruz; y Juan Carlos Romero, gobernador de Salta.

Es importante recalcar que las elecciones internas justicialistas fueron un largo y complicado proceso que sin duda tuvo como motor principal una marcada disputa entre Carlos Menem y Eduardo Duhalde, ya que a causa de ella el calendario de las internas sufriría reiteradas modificaciones. Así, una vez que Duhalde dio a conocer que las elecciones serían adelantadas su siguiente paso sería buscar “un candidato para poder auspiciar y volcarle los beneficios de su poderoso aparato político. Su objetivo era uno y claro: vencer a Carlos Menem”.¹¹⁸ Este desvelo de Duhalde en las internas se debía a que Menem tenía amplias posibilidades de resultar electo, pues por un lado, gozaba de un fuerte respaldo político al interior del partido, y por otro, todo parecía indicar que Menem no desistiría de su firme convicción de llegar nuevamente a la presidencia como representante único del PJ. De hecho, Menem ya había expresado este anhelo desde momentos antes de que Duhalde diera el anuncio televisivo: “Volveré a gobernar para sacar de las cenizas al país”,¹¹⁹ dijo el ex presidente en un evento con motivo de su cumpleaños.

El primero que figuraba como posible candidato de Eduardo Duhalde (y como consecuencia rival de Menem) era Carlos Reutemann. Sin embargo, no pasó mucho tiempo para que éste definiera su postura: “He dicho siempre que no soy candidato, no soy

¹¹⁷ Llama la atención que en la prensa de aquellos días la figura de Rodríguez Súa fuera generalmente asociada no con su breve periodo presidencial sino con los dieciocho años en que fue gobernador de la provincia de San Luis.

¹¹⁸ Orlando D'Adamo y Virginia García Beaudoux, “Campañas electorales y efectos sobre la decisión de voto. Un análisis de la campaña para las elecciones presidenciales en Argentina” en *América Latina Hoy*, N° 38, diciembre 2004, Universidad de Salamanca, pp. 163-179, p. 168. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx> (Consultado en octubre de 2007)

¹¹⁹ “Los Menem dicen que Menem puede”. *Página/12*, miércoles 3 de julio de 2002.

candidato a nada. La decisión siempre fue la misma, no es que Reutemann sea indeciso”.¹²⁰ Expectante de la definición de Reutemann se encontraba José Manuel de la Sota. El gobernador de Córdoba llevaba algunos días valorando postularse para las internas, “pero sólo comenzó a evaluar públicamente su candidatura [...] cuando Carlos Reutemann, el gobernador de Santa Fe, desistió de la suya”.¹²¹ El anuncio público de la decisión de De la Sota no provocó mayor sorpresa entre los otros justicialistas, pues era sabido que, dada la negativa de Reutemann, era el siguiente que se perfilaba como el candidato del presidente. No obstante, a pesar del importante respaldo que seguramente recibiría por parte de Duhalde, De la Sota no contaba con un apoyo de peso por parte de otros gobernadores, además de que en las encuestas figuraba por debajo de sus otros rivales internos.¹²²

Por su parte, Adolfo Rodríguez Súa y Néstor Kirchner habían sido dos de las piezas claves que, al interior del justicialismo, mayor presión habían ejercido para que se adelantaran las elecciones y quienes habían adoptado una postura crítica frente a las formas de proceder de Duhalde. Incluso, ambos habían planteado la posibilidad de presentar su candidatura por fuera del PJ si no se garantizaban unas elecciones internas transparentes.

En cuanto a Juan Carlos Romero, cabe señalar que tuvo una posición moderada frente al anuncio de Duhalde: aunque en su momento llegó a manifestar su desacuerdo con el cronograma electoral, declaró que el presidente debió haber acertado aún más su mandato, y que los plazos entre las elecciones internas de los partidos y las generales eran demasiado extensos.

2.2.1. Un experimento de peronización

Nanci Adler señala que “en gran parte, lo que elegimos para recordar y conmemorar públicamente está determinado por la dirección con que sopla el viento político”.¹²³

¹²⁰ “Reutemann decidió no ser candidato presidencial”. *La Nación*, jueves 11 de julio de 2002.

¹²¹ “De la Sota se suma a la pelea por la presidencia”. *La Nación*, sábado 20 de julio de 2002.

¹²² Este punto es importante mencionarlo porque aunque todo apuntaba que De la Sota recibiría el apoyo de Duhalde, ninguno de los dos lo declaró públicamente. Hacerlo estaba en función de que De la Sota mejorara su posición en las encuestas.

¹²³ Nanci Adler, “En busca de una identidad: El derrumbamiento de la Unión Soviética y la recreación de Rusia” en Paloma Aguilar Fernández, Alexandra Barahona y Carmen González (eds.) *Las políticas hacia el pasado*, Ed Istmo, Madrid, 2002, pp. 401-450, p. 424.

Siguiendo este argumento, nos encontramos con que, en primer lugar, la dirección con que soplaban el viento político de cara a las elecciones del 2003 era la de intentar superar la grave crisis económica, social, institucional y de representatividad política producto de la acumulación de las políticas desarrolladas desde varios años atrás. Y es dentro de este proceso donde el PJ jugaría un papel protagónico, ya que a pesar de que la crisis de representatividad recaía en la totalidad de la clase política, este partido parecía ser el mejor librado de esta situación. Pero además, consideramos que este viento político ofrecía como telón de fondo un contexto en el que algunos sectores del PJ encontrarían una oportunidad para intentar reivindicar ciertas imágenes o fragmentos del pasado peronista anterior a la muerte de Juan Domingo Perón, las cuales años atrás habían sido objeto de sucesivas deslegitimaciones.

Así, partimos de la idea de que las elecciones internas del justicialismo no eran únicamente un espacio donde se disputaría la obtención de un aparato político que brindaría valiosos recursos estructurales y económicos, sino sería el escenario donde daría comienzo un “experimento de peronización” de una sociedad cansada y desalentada, quizá no tanto del sistema político que fue tan bien recibido después del trágico periodo de la dictadura (la democracia), como de las decisiones políticas adoptadas por quienes venían dirigiendo al país desde entonces.

Con base en lo anterior, resulta significativo que los candidatos de las internas justicialistas escogieran una fecha clave de la historia del peronismo para iniciar formalmente su contienda: el 26 de julio, día en que se conmemoraría el 50 aniversario luctuoso de Eva Duarte de Perón.

2.2.2. El recuerdo de Evita: inicio de la contienda

Con grandes imágenes, videos, la inauguración de un monumento y la mención de su trayectoria política, Kirchner, De la Sota y Romero¹²⁴ rindieron, cada quien por su lado,

¹²⁴ Cabe aclarar que si bien mencionamos a Juan Carlos Romero, las fuentes que consultamos no contenían la información suficiente como para analizar su discurso con motivo del homenaje a Eva Perón. Es así, que esta situación podría ser objeto de una investigación posterior analizando cuantitativamente el papel que concedió la prensa nacional a los distintos candidatos del Partido Justicialista durante las elecciones internas del 2002.

un homenaje a Eva Perón. Pero consideramos que detrás de todos estos actos y celebraciones se encontraba ese primer gran intento por acercarse a la sociedad de la manera más “peronistamente” posible, y esta fecha de gran importancia histórica y simbólica seguramente cumpliría este cometido. Sin embargo, para lograr este acercamiento con la sociedad resultaba necesario apelar no sólo al electorado peronista, sino a amplios sectores de ella (para lo cual, al menos en un primer momento, las elecciones internas abiertas eran una herramienta esencial). En este sentido, podemos entender que, en un acto celebrado en Córdoba, De la Sota emitiera un discurso conciliador en el que exhortaba a los “queridos argentinos” a poner fin a la desunión: “Si no cambiamos, queridos argentinos, si en vez de cavar trincheras que nos dividen, no nos decidimos a construir puentes que nos unan, no habrá patria, no habrá paz, no habrá soluciones para el sufrimiento de los argentinos”.¹²⁵ Por tal motivo, al final de su discurso, demandó “dar vuelta la página de los fracasos y los errores y encontrar un nuevo camino [y] el peronismo es la fuerza que debe iniciar esta tarea”.¹²⁶

De igual forma, en el Estadio del club Obras Sanitarias, Kirchner hizo un llamado a “todos los argentinos” ante la necesidad de atender la crisis social en que vivía la Argentina: “Desde acá les decimos a todos los argentinos de los partidos que sean, peronistas, de la UCR de Yrigoyen, de los socialistas, de los sindicatos, de toda la izquierda, de todas las fuerzas que nos ayuden a construir el movimiento nacional y popular que el país necesita”.¹²⁷ De esta manera, podemos observar que ambos postulantes partían del hecho de que el país enfrentaba un momento de crisis que era necesario dejar atrás, lo cual se lograría si se conseguía pasar por alto las diferencias que desunían a los argentinos; no obstante, en este cometido el peronismo era quien jugaba el papel protagónico.

Ahora, en cuanto a las palabras de Kirchner llama la atención el que hablara del “movimiento nacional y popular” y no del “Partido Justicialista”. Y es que si a esto le añadimos el hecho de que en otro fragmento de su discurso Kirchner señaló que “para todos los preocupados por si vamos por dentro o afuera sepan que estamos muy lejos del pejetismo burocrático que poco tiene que ver con el pueblo”, mientras que más adelante

¹²⁵ “De la Sota, conciliador en su debut de campaña”. *La Nación*, domingo 28 de julio de 2002.

¹²⁶ *Idem*.

¹²⁷ “Les pido que nos ayuden; yo no me voy a achicar”. *Página/12*, viernes 27 de julio de 2002.

también afirmó sentirse “muy adentro del peronismo de Perón y Eva Perón”,¹²⁸ pareciera ser que estaba reactivando la clásica dicotomía partido-movimiento, exaltando claramente a este último, mientras que a la institución política únicamente atribuía el carácter secundario de “herramienta electoral” que tuviera originalmente, el cual, según vimos en el capítulo anterior, había desaparecido hacia la década de los años 1980 después de la renovación.

Por su parte, Rodríguez Súa, quien si bien no organizó ningún evento con motivo del aniversario luctuoso de Evita, fue también en esta fecha cuando anunció que se presentaría a las elecciones mediante la formación de “un gran frente como lo hizo Perón en 1973, con el Frente Justicialista de Liberación, que estaba integrado por diferentes partidos”,¹²⁹ y que llevaría el nombre de “Frente del Movimiento Nacional y Popular”. Con este anuncio, Súa dejaba abierta la posibilidad de presentar su candidatura por fuera del PJ, aunque también es cierto que no descartaba completamente lo contrario (recordemos que esto significaba la obtención de valiosos recursos): “previamente agotaremos todas las instancias internas dentro del PJ y haremos todos los esfuerzos para que se nos garantice la posibilidad de participar en elecciones libres, transparentes y democráticas, y esperamos que el partido no nos margine”.¹³⁰ De cualquier forma, el hecho era que, tanto para Kirchner como para Rodríguez Súa, parecía tener menor relevancia (sin ser del todo irrelevante, claro está) representar al Partido Justicialista que reivindicar un peronismo más amplio y complejo; es decir, un movimiento con Juan, Eva Perón y el pueblo por delante.

Aunque esto no es lo único que resulta interesante de lo dicho por Rodríguez Súa pues consideramos que la especificación temporal que hizo al comparar su Frente precisamente con el de Perón de 1973, nos permite comprender parte de la lógica de las recuperaciones del pasado peronista que estaban en juego en estas elecciones. Y es que, con este salto longitudinal en el tiempo, Rodríguez Súa hacía a un lado exactamente a ese pasado reciente en el que, según hemos sugerido, es posible ubicar la acumulación de experiencias políticas que desembocaron en la crisis a la que se le trataría de encontrar solución en los comicios del 2003, y que al mismo tiempo era el periodo en el que ciertas imágenes del pasado peronista anterior a la muerte de Perón fueron objeto de sucesivas deslegitimaciones; es decir, el que abarca a la dictadura militar del 76, a la renovación

¹²⁸ *Idem.*

¹²⁹ “Rodríguez Súa quiere un frente electoral”. *La Nación*, sábado 27 de julio de 2002.

¹³⁰ *Idem.*

peronista y en el que también se encuentra la década del gobierno de Menem, quien al figurar como el principal candidato a vencer en las internas, resulta comprensible que se convirtiera en el centro de diversas críticas por parte del resto de los postulantes.

Así, refiriéndose a la gestión de Menem, De la Sota afirmó que “la plata que recibimos, que se dilapidó, que se llevó la corrupción y que ahora no podemos devolver, es lo que nos ha dejado aislados y fuera del mundo actual”;¹³¹ Rodríguez Súa dijo que la dolarización significaba “someterse definitivamente a los Estados Unidos”, por lo que “nosotros queremos una moneda nacional fuerte e independiente, con un país en producción y equilibrado”;¹³² por su parte, Kirchner también criticó al “menemismo entreguista que quebró este país”.¹³³

Ante estas declaraciones, quizá lo primero que nos venga a la mente sea preguntarnos por lo que Menem dijo en este inicio de campaña. Sin embargo, el acto que había programado en Avellaneda fue suspendido, ya que, según el equipo menemista, no estaban garantizadas las condiciones de seguridad para llevarlo a cabo. Aún así, es posible suponer que sus palabras no hubieran salido de la línea discursiva que mantenía por aquellos días, la cual tenía como punto central la abierta confrontación con Duhalde por los tiempos y formas de celebrar las internas, además de acusarlo de que su propósito principal era atacarlo por cualquier vía para sacarlo del campo electoral.

A los pocos días de la conmemoración del aniversario luctuoso de Evita, Duhalde firmó el decreto oficial donde se fijaba para el 24 de noviembre las elecciones internas abiertas, simultáneas y obligatorias. Pero las implicaciones que contraía el que personas de otros partidos pudieran decidir en las internas justicialistas suscitaron una fuerte polémica, principalmente en el sector menemista, aunque las opiniones entre los demás candidatos estaban divididas; cada quien abogaba por las condiciones que más le podrían favorecer a futuro. Cabe señalar que el hecho de que los menemistas fueran los principales opositores a las elecciones internas abiertas, simultáneas y obligatorias obedecía a una razón en concreto: que de ser así Menem sería el primer afectado, ya que si bien estaba seguro de que podía tener un fuerte respaldo al interior del partido, fuera de él se enfrentaba al descrédito con que contaba entre amplios sectores de la sociedad, producto de los estragos

¹³¹ “De la Sota, conciliador...”, *op. cit.*

¹³² “Rodríguez Súa invita al PJ a sumarse a su frente”, *Clarín*, lunes 29 de julio de 2002.

¹³³ “Les pido que nos ayuden...”, *op. cit.*

de sus años de gobierno. Finalmente, estas presiones lograrían su objetivo. No pasaría mucho tiempo para que Duhalde diera un vuelco al proceso de las internas postergándolas para el 15 de diciembre, y, con la finalidad de eliminar las objeciones emitidas en las semanas anteriores sobre el sistema electoral, también decretaba que sólo podrían votar afiliados e independientes en cada uno de los partidos políticos que presentaran más de un candidato para los comicios presidenciales.

Por su parte, el 10 de octubre la jueza federal electoral, María Romilda Servini de Cubría, declaró la inconstitucionalidad de las elecciones abiertas y simultáneas, pero también suspendió los comicios del 15 de diciembre, por lo que cada partido debía organizar sus internas en forma individual con base en los lineamientos de sus respectivas Cartas Orgánicas. Esta decisión traería como consecuencia que se profundizara la lucha entre los precandidatos justicialistas, pero principalmente aquella que venían sosteniendo Duhalde y Menem. Ambas partes trataron de llegar a un acuerdo, pero los objetivos eran contrapuestos: Menem abogaba por la realización de las internas; mientras que Duhalde, en su empeño por impedir que Menem tuviera el control del partido y resultara candidato del PJ, no descartaba la idea de que las internas no se realizaran. De esta forma, a los pocos días se reuniría el Consejo Nacional Justicialista, dominado por dirigentes afines a Menem, donde se ratificó la convocatoria a elecciones internas abiertas del 15 de diciembre, pero sin la participación de afiliados de otras fuerzas. En respuesta, Duhalde igualmente convocó para finales de octubre al órgano soberano del partido, el Congreso Nacional Justicialista, el cual estaba dominado por él.¹³⁴

Este clima de incertidumbre también provocó reacciones significativas entre los otros precandidatos. Tal es el caso de Romero, quien declaró que analizaba la posibilidad de ser compañero de fórmula de Menem. Asimismo, De la Sota manifestó su desacuerdo ante un posible pacto entre Duhalde y Menem, y ante la situación de irresolución exigía que se llevaran a cabo las internas. Kirchner y Rodríguez Sáa continuaban sin definir si irían por dentro o por fuera del PJ, pero afirmaban que el fallo de la jueza Servini de Cubría significaba acelerar estas últimas.

¹³⁴ Cabe señalar que en el momento en que Duhalde asumió la presidencia a principios de 2002, Carlos Reutemann era quien presidía el Congreso Nacional Justicialista; sin embargo, en los hechos, era Duhalde quien tenía el poder de ese órgano partidario.

2.2.3. La Lealtad Peronista

Con base en lo analizado anteriormente, no cabe duda de que “las fechas y los aniversarios son coyunturas de activación de la memoria”¹³⁵ y que es importante distinguir entre la recuperación del pasado (activar la memoria) y su utilización subsiguiente, pues, como comenta Todorov, “la exigencia de recuperar el pasado, de recordarlo, no nos dice todavía cuál será el uso que se hará de él”.¹³⁶ En este sentido, llama la atención que en medio de las elecciones internas del justicialismo, el 17 de octubre¹³⁷ volviera “a cobrar relevancia para buena parte de la dirigencia peronista tras más de una década de virtual olvido sólo interrumpido por algunas excepciones”¹³⁸ y es que, según sugería la nota del diario *Clarín*, “de cara a la pelea interna, los precandidatos suponen que necesitan renovar su fe peronista y el Día de la Lealtad, la Marcha partidaria y las imágenes y frases de Perón y Evita aparecen como herramientas funcionales a ese objetivo”.¹³⁹ En efecto, uno podría preguntarse ¿por qué en este momento en específico surgía esa necesidad de renovar la fe peronista valiéndose precisamente de esta fecha que en años anteriores fue confinada al olvido?

De acuerdo con lo que hemos venido viendo, consideramos que el hecho de renovar la fe peronista a través de la revaloración del Día de la Lealtad obedecía a una lógica que iba más allá de la disputa por las internas, la cual consistía en el experimento de “peronización” de la sociedad, ya que con esta fecha, algunos sectores del PJ encontraban el perfecto referente de identidad que les permitiría anunciar a la sociedad y a las otras fuerzas políticas que el “peronismo histórico” estaba de vuelta. Pero además, esto hacía posible enfrentar a esa década en la que el gobierno peronista que estaba entonces al frente

¹³⁵ Elizabeth Jelin, “Exclusión, memorias y luchas políticas” en Daniel Mato (comp.) *Cultura, Política y Sociedad. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires, 2005, pp. 219-239, p. 231.

¹³⁶ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*. Ed. Paidós, España, 2000, p. 17.

¹³⁷ Recordemos que el 17 de octubre es considerado como la fecha fundacional del peronismo. Este día, pero del año 1945, amplios sectores de la sociedad salieron a las calles de Buenos Aires exigiendo la libertad de Juan Domingo Perón, preso en las islas Martín García. Al año siguiente de este suceso, y con Perón como presidente, esta fecha sería recordada como el Día de la Lealtad peronista.

¹³⁸ “En campaña, el peronismo se acuerda del 17 de octubre”. *Clarín*, jueves 17 de octubre de 2002. La principal excepción en que se celebró esta fecha, según la nota, fue en 1998 cuando Duhalde lanzó su candidatura a la presidencia en la Plaza de Mayo. Además se comenta que “durante los noventa la iconografía histórica peronista quedó relegada bajo el sello neoliberal que tiñó buena parte de la gestión presidencial de Menem”.

¹³⁹ *Idem*.

del país afirmaba personificar un peronismo distinto al de aquellos que se “habían quedado en el 45”, por lo que, el 17 de octubre, al estar asociado con el 45, quedaba fuera de ser considerada una fecha a recordar. Y si bien esa década sólo era parte de un pasado más extenso que desacreditó al peronismo anterior a la muerte de Perón, en esta conmemoración dichos años se volverían el centro de los ataques a causa de que quien los personificaba era precisamente el que se dibujaba como el principal contendiente a vencer en la internas: Carlos Menem.

Resulta significativo entonces que De la Sota dijera representar “el verdadero peronismo”, pues con esto pretendía diferenciarse de los que “han usado el nombre de Perón en vano”,¹⁴⁰ por lo que exhortó a “lavar el honor de Perón y Evita, mancillados por la corrupción e impunidad”,¹⁴¹ esto último en una clara alusión a los presuntos actos de corrupción del gobierno menemista.

Kirchner tampoco perdió oportunidad para criticar duramente a Menem, aunque haciendo énfasis no tanto en el “mal uso” que éste hubiera hecho del peronismo, sino en las consecuencias de sus años de gobierno. Así, lo acusó de ser el “máximo responsable” de la crisis socioeconómica en que vivía el país, y afirmó que “si Menem retorna a la presidencia, con él volverán los *lobbies* financieros, María Julia, Alderete, Kohan”.¹⁴² Consideramos que el que Kirchner no hiciera referencia al “peronismo menemista” no se debía a que le pareciera un aspecto trivial, sino que más bien, con esto parecía insinuar que no había necesidad de mencionarlo porque simplemente Menem ni siquiera podía ser considerado peronista, más aún al estar asociado con personajes que, como María Julia Alsogaray,¹⁴³ han representado la tradición antiperonista.

Ahora, puesto que estos mensajes irrumpían en el espacio público como una forma de confrontar a ese período que restó legitimidad al peronismo que “se había quedado en el 45”, entonces no era extraño que en estos eventos se exaltara ese pasado deslegitimado. Así, Rodríguez Saa lo haría prometiendo “levantar las banderas de Perón y Evita”¹⁴⁴ y De la Sota al recordar la génesis de ese peronismo que “nació en la calle cuestionando al

¹⁴⁰ “El 17 de octubre mostró las fisuras del PJ”. *La Nación*, viernes 18 de octubre de 2002.

¹⁴¹ “17 de octubre: la campaña obligó a hacer cinco actos a un peronismo en crisis”. *Clarín*, viernes 18 de octubre de 2002.

¹⁴² *Idem*.

¹⁴³ María Julia es hija del político y militar Álvaro Alsogaray (1913-2005), un fuerte opositor y crítico del peronismo.

¹⁴⁴ *Idem*.

poder, reclamando dignidad, trabajo y justicia social, defendiendo la causa del pueblo y de los humildes”. Serían estas últimas palabras las que le permitirían a De la Sota poner en duda el peronismo de Menem, pues, al referirse a ciertos percances que este último tuvo algunos meses antes, se preguntaba: “¿Qué pasó desde entonces para que hoy muchos peronistas ni siquiera puedan salir a la calle sin que el pueblo los insulte o los escrache?”¹⁴⁵

Igualmente, podemos subrayar lo simbólico que resultaba el que Kirchner haya llevado a cabo la conmemoración del 17 de octubre en Rosario, precisamente la “ciudad que en algún momento fue conocida como ‘la capital del peronismo’ gracias a su cordón industrial”,¹⁴⁶ dato que nos permite comprender que Kirchner dijera que con este acto deseaba marcar “con claridad lo que fue y lo que debería volver a ser como gran ciudad”.¹⁴⁷ Del mismo modo, aludió al peronismo de mediados del siglo XX al comparar la situación que se vivió en aquél entonces con la del presente: “Hoy se conmemora el día de la lealtad a los argentinos, porque si ustedes se retrotraen 57 años atrás la situación en la Argentina era igual: un pequeño grupo de capital concentrado, un limitado grupo de sectores medios y una gran cantidad de sectores excluidos”.¹⁴⁸ Llama la atención que Kirchner haya dicho que se conmemoraba el Día de la Lealtad “a los argentinos” y no al peronismo, ya que esto nos incita a reflexionar que el hecho de trascender esta conmemoración más allá del círculo justicialista perseguía el propósito de mostrar a un Kirchner que si bien era leal al peronismo (pues estaba recordando esta fecha) antes lo era a los habitantes del país que pretendía llegar a gobernar, con lo que parecía estar reivindicando aquella escala de valores que todo peronista debería seguir en la acción política: “Primero la patria, después el movimiento, después los hombres”.

Eduardo Duhalde también celebró esta fecha en un lugar por demás simbólico para la ocasión: una quinta de la localidad de San Vicente, llamada “17 de octubre”, que fuera el lugar de descanso de Juan y Evita Perón. Cabe señalar que además de la conmemoración, en este acto Duhalde perseguía dos objetivos muy claros y relacionados entre sí: reunir las firmas de varios gobernadores para convocar al Congreso Nacional Justicialista y reafirmar su liderazgo dentro del PJ bonaerense. Con el primero de ellos, se buscaba convenir el

¹⁴⁵ “El 17 de octubre en campaña”. *Página/12*, viernes 18 de octubre de 2002.

¹⁴⁶ *Idem*.

¹⁴⁷ “17 de octubre: la campaña...”, *op. cit.*

¹⁴⁸ “El 17 de octubre...”, *op. cit.*

cambio de la conformación de la Junta Electoral del justicialismo, manejado en forma casi absoluta por el menemismo. Por su parte, para lograr el segundo, el presidente puso en marcha la “Agrupación 17 de Octubre”, una nueva corriente del Justicialismo con epicentro en la provincia de Buenos Aires. “Sueño con la unidad férrea del peronismo y, en mi caso particular, del bonaerense. Tenemos que estar unidos porque nos esperan épocas de dificultades. Tengo mucha fe en esta nueva agrupación”,¹⁴⁹ dijo Duhalde. Reforzando estas palabras, el intendente de Lanús, Manuel Quindimil señaló: “Alcen sus ojos al cielo [...]. Me parece ver a Perón y a Eva, que nos dicen: gracias muchachos, por esta unidad”.¹⁵⁰ No está demás mencionar que Manuel Quindimil fue uno de los gestores del movimiento que el 17 de octubre de 1945 salió a la calle a pedir la libertad del coronel Juan Domingo Perón, en esos momentos encarcelado en la isla Martín García. De esa manera, podemos observar que la presencia del intendente de Lanús en este evento con motivo del Día de la Lealtad desempeñaba un papel muy simbólico. Por su parte, el énfasis que las palabras de Duhalde y de Quindimil ponían en la conservación de la unidad nos remite a un esfuerzo por exaltar la “anhelada unidad nacional” del peronismo que el mismo Perón promulgó en “Las veinte verdades”. No obstante, era la defensa de una unidad que indiscutiblemente dejaba fuera a otro justicialista, a Menem, y quizá lo que con esto se pretendía era poner nuevamente en duda su identidad peronista.

Ahora bien, si como hemos sugerido todas estas acusaciones estaban dirigidas a quien diez años antes menospreció y confinó al olvido la fecha fundacional del peronismo, es decir, Carlos Menem, es digno de llamar la atención que por su parte él mismo celebrara el Día de la Lealtad en la Rioja.¹⁵¹ Pareciera ser que este hecho respondía a que Menem intuía lo que se ponía en juego con esta celebración, aunque cabe aclarar que su discurso estaría menos centrado en reivindicar ese peronismo que años atrás había impugnado, que en intentar legitimar su propia imagen peronista agraviada como consecuencia de sus años de gobierno. Así, dado que cualquier autocrítica sencillamente era cometer un suicidio político, entonces tenía que buscar a ese “Otro” que le serviría de referencia para autenticar su “Yo” peronista. Y Menem encontraría en el presidente Duhalde a ese

¹⁴⁹ “17 de octubre: la campaña...”, *op. cit.*

¹⁵⁰ “El duhaldismo quiere impugnar a la junta electoral partidaria”. *La Nación*, viernes 18 de octubre de 2002.

¹⁵¹ Es importante mencionar que en este acto se hizo oficial que Juan Carlos Romero sería el compañero de fórmula de Menem.

“Otro”, al que si bien no culpaba de los agravios del peronismo del pasado sí lo hacía de la aparente crisis interna del presente por la que estaba pasando el Partido Justicialista: “El Presidente tiene que dejarse de jugar a las escondidas y dedicarse a gobernar, en lugar de llevarle la contra a los que sostenemos la unidad del PJ”.¹⁵² De igual forma trataba de legitimarse frente a los otros contendientes de las internas al advertir que “los que vayan por afuera del partido dejan de ser peronistas”,¹⁵³ palabras que dejan percibir la defensa de la importancia de la institución política del peronismo, lo cual contrastaba claramente con la reivindicación del carácter movimientista realizada principalmente por Kirchner. Desde esta perspectiva trazada por Menem entonces tampoco eran sus años de gobierno los culpables de la crisis que llevó a la Argentina al colapso político, económico y social a finales de 2001, sino que lo “cometieron los mentirosos de turno que asumieron en 1999”.¹⁵⁴

A seis meses de que se diera a conocer la anticipada convocatoria a elecciones presidenciales, los intentos de llegar a un acuerdo entre Duhalde y Menem para fijar la fecha de las internas no prosperaron. No fue sino hasta después de muchas discusiones, cuando menemistas y duhaldistas acordaron que se reunirían en un Congreso en la sede del Consejo Nacional Justicialista, donde se establecería el 23 de febrero como fecha límite para la realización de las internas. Durante estos meses, Duhalde tampoco había alcanzado su objetivo de encontrar un candidato con la suficiente fuerza para derrotar a Menem. Así que, mientras llegaba el día del Congreso, el presidente ajustaba los últimos detalles para lograr dicha meta.

Finalmente, el día 14 de enero, Duhalde y el consejo del PJ bonaerense dieron a conocer su pronunciamiento en favor de la candidatura de Kirchner, con quien algunas semanas antes ya había tenido acercamientos (dado que De la Sota no logró mejorar su posición en las encuestas). El acto formal de este lanzamiento tuvo como escenario nuevamente la emblemática quinta de San Vicente “17 de octubre”. Enormes fotos del General Perón adornaban las paredes del pequeño salón donde Kirchner pronunció un discurso en el que señaló a Menem como

¹⁵² “17 de octubre: la campaña...”, *op. cit.*

¹⁵³ *Idem.*

¹⁵⁴ “El 17 de octubre...”, *op. cit.*

“[...] el mejor alumno del proyecto económico que se inició en el 76 con una corrupción estructural, un proceso de concentración económica totalmente gravoso y una distribución del ingreso absolutamente insostenible para un gobierno que se dice peronista”.¹⁵⁵

De esta forma, Kirchner responsabilizaba al gobierno de Menem de haber sido quien consolidó el proyecto económico que se instauró a costa del derrumbe del gobierno peronista de los años 1970, frente a lo cual prometió no dar “ni un paso atrás hacia ese pasado cercano que tanto dolor, tanta exclusión y confrontación trajo en la Argentina”¹⁵⁶ y en cambio volvería “a colocar en el lugar que se merece las ideas, el trabajo, el concepto de la revolución nacional y popular que le dieron por siempre a esta Argentina el general Perón y Eva Perón”.¹⁵⁷ Quizá sea conveniente señalar que estas palabras se ubicaban en un contexto en el que el discurso neoliberal ya no tenía el peso que tuviera a finales de los años 1980 (cuando Menem asumió el poder), por lo que al criticar este modelo económico y prometer retomar las ideas, principios y conceptos tradicionales del peronismo, Kirchner pretendía tomar distancia de las políticas neoliberales y reivindicar al peronismo como la alternativa con la que la Argentina podría salir de la crisis.

Mientras tanto, Carlos Menem continuaba centrando sus ataques hacia el presidente acusándolo de “africanizar los salarios”, liderar una dictadura y de impulsar “maniobras fraudulentas”, en alusión a la pretensión de Duhalde de impedir las elecciones internas. Al respecto, dirigentes menemistas habían declarado que se presentarían en el Congreso convocado por Duhalde con el propósito de reclamar la realización de los comicios.

Por su parte, Adolfo Rodríguez Súa negó que se fuera a presentar al Congreso ya que consideraba que era “una provocación más de la pelea entre Menem (Carlos) y Duhalde (Eduardo), que lo único que hace es desprestigiar al justicialismo”.¹⁵⁸ No obstante, aseguró que seguiría las reglas de juego que fijara el partido y que competiría por dentro del PJ.

Así llegó el día del Congreso Justicialista. Después de una tensa reunión de casi cuatro horas, en las que menemistas y duhaldistas intercambiaron acusaciones, se resolvió por amplia mayoría que se suspenderían los comicios internos del 23 de febrero y se aprobó

¹⁵⁵ “Un discurso que apuntó hacia adentro del peronismo”, *Clarín*, viernes 17 de enero de 2003.

¹⁵⁶ *Idem*.

¹⁵⁷ “Debutó el frente peronista contra Menem”. *La Nación*, viernes 17 de enero de 2003.

¹⁵⁸ “Rodríguez Súa no irá al congreso del PJ”. *La Nación*, miércoles 22 de enero de 2003.

el sistema de “neolemas”,¹⁵⁹ con lo que se habilitaba a Néstor Kirchner, a Carlos Menem y a Adolfo Rodríguez Saá para presentarse en las elecciones generales de abril.

La contraofensiva de Menem no se hizo esperar. El apoderado de su candidatura, Luis Giocosa, recurrió a la Jueza Servini de Cubría para que dispusiera “la intervención de la Junta Electoral partidaria y garantice la realización de la interna del 23 de febrero, anulada la semana pasada por el Congreso del PJ”.¹⁶⁰ Pero la apelación menemista no procedió y el 11 de febrero la jueza Servini de Cubría avaló la resolución del Congreso Nacional Justicialista de dar por anuladas las internas previstas para el 23 de febrero y autorizó el sistema de “neolemas”. En efecto, si bien el justicialismo podría presentarse con sus tres candidatos, ellos no lo harían como representantes del PJ, sino a través de la formación de alianzas con otros partidos.

2.3. La lucha por los símbolos

El fallo de la jueza Servini de Cubría estaba dado: el justicialismo se presentaría fragmentado en las elecciones presidenciales. Y si bien en los días siguientes aún hubo posturas a favor y en contra de las internas, ahora surgía una nueva pugna: la simbología partidaria del PJ. “La disputa ya no es sólo por imponer un candidato oficial del partido: ahora tironean para ver quién retiene el sello del PJ”.¹⁶¹ Entendamos por símbolos justicialistas los colores, nombre y fotografías que hacen alusión a Juan y Eva Perón. Y su importancia no es menor, pues en ellos recae una carga histórica trascendental.

¹⁵⁹ La “Ley de Lemas”, también conocido como “Doble Voto Simultáneo”, es una modalidad de sufragio que permite que un partido (lema) pueda presentarse con varias listas o candidaturas (sublemas) a una elección. Los electores votan por las candidaturas de los sublemas y de esta elección se procede a determinar el lema ganador, el cual será aquel que haya recibido la mayor cantidad de votos al sumar la totalidad de los votos de cada uno de los sublemas. Por su parte, el sistema de “neolemas” que se proponía para este caso implicaba que todos los candidatos del partido se presentaran con estructuras propias sin suma de votos.

Para profundizar en la mecánica, ventajas y desventajas del Doble Voto Simultáneo véase el artículo de Diego Reynoso, “Las desventajas del Doble Voto Simultáneo. Argentina en perspectiva comparada” en *Perfiles latinoamericanos*. CLACSO- México, año/vol. 12, N° 24, 2004, pp.67-83.

¹⁶⁰ “Menem volvió a recurrir a la justicia por la interna del PJ”. *Clarín*, miércoles 29 de enero de 2003.

¹⁶¹ “Menemistas y adolfistas no quieren imposiciones”. *Clarín*, lunes 27 de enero de 2003. Es importante mencionar que además de la disputa por el uso de la simbología peronista también estaba en juego el reparto de un fondo conformado “con el dinero que por ley el Estado garantiza a los partidos políticos, provenientes de un fondo permanente que administra la cartera política, y del peso por voto obtenido a nivel nacional por cada fuerza en relación a su última participación electoral”. *La Nación*, jueves 13 de febrero de 2003. “Los candidatos peronistas se alistan para negociar la simbología partidaria”.

Miguel Herrero de Miñón nos dice que el símbolo “no se limita a comunicar algo sino que es capaz de movilizar. No sólo evoca sino que convoca. Su función no es sólo revelar algo sino convertir el conocimiento en acción”.¹⁶² En efecto, no era extraño que los tres candidatos provenientes del justicialismo buscaran que dichos símbolos aparecieran en su boleta electoral. La prensa consideraba que esta discusión reflejaba “el temor de los distintos candidatos a perder el valor agregado de la nostalgia peronista”,¹⁶³ un valor agregado que en los hechos se traducían en votos: “los candidatos creen que el que lleve el escudo en la boleta correrá con ventaja adicional a la hora de sumar los votos”.¹⁶⁴ Aunque quizá, al mismo tiempo, esta discusión reflejaba la importancia que en este momento englobaba la nostalgia de un pasado, tal vez no idealizado por la totalidad de la sociedad argentina, pero que sí volvía a la memoria pública como una opción para intentar dar solución a los múltiples problemas económicos, políticos y sociales que aquejaban al país.

La propuesta del presidente Duhalde era que los tres candidatos pudieran compartir los símbolos partidarios. Y en un principio Menem, Kirchner y Rodríguez Sáa confirmaban públicamente estar de acuerdo en sentarse a dialogar para acordar que así fuera. Sin embargo, el menemismo tomó la delantera y fue el primero en solicitar la oficialización de su Alianza electoral bajo el nombre de Frente Peronista, pero además de esto pedía la exclusividad para el uso de los emblemas del PJ:

“Hago **reserva exclusiva** de los emblemas constituidos por el escudo histórico del peronismo y las imágenes de los fundadores del movimiento, Juan Domingo Perón y Eva Duarte de Perón, [argumentando que el Frente Peronista] ha adoptado los principios históricos que informan la doctrina peronista: soberanía política, independencia económica y justicia social”.¹⁶⁵

Al respecto, consideramos que con esta manera de actuar, el menemismo ponía en evidencia la gran urgencia que tenía por contar con esos símbolos, lo que seguramente le

¹⁶² Miguel Herrero de Miñón, “Símbolos políticos y transiciones políticas” en *Athenea Digital*, N°10, 2006, pp. 172-184, p. 176. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num10/herrero.pdf>. (Consultado en octubre de 2007).

¹⁶³ “Más cerca de un acuerdo en el PJ”. *La Nación*, jueves 20 de febrero de 2003.

¹⁶⁴ “El gobierno está satisfecho pero mantiene la guardia alta”. *Clarín*, Sábado 8 de febrero de 2003.

¹⁶⁵ “El menemismo no apela pero ya pidió la exclusividad de la sigla PJ”. *Clarín*, jueves 13 de febrero de 2003.

favorecería en las elecciones, ya que imperaba la idea de “que el sello del PJ puede llegar a sumar decenas de miles de votantes, sobre todo en sectores del interior. Ese es el sello que irán a votar al cuarto oscuro sin atender tanto el nombre del candidato”.¹⁶⁶

El 18 de febrero se llevaron a cabo dos reuniones donde las tres partes en disputa discutirían acerca del reparto de los símbolos. A la primera de ellas, convocada por el titular de la Junta Electoral del PJ (el diputado nacional Chaco Rafael González), sólo asistieron los representantes de Rodríguez Súa y de Kirchner, quienes coincidieron en que se debía garantizar igualdad de condiciones para todos los candidatos. El sector menemista, por su parte, no envió ningún representante a esta reunión, pues consideraba que la solución del problema no competía a la junta del partido, sino a la justicia electoral. En la segunda reunión, convocada por la Junta Electoral Nacional, sí asistió el representante de Menem (Luis Giocosa), pero no el de Kirchner, aunque al estar presente uno de Duhalde parecía no ser necesario. En esta reunión el ambiente de consenso de días anteriores fue fracturado, pues “tras las dos horas de debate, el menemismo se mantuvo inflexible en su pretensión de quedarse con el uso exclusivo de los símbolos partidarios y con el más que cotizado nombre de Frente Peronista”,¹⁶⁷ cuestión frente a la cual adolfistas y duhaldistas plantearon su rechazo. Giocosa defendió la postura menemista comparando la situación con aquella que viviera el peronismo tras el golpe de Estado de la Revolución Libertadora de 1955, en la que se prohibió toda referencia a Juan Perón, Eva Perón y al peronismo en general: “Ustedes no tienen derecho a pedir nada después de que le aplicaron al PJ el decreto 4161, de Aramburu (Pedro Eugenio) y Rojas (Isaac)”.¹⁶⁸ En efecto, la posibilidad de negociación que significaba esta reunión había fracasado.

Pero antes de continuar, vale la pena detenernos brevemente en las palabras de Giocosa, pues llama la atención que para escudar la pretensión del menemismo de poseer el sello y la simbología justicialista haya recurrido a la comparación de la situación que sufrió el peronismo tras el golpe de Estado de la Revolución Libertadora. Lo llamativo es que con esto, ahora el menemismo parecía dar un viraje a su postura anterior de menospreciar al peronismo que se había quedado en el 45.

¹⁶⁶ “El gobierno está satisfecho...”, *op. cit.*

¹⁶⁷ “Los símbolos del PJ siguen sin dueño”. *La Nación*, miércoles 19 de febrero de 2003.

¹⁶⁸ *Idem.*

Finalmente, la jueza Servini de Cubría rechazó el nombre propuesto por la Alianza de Menem y la petición de la exclusividad de los emblemas.¹⁶⁹ La resolución obedecía a que, por un lado, la ley “establece que el nombre de un partido o alianza ‘no podrá contener designaciones personales ni derivados de ellas’. Y el término ‘peronista’ deviene, obviamente, del fundador del PJ, Juan Domingo Perón”,¹⁷⁰ y por otro lado, porque “la utilización, por más de una agrupación, de la misma simbología y emblemas llevará sin dudas a confusión al electorado”.¹⁷¹ Con ello también quedaba definida la situación para los demás candidatos y, así, ninguno de los tres en pugna se podría presentar con el nombre y los símbolos del PJ.

Algunos días después los candidatos definirían el nombre de sus Alianzas y sus representantes respectivos: Carlos Menem y Juan Carlos Romero representaría al Frente por la Lealtad; Néstor Kirchner y Daniel Scioli irían por el Frente para la Victoria; y Adolfo Rodríguez Súa y Melchor Posse por el Frente Movimiento Nacional y Popular. Aunque cabe señalar que si bien estos Frentes electorales no hacían uso de la palabra “peronista” como tal, sí incluían otras que de una u otra forma dejaban entrever ciertas huellas de peronismo: con el Frente por la Lealtad, Menem y Romero estaban haciendo uso de una palabra clave para el peronismo, claro está tomada del nombre de su fecha fundacional; Rodríguez Súa y Posse, al nombrar su Frente Movimiento Nacional y Popular, tal vez nos decían nuevamente que el peronismo no es algo que se limita únicamente al Partido Justicialista, sino que es un movimiento de alcance nacional y que busca defender el interés del pueblo; por su parte, el Frente de Kirchner y Scioli recurrió más al simbolismo que a las palabras, pues parecía ser que la “V” de su Frente para la Victoria tenía “reminiscencias poco casuales a la ‘V’ que se vio bajo la letra ‘P’ (de Perón) del 55 en adelante, pero con intensidad abrumadora durante la campaña de Cámpora del 73”.¹⁷²

¹⁶⁹ Los menemistas habían planteado el nombre alternativo de Frente Popular; pero éste fue igualmente negado, puesto que, desde tiempo atrás, Rodríguez Súa ya había hecho uso de la palabra “Popular” al nombrar a su Frente Movimiento Nacional y Popular.

¹⁷⁰ “En el PJ, nadie puede usar los símbolos peronistas”. *Clarín*, sábado 22 de febrero de 2003. No está demás mencionar que la jueza Servini declaró haber procedido de esta manera porque así lo había dispuesto en otras ocasiones su Tribunal Superior. Pero en lo personal, Servini no tenía objeción en que Menem usara la palabra peronista, pues explicó que a treinta años de la muerte de Perón “el vocablo peronista no constituye ya la derivación de un nombre sino la definición de una doctrina política, de una determinada ideología”.

¹⁷¹ “Los símbolos del PJ quedarían sin dueño”. *La Nación*, sábado 22 de febrero de 2003.

¹⁷² “Ideas mellizas, robadas, igual”. *Clarín*, miércoles 16 de abril de 2003.

2.4. Las campañas de las elecciones presidenciales

Como acabamos de ver, el largo y complicado proceso de las elecciones internas justicialistas finalizaron con la sentencia de la Justicia Electoral de que el PJ tendría que presentarse fragmentado en tres Frentes distintos a las elecciones presidenciales del 2003 y además que ninguno de ellos podría hacer uso del sello y de los símbolos justicialistas. Pero este hecho no imposibilitó que en los discursos y actos de las campañas presidenciales estuvieran presentes en más de una ocasión la tradicional marcha peronista, las imágenes, alusiones discursivas al General Juan Domingo Perón y a Evita Perón, y, en general, la serie de reivindicaciones que comenzaron a ponerse en juego desde las internas justicialistas. De hecho, como vimos, los nombres de los Frentes de cada candidato, si bien no hacían uso de la palabra “peronista”, sí incluían otras que de una u otra forma dejaban entrever ciertas huellas de peronismo que se trataba de reivindicar.

De esta manera, tal como mencionamos en su momento, lo que parecía estar en juego no era en sí la reivindicación del Partido Justicialista, sino la de un peronismo que a lo largo de los años se ha consolidado como un movimiento de distintas expresiones. Y, como veremos a continuación, en las campañas presidenciales, si bien, en mayor o menor medida, los tres candidatos apelaban a aquel peronismo, cada uno trataría de hacerlo de distinta manera, ya fuese defendiendo o atacando a sus rivales a través de la recuperación de una (o algunas) de esas distintas expresiones o imágenes.

2.4.1. Adolfo Rodríguez Súa. *El peronismo “folklórico” y actualizado*

En medio de la lucha por los símbolos Rodríguez Súa llegó a plantear:

“La Argentina está como en 1945, cuando el país y su tejido social estaban destruidos aunque había poderío económico. Hoy tenemos la economía destruida. En el 45 hubo una gran necesidad de cambio y un gran temor. O se producía el 17 de Octubre o dejábamos a la Argentina como estaba”.¹⁷³

¹⁷³ “El Adolfo en campaña: actos cortos, mil saludos y un puñado de ideas”. *Clarín*, martes 4 de febrero de 2003.

Al respecto, el columnista Alberto Amato del diario *Clarín* se preguntaba: “¿Se siente otro Perón? ¿De verdad siente que todo está como en el 45? Por las dudas, levanta aquellas banderas [y] las de Eva Perón”.¹⁷⁴ Pero las palabras de Rodríguez Súa, arriba señaladas, no era lo único por lo que más de uno llegó a asociarlo con el estilo político del “peronismo histórico”,¹⁷⁵ sino también por sus maniobras políticas anunciadas durante su efímera presidencia, su estilo de discurso político y su liderazgo caudillista y carismático. Es importante resaltar este punto porque no obstante que la campaña de Rodríguez Súa no apostó tanto a homenajes, imágenes o citas que aludieran a Juan Domingo Perón y Eva Perón, si confió plenamente en su liderazgo carismático. Por esta razón, a unos días de que fueran los comicios, Melchor Posse, su compañero de fórmula, no tenía “dudas sobre la herramienta que les permitiría hacer diferencia: el carisma del Adolfo: ‘Tiene el arrastre que en su momento hizo ganadores a Perón y a Alfonsín’.”¹⁷⁶

Sin embargo, el que Rodríguez Súa depositara gran confianza en su carisma, como arma fundamental, no significaba que dejara de recurrir a otras estrategias en su intento de captar votos. Así, al definir su modelo político como “peronista, nacional y popular”, buscaba llamar la atención del más tradicional electorado peronista. Aunque claro está, que para ganar la elección presidencial no podía limitarse a apelar únicamente a este sector del electorado, razón por la que también convocaba a “los pobres, los indígenas, los marginados, los jubilados, los excluidos, los discapacitados, los inundados, los jóvenes y todos los discriminados del país”.¹⁷⁷ Otra vez la sombra del 45, diría Amato, sugerencia que no estaba mal fundada, ya que recordemos que, en el momento de su surgimiento, el peronismo fue una fuerza política que no sólo convocaba a los trabajadores (su principal base social) sino a una amplia y heterogénea gama social. De esta forma, Rodríguez Súa hacía uso de uno de los principios políticos tradicionales del peronismo: defender el interés del pueblo. Aunque es necesario señalar que lo actualizaba de acuerdo con un discurso global reciente en el que

¹⁷⁴ *Idem.*

¹⁷⁵ Cfr. Orlando D’Adamo, Virginia García y Gabriel Slavinsky, *Comunicación política y campañas electorales. Estrategias en elecciones presidenciales*. Ed. Gedisa, España, 2005, p. 91. También véase Ángel Rodríguez Kauth, “Elecciones presidenciales en Argentina 2003” en *Politeia* [online], vol.26, no.31, 2003, p.183-204. Disponible en: <http://www2.bvs.org.ve>. (Consultado en noviembre de 2007)

¹⁷⁶ “Rodríguez Súa apuesta todo a la TV”. *La Nación*, domingo 13 de abril de 2003.

¹⁷⁷ *Idem.*

surgían nuevos actores sociales que buscan ser tomados en cuenta (o se han hecho tomar en cuenta) por un sistema político, económico y social excluyente.

Por su parte, el proyecto político y económico de Rodríguez Súa también nos permite entrever cierto tipo de peronismo que asumía. Estas propuestas estaban contenidas en un paquete de 100 medidas estatistas y que, en caso de volver al poder, decía iba a aplicar en sus primeros 100 días como presidente. El que estas propuestas fueran calificadas por la prensa como “keynesianas” y no como “peronistas” fue algo que el candidato a gobernador de Buenos Aires (y por supuesto simpatizante de Súa), Aldo Rico, trataría de sortear al sugerir que “Perón era keynesiano”.¹⁷⁸ Y como peronista, Súa no podía dejar de defender los principios básicos del justicialismo en lo que fuera su plataforma electoral:

“Defenderemos la cultura nacional, promoveremos las industrias culturales, democratizaremos la titularidad de los medios, asegurando el acceso popular a las tecnologías de la comunicación social, reorientando la educación hacia la comprensión del mundo, la defensa del patrimonio nacional, **la independencia económica, la soberanía política, la justicia social**, la felicidad del pueblo y la grandeza de la nación en el marco de la patria grande”.¹⁷⁹

Así, defendiendo el interés del pueblo, los principios básicos de la doctrina justicialista, pero principalmente depositando toda su confianza en su estilo de liderazgo carismático, Rodríguez Súa parecía recuperar algunas de las características más “folklóricas” del peronismo, aunque, igualmente importante, a través de un discurso actualizado a una nueva realidad social.

2.4.2. Carlos Menem. El giro discursivo a “los que se quedaron en el 45”

Resulta interesante cuestionarnos el porqué Menem, en lugar de mantener una lucha exhaustiva contra Duhalde para que se realizaran las elecciones internas, no optó mejor por presentar su candidatura por fuera del PJ. “Yo voy por adentro o no voy por ningún

¹⁷⁸ “Súa confía en el voto de los pobres”. *Clarín*, jueves 24 de abril de 2003.

¹⁷⁹ Plataforma Electoral de Frente Movimiento Popular y Nacional. Disponible en: <http://www.pjn.gov.ar>. (Consultado en noviembre de 2007) [Las negritas son nuestras].

lado”,¹⁸⁰ afirmó en alguna ocasión el ex presidente. Al respecto, podemos argumentar dos razones fundamentales: por un lado, porque Menem se sentía con la suficiente fuerza al interior del partido como para ganar las internas a cualquier contendiente (posibilidad que Duhalde no quiso comprobar); y por otro lado, porque, como consecuencia de sus años de gobierno, Menem contaba con un amplio desprestigio entre la población, lo que seguramente lo hacía perfilarse con mínimas posibilidades de obtener un resultado favorable en las elecciones si se presentaba por fuera. En efecto, ser el candidato del PJ ampliaba sus opciones, pues pensaba que al menos así tendría seguro el voto del tradicional electorado peronista. Sin embargo, este anhelo sería frustrado por la resolución del Congreso Nacional Justicialista (convocado por Duhalde) y por la posterior ratificación judicial de la jueza Servini de Cubría de que las internas serían anuladas y que nadie podría usar el sello del PJ. De esta forma, todo parecía indicar que Menem había sido el menos favorecido de la polémica de las internas y del uso de los símbolos. De cualquier manera, seguía en la lucha por la presidencia, en la cual continuaría hasta cierto punto la rivalidad con Duhalde, pero ahora también con “el candidato oficial”: Néstor Kirchner.

Félix Suazo nos dice que “la memoria se construye selectivamente y está sujeta a los imperativos y propósitos de un presente que busca su legitimación en pretéritos idealizados”.¹⁸¹ Y efectivamente, dado que Menem ya no podría contar con el respaldo del aparato político ni con la simbología del PJ, el propósito que ahora trataría de perseguir (al menos en primera instancia) era legitimarse frente al tradicional electorado peronista –para así captar su valiosísimo voto- y, a la vez, descalificar a sus rivales políticos; aunque todo esto lo haría sirviéndose de la luz del pasado. Así, al referirse al Congreso Nacional Justicialista, Menem diría que “fue una vergüenza, un Congreso trucho, totalmente trucho. No respetó la herencia que nos dejó Perón, [por lo que aquellos que] levantaron las voces en nombre de Perón no merecen ser llamados peronistas”.¹⁸² Pero no solamente les negaba el título de peronistas por haber traicionado la herencia de Perón, sino que comparaba la resolución del Congreso con los golpes militares que derrocaran al peronismo en 1955 y

¹⁸⁰ “El PJ rechazó los decretos electorales”. *La Nación*, jueves 15 de agosto de 2002.

¹⁸¹ Félix Suazo, “Usos políticos de la memoria: devoción, desdén y asedio de las estatuas” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 11, N° 2, mayo-agosto 2005, pp.251-257, p. 256.

¹⁸² “Menem ataca: ‘No respetan la herencia de Perón.’” *Clarín* domingo 26 de enero de 2003.

1976: “El PJ fue proscripto por un gobierno militar, y ahora vuelve a suceder en un gobierno que se dice democrático”.¹⁸³

Asimismo, Menem exhibió un spot o mensaje televisivo donde pretendía mostrarse como una víctima que sufría las mismas acusaciones políticas que Juan Domingo Perón, pero que como este último, saldría adelante. A continuación se describe este spot:¹⁸⁴

Video	Audio
<p>Pantalla negra. «LADRÓN, TIRANO, COBARDE» Imágenes de Perón con uniforme militar. Saludando y en marchas. Con Evita en el Balcón. Grandes manifestaciones aplaudiendo y moviendo banderas. Más imágenes del General.</p> <p>«HOY LA HISTORIA SE REPITE»</p> <p>Aparecen las caras en primer plano de Carrió, Rodríguez Súa, López Murphy, Kirchner y Duhalde.</p> <p>Menem saludando a niños. Y otras imágenes sonriendo.</p>	<p>Voz en off Ladrón, tirano, cobarde..., todas estas infamias se dijeron del general Perón, pero nada, absolutamente nada, lo alejó de su pueblo, ni nadie pudo hacer que él no siguiera luchando hasta el último día de su vida por un país más justo.</p> <p>Hoy la historia se repite.</p> <p>Mientras todos luchan contra un hombre, ese hombre lucha por la Argentina.</p> <p>El 27 de abril, Carlos Menem.</p>

Lo primero que salta a la vista de este intento de legitimación de Menem es que lo hacía precisamente a través del pasado que criticara duramente durante su gobierno. Anteriormente ya habíamos señalado cierto indicio de este viraje en el discurso menemista con respecto al que sostuviera años atrás. Pero ahora, observamos que Menem presentaba ya claramente un discurso que, según creemos, obedecía a que estas elecciones se ubicaban en un contexto distinto al que le permitió que dieran fruto las imputaciones que formulara

¹⁸³ “Menem pasó por Santa Fe con elogios a Reutemann”. *Clarín*, sábado 1 de marzo de 2003.

¹⁸⁴ En una detallada investigación sobre la función de la comunicación política en las campañas electorales, Virginia Beaudoux, Orlando D’Adamo y Gabriel Slavinsky nos explican que, en tiempos recientes, las campañas electorales han dado un vuelco en cuanto a la forma de organización; es decir, se percibe un giro de las campañas tradicionales, donde se recurre al uso intensivo de recursos humanos y territoriales, hacia un estilo más americano, en el que el marketing político y los medios de comunicación juegan un papel fundamental. En efecto, “los spots [televisivos] son un componente central de las campañas presidenciales actuales”. Orlando D’Adamo, Virginia García y Gabriel Slavinsky, *Comunicación política...*, op. cit., p. 42. (El cuadro fue tomado de esta misma fuente), p. 152.

en contra del peronismo que “se había quedado en el 45” (con todo los significados que esto implicaba). Así, el Menem de las elecciones presidenciales del 2003 tenía que adecuarse a este nuevo contexto reivindicando lo que antes deslegitimó.

No obstante, la imagen del Menem neoliberal, del Menem de los años 1990, era un pasado-inmediato que definitivamente aún estaba muy presente y que difícilmente podía borrarse de la memoria pública del país. De esta forma, buscando justificar o explicar ese pasado que tantos problemas le traía en el presente, Menem respondía a la pregunta de un embajador europeo acerca de cómo podían convivir en un partido la visión neoliberal de Menem con otras diametralmente opuestas: “Yo no soy neoliberal, soy peronista. El peronismo no es estático, se acomoda a los tiempos; tiene su esencia en el cambio”.¹⁸⁵ De esta manera, Menem hacía alusión a esa particularidad del peronismo que vimos en el capítulo anterior: que es un complejo fenómeno político que a lo largo de su trayectoria histórica ha tenido diversas manifestaciones o transformaciones.

Por otra parte, volvemos a insistir que el triunfo en las elecciones presidenciales no dependía únicamente del voto peronista, sino que también estaba en función de poder captar el mayor número de votos posible del resto del electorado. Este problema no le sería fácil de resolver a Menem pues, con excepción de los sectores que resultaron beneficiados (los menos) por la aplicación de las políticas neoliberales en sus años de gobierno, en general contaba con una mala imagen entre el grueso de la población (principalmente entre los segmentos de la clase media urbana independiente). Siguiendo este objetivo, Menem llegó a prometer que daría solución a problemas como la ingobernabilidad, inseguridad, el desempleo, la pobreza y el hambre. Si bien, actualmente, es común escuchar en muchos discursos de campaña que estos problemas serán prioridades a combatir, resulta significativo que lo dijera Carlos Menem, ya que difícilmente podía negarse que estos problemas eran algunos de los peores saldos de su gobierno, y como lógicamente estaba descartada la mínima autocrítica, por esta razón decía que “desde el gobierno se aplica una política de destrucción de todo lo que hicimos. Este modelo solo produjo miseria, pobreza, hambre y desocupación. Es lo único que hizo usted, doctor Duhalde”.¹⁸⁶

¹⁸⁵ “Un ping-pong con los embajadores europeos”. *La Nación*, martes 28 de enero de 2003.

¹⁸⁶ “El 27 de abril daremos un paseo, dijo Menem”, *La Nación*, domingo 6 de abril de 2003.

Finalmente, el cierre de campaña de Carlos Menem, realizado en el estadio del River Plate, sería un acto totalmente plasmado de peronismo. El evento estuvo adornado por dos imágenes gigantes de Juan Perón y de Eva Perón, y dos más de ellos mismos (pequeñas éstas) en el atril ocupado por Menem. Pero no sólo con la puesta en escena Menem trató de exaltar su imagen peronista, sino también con un discurso en el que afirmaba que “cerrar la campaña electoral del *verdadero justicialismo*, y no del falso, acá en River ya es una cábala”.¹⁸⁷ Como podemos observar, no sólo descalificaba a sus rivales comparándolos con militares, sino también tachándolos de ser “falsos peronistas”, mientras que al mismo tiempo se reivindicaba como el “verdadero justicialista” y, además, el mejor discípulo de Perón: “Carlos Menem es el auténtico y mejor discípulo del teniente general Juan Domingo Perón y de Eva Perón”.¹⁸⁸

2.4.3. Néstor Kirchner. El peronismo de izquierda

A pesar de que en un principio Néstor Kirchner adoptó una postura crítica ante las maniobras de Duhalde, no vaciló al momento en el que el presidente le ofreciera el valioso apoyo de su aparato político para presentar su candidatura. No dudó pues sabía que este respaldo le garantizaba amplias posibilidades de vencer a Carlos Menem en las elecciones internas. Pero una vez que éstas fueron anuladas, quizá el apoyo duhaldista ya no tenía la misma trascendencia y así la pelea contra Menem sería más directa. Por ende, su discurso estaría centrado en atacar al que ahora sería su principal contendiente.

La línea discursiva de Kirchner continuó siendo la de acusar a Menem de ser el responsable de los estragos políticos, económicos y sociales que contrajo la aplicación del modelo económico neoliberal. Pero, según Kirchner, Menem no sólo representaba uno más de los que aplicaron ese modelo económico que surgió con el golpe militar de 1976, sino que era quien lo llevó a su punto más alto, quien lo consolidó: “Todo el pueblo sufrió la angustiosa década del 90 en la consolidación de ese proyecto que nació en 1976”.¹⁸⁹ Esto

¹⁸⁷ “Menem cerró en River con el mayor acto de toda la campaña”. *Clarín*, viernes 25 de abril de 2003. (Las cursivas son nuestras).

¹⁸⁸ “Menem: soy el mejor discípulo de Perón”. *La Nación*, viernes 25 de abril de 2003.

¹⁸⁹ “Kirchner llamó a votar contra el modelo económico de los 90”. *Clarín*, viernes 25 de abril de 2003.

cobra mayor trascendencia si tomamos en cuenta el hecho de que dicho modelo vio la luz a costa del derrocamiento de un gobierno peronista, y tal vez en este sentido podamos entender mejor que Kirchner dijera que era “difícil pensar que el peronista común le perdona a Menem haberse pasado al enemigo ultraliberal con armas y bagajes”.¹⁹⁰ Aunque vale la pena recordar que dentro de ese bando enemigo se encontraban personajes que tradicionalmente han representado al antiperonismo. Es por eso que Kirchner prometía que “nunca más nos van a cambiar a Evita por María Julia Alsogaray”.¹⁹¹

Asimismo, para diferenciarse de Menem y resaltar la manera en que un peronista debía asumir su doctrina, Kirchner aseveraba en sus discursos que a Perón y a Evita no se le reivindicaba únicamente con la palabra, sino más bien en la forma de gobernar:

- “Estoy cansado de escuchar que hablan de Perón pero cuando llegan al Gobierno aplican las políticas neoliberales”.¹⁹²
- “Sigo sosteniendo que de Perón y Eva Perón hay que acordarse cuando se gobierna y no cuando se habla”.¹⁹³

Podemos intuir que en este sentido estaban pensadas las propuestas que Kirchner decía que llevaría a cabo en caso de ganar las elecciones, las cuales denominaba como un “modelo nacional y popular” y que dejaban entrever cierta reminiscencia de las políticas aplicadas durante el gobierno de Perón: programas de impulso a la exportación y la producción nacional, “reformas del Estado con redefinición de roles y funciones efectivamente cumplidas por el Estado Nacional”,¹⁹⁴ la recuperación de los ferrocarriles y del control de la producción y explotación petroleras, por mencionar algunas.

Así, esta línea de acordarse de Perón no tanto en las palabras sino en los hechos, era una forma de asumir el estilo de conducción y de acción política del peronismo: el pragmatismo. Y, recordemos que en la conducción y acción política del peronista lo

¹⁹⁰ “Es difícil que el peronista común perdona a Menem: dijo Kirchner”. *Clarín*, lunes 24 de marzo de 2003.

¹⁹¹ “Kirchner copó River en el acto más grande de la campaña”. *Clarín*, jueves 3 de abril de 2003.

¹⁹² “Promesas de Kirchner en el Chaco”. *Clarín*, martes 15 de abril de 2003.

¹⁹³ “Kirchner lanzó su plan y prometió fundar la Argentina de la igualdad”. *Clarín*, miércoles 23 de abril de 2003.

¹⁹⁴ Plataforma Electoral del Frente para la Victoria. Disponible en: <http://www.pjn.gov.ar> (Consultado en noviembre de 2007)

primordial es la Patria. Por esta razón, Kirchner insistía en que no aspiraba “al triunfo justicialista sino al triunfo de todos los argentinos [porque] llegó la hora de la Patria, de los trabajadores, de los sectores medios, de los empresarios nacionales, de los intelectuales, los profesionales, los estudiantes”.¹⁹⁵ Pero además, Kirchner trataba de demostrar lo peronista de su conducción política al jactarse de que él mantenía un estrecho vínculo con la más tradicional base social del peronismo, mientras que Menem “no podría entrar a las fábricas y hablar con los trabajadores como lo hacemos nosotros, si apenas puede salir a la calle rodeado de guardaespaldas”.¹⁹⁶

El cierre de campaña del Frente para la Victoria sería celebrado en La Matanza, donde Kirchner convocó a los “todos los argentinos” a votar en contra del modelo económico de los años 1990, es decir, el de Menem:

“Está en juego mucho más que un candidato. El pueblo tiene que optar entre dos modelos diferentes; el de la concentración económica, que trajo el hambre y la falta de trabajo a nuestro pueblo, y el modelo de la producción y el trabajo”.¹⁹⁷

De tal manera, Kirchner exponía estos dos modelos: uno que desfavorecía una de las principales prioridades del peronismo, el trabajo, y otro en el que éste parecía ser un punto primordial a seguir; dos modelos que representaban dos pasados distintos, pero sólo uno de ellos era el que prometía defender los ideales peronistas.

El día previo a los comicios cada candidato optó por pasar un momento agradable y relajado: Kirchner, compartiendo un asado con amigos y familiares; Menem, disfrutando una tarde de golf; y Rodríguez Sáa, aguardando en su hogar. Después de muchos reveses, el 27 de abril se efectuaron las elecciones presidenciales. Las encuestas previas auguraban que sería una elección muy cerrada, pues según sus números ninguno de los candidatos reuniría la mayoría necesaria para imponerse ese día.

¹⁹⁵ “Kirchner llamó a votar contra el modelo económico de los 90”. *Clarín*, viernes 25 de abril de 2003.

¹⁹⁶ “En campaña, Kirchner se muestra en fábricas y talleres”. *Clarín*, martes 11 de marzo de 2003.

¹⁹⁷ “Kirchner llamó...”, *op. cit.*

Finalmente, se sabrían los resultados en los que la fórmula Rodríguez Súa-Melchor Posse del Movimiento Nacional y Popular obtuvo el 14.11%; la fórmula Kirchner-Scioli del Frente para la Victoria el 22.24%; y la fórmula Menem-Romero del Frente por la Lealtad el 24.45% del total de los votos. Al respecto, es importante resaltar el hecho de que, en conjunto, los candidatos provenientes del PJ concentraban el 60% del total de los votos,¹⁹⁸ lo que nos permite corroborar el papel protagónico que desempeñó el peronismo en estas elecciones y en este momento de la vida política nacional. Pero dado que ninguno de los candidatos había obtenido la mayoría suficiente, los comicios se tuvieron que extender a una segunda vuelta (ballotage),¹⁹⁹ programada para el 18 de mayo de 2003, en la que se enfrentarían Kirchner y Menem.

2.5. El ballotage

El hecho de que fueran dos justicialistas los que llegaban a la segunda vuelta, no dejó lugar a dudas a las suposiciones de que estas elecciones no eran más que el espacio en el que el Partido Justicialista solucionaría su frustrada interna a nivel nacional. El mismo Menem lo declaró en una entrevista al diario *Clarín*: “[...] ahora estamos en una elección distinta [en referencia al ballotage]. Hemos ganado la interna del justicialismo, porque aquí no sólo hubo una elección general”.²⁰⁰ Pero de esta entrevista, no es lo único que llama nuestra atención, pues al final de ésta Menem decía: “Con Kirchner, vuelve el peronismo de la violencia, el de los 70, que dio como resultado el golpe. Con nosotros, regresa el de la paz, la convivencia”.²⁰¹ Con estas palabras daría comienzo a la recuperación de un momento del pasado peronista que se volvería el eje discursivo y la memoria que politizaría el tramo final de los comicios: el peronismo de los años 1970.

¹⁹⁸ Otros resultados importantes fueron los obtenidos por las fórmulas: López Murphy-Gómez Díez del Movimiento Federal Recrear (MFR) con el 16.37%; Carrió-Gutiérrez de la Alternativa para una República de Iguales (ARI) con el 14.04%; y Moreau-Losada de la Unión Cívica Radical (UCR) con el 2.34%.

¹⁹⁹ El sistema de doble vuelta electoral, conocido como ballotage, se incorporó en la Constitución Nacional de Argentina en el año 1994, como fruto del Pacto de Olivos, que sellaron Raúl Alfonsín y Carlos Menem. Sin embargo, este sistema ya había estado vigente en el año 1973, producto de una enmienda constitucional impuesta un año antes por el gobierno militar del general Alejandro Lanusse.

²⁰⁰ “Menem: con un triunfo de Kirchner volverá el peronismo de la violencia”. *Clarín*, miércoles 30 de abril de 2003.

²⁰¹ *Idem*.

De esta manera, Menem trataba de sacar a relucir el pasado de Kirchner como integrante del Movimiento Peronista Montoneros, y así se refería a los candidatos del Ballotage: “uno era del montonerismo (por Kirchner) y otro (por él) de los que supo luchar contra los Montoneros”.²⁰² En suma, la fórmula parecía ser: con Kirchner, montonero, la violencia; con Menem, el “verdadero justicialista”, la paz.

Ante estas acusaciones, Kirchner reconocía que en los años 1970 había militado en la denominada “Tendencia Revolucionaria”,²⁰³ de lo cual no estaba arrepentido. En una entrevista se defendía de esta forma: “Con esas declaraciones, en la Argentina hay 30.000 desaparecidos. Con ese macartismo, hay muchos hogares en la Argentina quebrados. Yo jamás me arrepiento de mi pasado. Lo que pasa que este señor juró por los montoneros y después se abrazó con el ex hombre fuerte del tercer gobierno justicialista, José López Rega”.²⁰⁴

En efecto, a través de la luz del peronismo de los años 1970 (un momento en el que al interior del peronismo se manifestó la lucha entre sectores de izquierda y de derecha pero que igualmente decían ser peronistas) parecía ser que se proyectaba una imagen del pasado que igualmente correspondía a la de las posturas políticas del presente que probablemente representaba cada candidato: Kirchner una presunta postura de izquierda, considerando que asumía y reivindicaba ese pasado en la militancia montonera; y Menem, (quien en algún momento llegó a decir “la derecha, eso me gusta”) esa derecha que luchó contra los montoneros y que estaba asociaba con López Rega. Pero esto último, señalado por Kirchner, seguramente tenía una clara intención acusadora y desacreditadora, pues el momento en que López Rega estuvo involucrado en el gobierno peronista de Isabelita, fue el momento de la crisis y el derrumbe del peronismo.

Por su parte, no está demás señalar que detrás de esta discusión que hemos analizado es igualmente posible apreciar cierta reminiscencia de la muy debatida “Teoría de los dos demonios”,²⁰⁵ ya que en las afirmaciones de ambos candidatos estaban presentes

²⁰² “Menem: gané en la primera vuelta y me voy”. *La Nación*, miércoles 14 de mayo de 2003.

²⁰³ Recordemos que la Tendencia Revolucionaria fue el nombre con el cual se identificaba el sector de la izquierda peronista en los años 1960 y 1970.

²⁰⁴ “Kirchner respondió a las declaraciones de Menem”. *La Nación*, miércoles 14 de mayo de 2003.

²⁰⁵ Este es el nombre con el que se conoce a la interpretación histórica que imperó durante la década de los años 1980 y mitad de la de los 90 acerca de las causas del enfrentamiento y la violencia que sufrió la sociedad argentina antes y durante la dictadura militar de 1976. Sobre este tema véase: José Manuel Barrio Terol,

algunas acusaciones y figuraban algunos representantes de los demonios de la ultraizquierda (Montoneros) y de la ultraderecha (López Rega) quienes protagonizaron los trágicos sucesos que tuvieron lugar durante gran parte de los años 1970.

A una semana del día de la votación, las encuestas de los diarios más importantes del país aseguraban que Kirchner superaba a Menem por una diferencia porcentual de aproximadamente 40 puntos. Esta situación provocó que al interior del menemismo se fijaran dos posturas: por un lado, los que, ante lo abrumador de las encuestas, abogaban porque Menem abandonara el ballottage; por el otro los que presionaban para que no desistiera, sin importar los resultados.

La incertidumbre frente a una posible renuncia de Menem creó cierta tensión política y económica al creer que esto podría devenir en una inestabilidad institucional. En medio de este clima, en un acto con los fiscales de La Matanza, a pesar de que negaba las versiones de su renuncia, en algunos momentos las palabras de Menem dejaban un aire de despedida: “He corrido la carrera, he conservado la fe, he dado un muy buen combate. Lo mismo voy a decir cuando deje la política”.²⁰⁶

Después de mucho pensar y discutir, Carlos Menem decidió hacer pública su renuncia mediante un mensaje televisivo en el que justificaba las razones de su decisión. “Como decía la compañera Evita, renuncio a los honores y a los títulos, pero no a la lucha”,²⁰⁷ dijo en una parte del discurso.

De esta forma, dada la renuncia de Menem, Kirchner sería el próximo presidente de Argentina. Y pareciera ser que el hecho de que Kirchner asumiera la presidencia justamente el mismo día en que se cumplían 30 años de la asunción de Héctor J. Cámpora, era como si la serie de reivindicaciones que estuvieron en juego en estas elecciones principales hubieran concluido en la fecha ideal para su consolidación. No obstante, llama la atención que en su discurso de asunción, Kirchner en ningún momento haya hecho mención de Juan Perón, Evita Perón ni ninguna alusión al peronismo en general. Quizá pueda pensarse que se trató de un acto de congruencia con su convicción de que a Perón no se le recuerda únicamente

“Insurgencia y represión. Acerca de la teoría de los dos demonios”, en *Historia Actual On Line*, N° 8, otoño 2005, pp. 91-104. Disponible en: <http://www.historia-actual.com> (Consultado en septiembre de 2008)

²⁰⁶ “Menem tuvo que salir otra vez a negar que se baje: ni lo piensen”. *Clarín*, martes 13 de mayo de 2003.

²⁰⁷ “Renuncio a los títulos, pero no a la lucha”. *La Nación*, jueves 15 de mayo de 2003.

con las palabras, sino cuando se gobierna, lo que es una forma de reivindicar el que acaso sea el estilo característico de la conducción política peronista: el pragmatismo.

Recapitulando

Las elecciones internas del Partido Justicialista implicaron un largo y complicado proceso en el que estuvo en juego mucho más que la propia representación del partido. Y es que, dado que el justicialismo parecía ser el mejor librado de un desprestigio que acosaba al sistema partidario, en estas internas tal vez no sólo se estaría disputando la representación de este partido, sino la presidencia misma. Pero, a su vez, esta situación ofrecía un escenario propicio en el que ciertos sectores del peronismo encontraron una oportunidad para intentar dejar atrás todo un pasado de deslegitimaciones en contra del pasado peronista previo a la muerte de Juan Domingo Perón. De esta forma, sería a través de la conmemoración del aniversario luctuoso de Evita Perón como daría comienzo un experimento de “peronización” de una sociedad que, en su mayoría, no se sentía convencida o satisfecha por las fuerzas políticas disponibles en ese momento. Persiguiendo tal objetivo, podemos entender que en estos eventos se pronunciaran discursos conciliadores, en los que se expresaba que para salir de la crisis en que vivía el país era necesario pasar por alto las diferencias que desunían a los argentinos, razón por la que se interpelaba no sólo al electorado peronista, sino a diversas fuerzas políticas y a un amplio sector de la sociedad; no obstante, en este cometido de salir de la crisis, el peronismo era quien jugaba el papel protagónico.

Es importante recalcar que en estos discursos se exaltaba el importante papel que desempeñaría el “peronismo” y el “Movimiento Nacional y Popular” mas no el “Partido Justicialista”, y si a esto le agregamos el hecho de que dos de los postulantes advertían la posibilidad de presentar su candidatura por fuera y la insistencia de uno de ellos por diferenciarse de la burocracia partidista, podemos deducir que la reivindicación que estaba en juego no era la del partido en sí, sino la de algo más extenso y complejo: un movimiento que se desde su surgimiento se consolidó trascendiendo los límites de un agente político-social en específico.

Ahora, si bien es cierto que estas reivindicaciones al peronismo surgían para hacer frente a varios años en los que fue deslegitimado, las críticas y acusaciones sólo estarían dirigidas a un periodo en específico: aquella década de 1990 en la que, a pesar de que fuera un gobierno peronista el que estaba al frente, la serie de medidas políticas aplicadas estuvieron lejos de ser compatibles con las ideas y principios tradicionales del peronismo. Pero además, se trataba de un gobierno que llegó a burlarse de “quienes se habían quedado en el 45”, por lo que al recuperar el valor del Día de la Lealtad, el peronismo encontró el perfecto referente de identidad con el cual enfrentar a ese pasado y mandar un claro mensaje a la sociedad y a las otras fuerzas políticas: que el peronismo estaba de vuelta. Fue por esta razón que en los discursos pronunciados en estas conmemoraciones hubo una serie de reivindicaciones del peronismo asegurando resguardar su unidad, prometiendo levantar las banderas de Perón y Evita, recordando los principios por los que luchó en su surgimiento y comparando la situación que vivió Argentina a mediados de siglo XX con la del presente. Así, resulta igualmente importante resaltar que a pesar de que en el 17 de octubre del 2002 se hicieron evidentes las fisuras y discrepancias entre los precandidatos justicialistas, la celebración de esta fecha sirvió como un punto de identidad pero en relación a los antiperonistas, radicales, la Alianza, y por su puesto a la década menemista.

Sin embargo, esta década a la que se estaba criticando estaba personificada en el que se perfilaba como el principal rival a vencer en las internas, Carlos Menem, quien igualmente conmemoró la fecha fundacional del peronismo, aunque con la gran diferencia de que no lo hizo con la intención de reivindicar ese pasado que algunos años atrás no dudó en menospreciar, sino como parte de un intento por legitimar su propia imagen peronista que reiteradamente fuera puesta en duda por sus rivales de partido.

Por su parte, la lucha que surgió entre los tres candidatos del justicialismo por los símbolos de su partido nos muestra la importancia del significado que englobaba la imagen y el nombre de Juan y Eva Perón en un momento en el que las políticas desarrolladas desde un cuarto de siglo atrás no habían logrado más que amplios sectores de la sociedad desconfiaran de ellas. Así, parecía ser que el peronismo reaparecía, tras varios años de deslegitimación, en un escenario transformado que le permitía decir que estaba de vuelta para intentar dar solución a los problemas que aquejaban al país. Y los símbolos que

representan al peronismo eran un medio para que, al momento de votar en las próximas elecciones, la sociedad tuviera en cuenta dicho mensaje.

Los usos políticos que se le pueden dar al pasado siempre están en función de los intereses del presente, por lo que a la luz de lo que representaban los símbolos justicialistas en ese momento, Kirchner, Menem y Rodríguez Súa intentaban captar los votos no sólo de los electores que, por tradición personal o familiar, sufragan por el peronismo (lo que creían por demás seguro), sino también los del resto del electorado. Sin embargo, la Justicia Electoral decretaría que ninguno de los candidatos podría hacer uso del sello ni de los símbolos justicialistas, hecho que no impidió que en los actos y discursos de las campañas presidenciales (incluso en los nombres de los propios Frentes) estuvieran presentes palabras y simbolismos que dejaban vislumbrar la presencia del peronismo; aunque, como fue posible advertir, si bien se trató de la recuperación de un pasado en común, el pasado peronista, fueron distintos los fragmentos recordados y reivindicados, así como fueron diversas sus respectivas representaciones: no hay visión única del pasado, ni recuperación ingenua, pues la memoria es siempre múltiple y selectiva.

BALANCE Y DISCUSIÓN FINAL

Este trabajo tuvo como motor principal el dar respuesta a varias interrogantes: ¿Cuáles fueron los fragmentos del pasado peronista que estuvieron en juego a lo largo del proceso de las elecciones del 2003? ¿Qué uso político persiguieron estas recuperaciones del pasado? ¿A qué razones obedeció el hecho de que precisamente los tres candidatos del justicialismo fueran los principales contendientes a vencer en los comicios?

Justamente como hablaríamos de peronismo creímos pertinente dedicar el primer capítulo a señalar algunos aspectos relacionados con él. El primero de ellos fue resaltar la importancia de este fenómeno político que, desde su surgimiento, polarizó a la sociedad argentina de un modo inusitado y dejó una profunda huella que hasta el momento no ha podido ser borrada. En efecto, resulta muy complicado que al hacer referencia a la vida política de la Argentina no salga a relucir el peronismo, ya sea para criticarlo o para apoyarlo.

Por otra parte, planteamos la dificultad que implica hablar de peronismo, puesto que es un concepto que engloba una amplia gama de significados y que remite a diversas realidades político-sociales que, incluso, pueden llegar a ser diametralmente opuestas entre sí. Es precisamente a partir de esta gran variedad de connotaciones que el peronismo ha adoptado a lo largo de su trayectoria histórica por lo que se le ha llegado a denominar el “fenómeno de metamorfosis siempre inacabadas”.

Prestando atención a esto último, realizamos un breve recorrido histórico por las múltiples metamorfosis del peronismo, las cuales consideramos podían dividirse en dos grandes fragmentos: el peronismo con Perón y el peronismo sin Perón. En el primero de ellos ubicamos al peronismo nacional-popular (haciendo mención especial de la importancia de Evita Perón), al peronismo de la resistencia, al peronismo revolucionario, y finalizamos con el regreso de Perón al poder; el segundo fragmento estuvo compuesto por la crisis del peronismo con el gobierno de Isabelita, la renovación peronista y la década menemista. Y si tomamos como parteaguas la muerte de Juan Domingo Perón fue porque a partir de ella cambiaría significativamente la lógica que rigió al peronismo a lo largo del primer fragmento que hemos señalado. Así, si bien en un principio el peronismo se caracterizó por ser un movimiento político cuya representación partidista sólo cumplía la

función de ser una herramienta electoral, una vez desaparecido el líder, este fenómeno iría tomando características más institucionales y democráticas en detrimento del carácter movimientista.

Pero además, sugerimos que tras la muerte de Perón es posible apreciar el surgimiento de una serie de deslegitimaciones en contra de ciertas imágenes del pasado anterior a este suceso. Y el primer golpe lo daría la dictadura militar de 1976, pues su instauración fue precisamente a costa del derrocamiento del gobierno peronista y en contraposición de las políticas e ideas comúnmente asociadas a él. Posteriormente, hacia la década de los años 1980, estas críticas también provendrían del interior del propio peronismo con la llamada “renovación peronista”, fracción que, acorde con las exigencias democráticas del momento, atribuyó la derrota electoral que sufriera el peronismo en 1983 a la falta de carácter democrático en la toma de decisiones internas y a la nula institucionalización del partido. El periodo de deslegitimaciones continuaría igualmente durante el gobierno de Carlos Menem quien a pesar de haber prometido durante su campaña “la revolución del trabajo” y “el salarizado” -consignas que un su momento hicieron pensar en el retorno del “peronismo histórico”- una vez en la presidencia declaró ser un peronista que se adaptaba a los nuevos tiempo y por lo tanto distinto de aquellos que se “habían quedado en el 45”. En cuanto a esto último fue importante ubicar los años de la presidencia de Menem en el contexto del auge del discurso neoliberal, ya que sus fuertes críticas en contra del corporativismo y del populismo reforzaron de una u otra manera la deslegitimación al peronismo anterior a la muerte de Perón dado que ambas son rasgos generalmente atribuidos a él.

Serían precisamente los estragos políticos, económicos y sociales de las políticas neoliberales aplicadas durante la década menemista lo que llevaría a amplios sectores de la población argentina a que en las elecciones de 1999 depositaran su confianza en la Alianza, opción que aseguraba ir en contra del proyecto político menemista. No obstante, sus acciones de gobierno no mostraron seguir un rumbo muy distinto al anterior, hecho que al poco tiempo desembocaría en los sucesos de finales de 2001. Este sería el momento con el que comenzamos el segundo capítulo, en el cual sostuvimos la idea de que la convocatoria a las elecciones presidenciales del 2003 ofreció una coyuntura muy particular para el Partido Justicialista: por un lado, porque este partido parecía ser el mejor librado de la crisis

de representación política que devino después de la crisis de finales de 2001, lo que ampliaba sus posibilidades de obtener un buen resultado en las presidenciales; por el otro, porque esta situación favoreció un escenario en el que serían recuperados distintos fragmentos del pasado peronista que fuera deslegitimado sucesivamente durante las dos décadas anteriores.

Ahora, considerando que cuando surge la necesidad de recordar (ya sea para tratar de dar sentido a la identidad de un grupo, explicar los orígenes, legitimar algún poder o abolirlo) nos encontramos con que estamos ante la presencia de un ejercicio que suele venir acompañado por una búsqueda determinada que deriva de las necesidades del momento actual, entonces podríamos preguntarnos ¿cuáles fueron esas necesidades o circunstancias presentes en el proceso de las elecciones presidenciales del 2003 que abrieron la posibilidad y la necesidad de recuperar ciertas imágenes o fragmentos del pasado peronista anterior a la muerte de Perón? Según vimos, para responder a esta interrogante era necesario voltear la mirada hacia el pasado reciente argentino en el que las experiencias políticas acumuladas a partir de 1976 terminarían por producir un intenso y profundo descontento social que encontraría su máxima expresión a finales de 2001, y las elecciones presidenciales del 2003 serían el espacio en el que se trataría de encontrar esa opción política que pudiera dar salida a un complicado y conflictivo presente, en el que se reaccionaba en contra de las posturas autoritarias de la dictadura militar, el desencanto del gobierno radical, la década menemista y el proyecto político-económico que atraviesa a todos ellos: el neoliberalismo. De esta forma, es posible deducir que quienes apostaron por la recuperación de las imágenes de un peronismo nacional-popular, de liderazgo carismático y estilo de conducción pragmática, o revolucionario que cuestiona a quienes detentan el poder, o defensor de la soberanía política, de la independencia económica, de los derechos sociales y del estado interventor, lo harían creyendo que a través de ellas conseguirían legitimarse como esa alternativa que se buscaba para salir de la crisis, ya que al parecer eran memorias capaces de representar muchas de las necesidades y exigencias que estaban en juego en las elecciones del 2003.

Vale la pena mencionar que si bien a mediados de los años 1990 (en plena década menemista) podemos encontrar un primer ensayo de exaltar al “peronismo histórico” (aquel de mediados del siglo XX), de lo cual Eduardo Duhalde fue el principal impulsor, creemos que su impacto no alcanzaría la fuerza suficiente ya que era difícil que este discurso hiciera

eco en un contexto en el que aún el neoliberalismo contaba con un amplio consenso. De cualquier forma, consideramos que resulta importante tenerlo en cuenta pues es un antecedente significativo del tema que tratamos y lo que igualmente nos ayuda a comprender el porqué precisamente la rivalidad Menem-Duhalde sería de gran importancia, no sólo en los hechos, sino también simbólicamente, a lo largo del proceso de las elecciones del 2003.

Por otra parte, pudimos confirmar que las fechas conmemorativas desempeñan un papel fundamental en la activación de la memoria, y que son retomadas, seleccionadas o activadas en función de los intereses y objetivos que persiguen los actores del presente. En este sentido, explicamos que el hecho de que la conmemoración del aniversario luctuoso de Evita Perón haya sido el punto de partida de las elecciones internas del justicialismo dejaba entrever la intención de lograr que el primer vínculo con la sociedad fuera lo más peronistamente posible. A su vez, la celebración del Día de la Lealtad nos demostró que la memoria de un mismo acontecimiento varía según el momento en que sea activada; es decir, que conforme pasa el tiempo el recuerdo del pasado va adquiriendo nuevos sentidos, pues la memoria no cesa de transformarse. Así, si bien el 17 de octubre fue una fecha relegada al olvido durante más de una década, en el 2002 reapareció en una especie de acto “refundacional” para así mandar el mensaje de que el “peronismo histórico” estaba de vuelta. De esta manera, con ambas conmemoraciones se consiguió activar la memoria de un fragmento del pasado peronista que durante las dos décadas anteriores había sido objeto de sucesivas deslegitimaciones, y a través de la cual ciertos sectores del PJ intentarían reivindicarse como la opción que daría salida a la crítica situación por la que atravesaba el país. Con base en lo anterior es posible sugerir que la recuperación del pasado puede llegar a ser una poderosa arma política, a la que se recurre en el intento de justificar, explicar o dar sentido al presente, siempre y cuando se logren articular las demandas y exigencias del ayer con las del hoy.²⁰⁸

Pero al igual que con el caso de las conmemoraciones, fue posible observar que la elección y uso de determinados símbolos y espacios puede estimular decididamente el ejercicio de la memoria, ya que, por decirlo de alguna manera, en ellos han quedado

²⁰⁸ Eugenia Allier, “Las representaciones políticas del movimiento estudiantil de 1968 en el espacio público mexicano, 1968-2007”, mimeo, 2008, pp. 1-44, p. 2.

grabados diversos sentimientos, ideas y significados que evocan actividades, acontecimientos o procesos que tuvieron lugar en el pasado.

Otro punto importante de tener en cuenta es que si bien es cierto que el pasado, lo que aconteció, es inmodificable, los sentidos que éste adquiere al ser recuperado desde el presente siempre van a ser múltiples e incluso contradictorios entre sí. Y precisamente este hecho puede derivar en una lucha entre las diversas memorias por intentar prevalecer en el espacio público sobre el resto de las demás. Esto fue particularmente evidente en la parte final de los comicios donde el peronismo de los años 1970 fue un pasado recuperado tanto por Kirchner como por Menem, pero los sentidos que adquirió a la luz de los intereses y necesidades de cada uno de ellos fueron distintos y contrapuestos entre sí, por lo que cada memoria buscaba dominar sobre la otra.

A partir de lo que hemos visto a lo largo del trabajo, pensamos que es posible derivar la idea de que algunos acontecimientos, procesos, personajes, imágenes o lugares tienen un mayor grado de apropiación que otros, probablemente porque cuentan con cierto carisma o atractivo que les permite perdurar en el tiempo y en la memoria, aunque, claro está, también pueden desactivarse, o parece que se olvidan, si no hay agentes políticos que los utilicen y los reactualicen. Así, de resultar válida esta lógica, podemos comprender el porqué el aniversario luctuoso de Evita Perón y el Día de la Lealtad lograron irrumpir por encima de otras tantas fechas (no por ello menos importantes) del calendario peronista, y también nos daría razón del porqué tanto la fecha fundacional como las imágenes y los nombres de Perón y Evita pudieron reaparecer en los discursos y en el escenario político del 2003 a pesar de que durante los años anteriores llegaron a pasar inadvertidos.

En definitiva, consideramos que la trascendencia de las reivindicaciones que estuvieron en juego en el proceso de las elecciones presidenciales del 2003 la podemos encontrar en el hecho de que fueron las memorias que politizaron un momento de la historia política nacional en el que la crisis que venía arrastrando el país desde varios años atrás no permitía percibir algún futuro con perspectivas claras, y las opciones políticas disponibles tampoco parecían ofrecer los instrumentos necesarios (o al menos deseados) para hacer frente a esta situación. En efecto, podríamos conjeturar que si estas recuperaciones causaron un gran impacto social fue gracias a que logró despertar entre amplios sectores de la sociedad la nostalgia de un pretérito políticamente conveniente, lo

cual puede que nos hable de cierta idealización de aquellos tiempos, pero más que nada pareciera ser que se trataba de un síntoma de la desconfianza en las opciones políticas del presente y de la incertidumbre acerca del futuro.

Queremos concluir resaltando que la elaboración de este trabajo implicó necesariamente un vaivén del pasado hacia el presente y viceversa, no por la necesidad de corroborar lo fidedigno de los recuerdos que estuvieron en juego (el estudio de la memoria no se centra en esto), sino con la finalidad de intentar dilucidar los posibles sentidos o significados que ese recuerdo tuvo en su momento, pero poniendo igualmente atención en los sentidos que el pasado adquiere según las necesidades e intereses de los actores del presente, ya que precisamente a partir del análisis de esta articulación y de los cambios y transformaciones culturales y políticas en que se desenvuelve el acto de recordar es como se consigue “historiar la memoria”.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

a) Periódicos

-*La Nación*, Argentina, 3 de julio de 2002 al 26 de mayo de 2003.

Disponible en: www.lanacion.com.ar (Consultado entre marzo y diciembre de 2007)

-*Clarín*, Argentina, 3 de julio de 2002 al 26 de mayo de 2003.

Disponible en: www.clarin.com (Consultado entre marzo y diciembre de 2007)

-*Página/12*, Argentina, 3 de julio de 2002 al 26 de mayo de 2003.

Disponible en: www.pagina12.com.ar (Consultado entre marzo y diciembre de 2007)

b) Documentos

-Plataforma Electoral del Frente para la Victoria. Disponible en: <http://www.pjn.gov.ar> (consultado en octubre de 2007)

-Plataforma Electoral del Frente Movimiento Popular. Disponible en: <http://www.pjn.gov.ar> (consultado en octubre de 2007)

-Plataforma Electoral del Frente por la Lealtad. Disponible en: <http://www.pjn.gov.ar> (consultado en octubre de 2007)

Fuentes secundarias

a) Bibliografía teórica

- Adler Nanci, "En busca de una identidad: El derrumbamiento de la Unión Soviética y la recreación de Rusia" en Paloma Aguilar Fernández, Alexandra Barahona y Carmen González (eds.) *Las políticas hacia el pasado*, Ed. Istmo, Madrid, 2002, pp. 401-450.

- Aguilar Paloma, *Memoria y olvido de la Guerra Civil Española*, Ed. Alianza, Madrid, 1996.

- Allier Eugenia, "Las representaciones políticas del movimiento estudiantil de 1968 en el espacio público mexicano, 1968-2007", mimeo, 2008, pp.1-44.

_____, "Sara y Simón o la reconstrucción del pasado: el problema de la verdad en la escritura de la historia del tiempo presente", en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, México, volumen 11, número 30, enero-abril 2004, pp. 9-45.

- Calveiro Pilar, "Los usos políticos de la memoria" en Gerardo Caetano (comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, pp. 359-382.

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/caeta/caeta.html> (consultado en junio de 2008).

- Cuesta Bustillo Josefina, *La historia del presente*, EUDEMA, Madrid, 1993.

_____, "Memoria e historia. Un estado de la cuestión" en Josefina Cuesta Bustillo (ed.), *Memoria e historia*, Revista Ayer, N° 32, 1998, pp. 203-245.

- Florescano Enrique, "De la memoria del poder a la historia como explicación", en Carlos Pereyra *et al.*, *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI Editores, México, 2002, pp. 93-127.

- Halbwachs Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Ed. Anthropos, Barcelona, 2004.

- Hartog François, "Órdenes del tiempo, regímenes de historicidad", en *Historia y Gráfica*, Universidad Iberoamericana, núm. 21, 2003, pp. 73-101.

- Herrero de Miñón Miguel, "Símbolos políticos y transiciones políticas" en *Athenea Digital*, N°10, 2006, pp. 172-184. Disponible en: <http://antalya.uab.es/athenea/num10/herrero.pdf>. (Consultado en octubre de 2007)

- Huysen Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, FCE, México, 2002.

- Joutard Philippe, *Esas voces que llegan del pasado*, FCE, México, 1999.

- Jelin Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, SXXI Editores, Madrid, 2002.

_____, "Exclusión, memorias y luchas políticas", en Mato Daniel (comp.) *Cultura, Política y Sociedad. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires, 2005, pp. 219-239.

- Lechner Norbert y Pedro Güell, "Construcción social de las memorias en la transición chilena" en Elizabeth Jelin (comp.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, Ediciones del Sol, Buenos Aires, 2001, pp. 17-46.

- Le Goff Jacques, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*, Ed. Paidós, Barcelona, 1991.
- Pasquino Gianfranco, “Movimiento político”, en Norberto Bobbio, *Diccionario de política*, Ed. Siglo XXI, México, 2000, pp. 1014-1015.
- Rabotnikof Nora “¿Una memoria presentista? (Acerca de una tesis de François Hartog)”, en Maya Aguiluz Ibargüen y Gilda Waldman (coords.), *Memorias (in) cógicas: contiendas en la historia*, UNAM/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2007, pp. 61-83.
- Ricoeur Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, Buenos Aires, 2004.
- Rojo Arias Sofía, “Los usos de la historia: memoria y olvido en los comunicados del EZLN”, en *Perfiles Latinoamericanos*, Vol. 5, N° 009, diciembre 1996, pp. 153-172.
- Sarlo Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. SXXI Editores, Buenos Aires, 2005.
- Suazo, Félix, “Usos políticos de la memoria: devoción, desdén y asedio de las estatuas”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 11, N° 2, mayo-agosto 2005, pp.251-257. <http://antalya.uab.es/athenea/num10/herrero.pdf>. [Consultado 8 de noviembre de 2007].
- Todorov Tzvetan, *Los abusos de la memoria*. Ed. Paidós, España, 2000.
- Wachtel Nathan, “Memoria e historia”, en *Revista Colombiana de Antropología*, volumen 35, enero-diciembre, 1999, pp. 70-90.
- Waldman Gilda, “La cultura de la memoria: problemas y reflexiones”, en *Política y cultura*, UAM-Xochimilco, número 26, otoño 2006, pp. 11-34.

b) Bibliografía sobre Argentina, peronismo, y las elecciones del 2003

- Aguinis Marcos, *El atroz encanto de ser argentinos*, Ed. Planeta, Argentina, 2001. Disponible en: <http://www.clarin.com/diario/especiales/libros/aguinis/aguinisebook.pdf> (Consultado en marzo de 2008)
- Altmann Werner, *El proyecto nacional peronista*, Ed. Extemporáneos, México, 1979.
- Barrio Terol José Manuel, “Insurgencia y represión. Acerca de la teoría de los dos demonios”, en *Historia Actual On Line*, N° 8, otoño 2005, pp. 91-104. Disponible en: <http://www.historia-actual.com> (Consultado en septiembre de 2008)

- Basset Yann, “Las elecciones en la Argentina: entre dispersión política y voto bronca” en *ALCEU*, Vol. 3, N° 6, enero-junio 2003, pp. 266-286. Disponible en: http://publique.rdc.puc-rio.br/revistaalceu/media/alceu_n6_Dossie%20Argentina.pdf. (Consultado en septiembre de 2007)

- Branchetta María Teresa, “La Renovación Peronista. Promesa y decepción del peronismo en los 80”. Trabajo presentado como ponencia en las XI° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA realizada de 19-22 de septiembre de 2007 en la ciudad de Tucumán, pp. 1-20. Disponible en: <http://historiapolitica.com> (Consultado en marzo de 2008)

- Cafiero Antonio, “Historia del peronismo: etapas, máscaras y asignaturas pendientes”, en *Revista Peronistas*, N° 4, 2004, pp. 55-64, p. 58. Disponible en: http://www.cepag.com.ar/pdf/peronistas_5/cafierno.pdf (Consultado en marzo de 2008)

- Cheresky Isidoro, “Argentina. Cambio de rumbo y recomposición política” en *Nueva Sociedad*, N° 193, 2004, pp. 4-16. Disponible en: www.nuso.org (consultado en septiembre de 2007)

- Cockcroft James, *América Latina y Estados Unidos. Historia y política país por país*, SXXI, México, 2001.

- D’Adamo Orlando y Virginia García Beaudoux, “Campañas electorales y efectos sobre la decisión de voto. Un análisis de la campaña para las elecciones presidenciales en Argentina” en *América Latina Hoy*, N° 38, diciembre 2004, Universidad de Salamanca, pp. 163-179. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx> (Consultado en octubre de 2007)

- D’Adamo Orlando, Virginia García y Gabriel Slavinsky, *Comunicación política y campañas electorales. Estrategias en elecciones presidenciales*. Ed. Gedisa, España, 2005.

- Del Barco Ricardo, *El régimen peronista, 1946-1955*, Ed. Belgrano, Buenos Aires, 1983.

- Dinerstein Ana Cecilia, “Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 10, N° 1 (enero-abril), 2004, pp.241-269

- Galasso Norberto, *De Perón a Menem. El peronismo en la encrucijada*, Ediciones del Pensamiento Nacional, Buenos Aires, 1990.

- Horowicz Alejandro, *Los cuatro peronismos*, Ed. Edhasa, Buenos Aires, 2005.

- Kaplan Marcos, “50 años de historia argentina (1925-1975). El laberinto de la frustración”, en Pablo González Casanova (coord.), *América Latina: Historia de medio siglo*. Tomo 1 América del sur, Ed. Siglo XXI, duodécima edición, México, 2001, pp. 1-73.

- Labaqui, Juan, “La renovación peronista (1983-1988)”, mimeo, pp. 1-22. Disponible en: <http://www.polipub.org> (Consultado en mayo de 2008)
- Levitsky Steven, “Del sindicalismo al clientelismo: la transformación de los vínculos partido-sindicatos en el peronismo, 1983-1999”, en *Desarrollo Económico- Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 44, N° 173, abril-junio 2004, pp. 3-32.
- Luna Félix, *La Argentina de Perón a Lanusse 1943/1973*, Planeta, Buenos Aires, 1995.
- Mustapic Ana María, “Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático”, en Marcelo Cavarozzi y Juan Abal Medina (comps.), *El asedio a la política. Los partidos Latinoamericanos en la era neoliberal*, Ed. Homo Sapiens, Argentina, 2002, pp. 137-161.
- Neiburg Federico, “Ciencias sociales y mitologías nacionales. La constitución de la sociología en la Argentina y la invención del peronismo”, en *Desarrollo Económico-Revista de Ciencias Sociales*, Vol. 34, N° 136, (enero-marzo 1995), pp. 533-555.
- Novaro Marcos, “Presidentes, equilibrios institucionales y coaliciones de gobierno en Argentina (1989-2000)”, en Jorge Lanzaro, *Tipos de Presidencialismo y Coaliciones Políticas en América Latina*, CLACSO, 2001, pp. 51-100. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lanzaro/novaro.pdf> (Consultado en mayo de 2008)
- Novaro Marcos, Dora Orlansky y Pablo Rieznik, “Sistema político argentino frente a las elecciones”, en *Argumentos* N° 1 (2), mayo, 2003, pp. 1-13. Disponible en: http://argumentos.fsoc.uba.ar/n02/articulos/sistema_politico.pdf. (Consultado en septiembre de 2007)
- Ponza Pablo, “Intelectuales y lucha armada en Argentina. La década del sesenta”, en *e-latina. Revista electrónica de Estudios Latinoamericanos*, Volumen 4, N° 15, abril-junio 2006, Buenos Aires, pp. 3-14. Disponible en: <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/elatina.htm> (Consultado en abril de 2008)
- Raimundo Marcelo, “En torno a los orígenes del peronismo revolucionario. El Movimiento Revolucionario Peronista. (1964-1966)”, pp. 1-16. Disponible en: <http://historiapolitica.com> (Consultado en abril de 2008)
- Reynoso Diego, “Las desventajas del Doble Voto Simultáneo. Argentina en perspectiva comparada”, en *Perfiles latinoamericanos*. CLACSO- México, año/vol. 12, N° 24, 2004, pp.67-83.
- Rodríguez Kauth Ángel, “Elecciones presidenciales en Argentina 2003” en *Politeia* [online], vol.26, no.31, 2003, pp.183-204. Disponible en: <http://www2.bvs.org.ve> (Consultado en noviembre de 2007)

- Rodríguez Sánchez Margarita, *Gravitación política del peronismo (1955-1973)*, Ed. Extemporáneos, México, 1979.

- Romero Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 2004.

- Salas Ernesto José, “Cultura popular en la primera etapa de la resistencia peronista (1955-1958)”, en *Secuencia*, Nueva Época, N° 30, septiembre-diciembre 1994, pp. 141-158.

- Seoane José, “La debacle neoliberal. Protesta social y crisis política en Argentina”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, FLACSO-Sede Ecuador, marzo 2002, N° 013, pp. 21-30. Disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx> (Consultado en septiembre de 2007).

- Sidicaro Ricardo, “Consideraciones sociológicas sobre las relaciones entre el peronismo y la clase obrera en la Argentina, 1943-1955”, en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, *Populismo y neopopulismo en América Latina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998, pp.153-171.

_____, *Los tres peronismo*, SXXI Editores, Buenos Aires, 2002.

- Suriano Juan, *Nueva Historia Argentina*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

- Torre Juan Carlos, “Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria”, en *Desarrollo Económico-Revista de Ciencias Sociales*, vol. 42, N° 168, (enero –marzo 2003), pp. 647-665.

- Urriza Manuel, “¿Movimiento o partido? El peronismo” en *Nueva Sociedad*, N° 74, septiembre-octubre 1984, pp. 69-75. Disponible en: www.nuso.org (consultado en marzo de 2008).

- VVAA, *Peronismo y Menemismo*, Ediciones el Cielo por Asalto, Buenos Aires, 1995.